

LA ILUSTRACIÓN ESPAÑOLA Y AMERICANA



ALMANAQUE

DE

1899

ARIJA

LA ILUSTRACION ESPAÑOLA Y AMERICANA

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

	AÑO	SEMESTRE	TRIMESTRE
Madrid...	35 pesetas	18 pesetas.	10 pesetas
Provincias ..	40 id	21 id	11 id
Extranjero...	50 francos	26 francos.	14 francos.

AÑO XLII.—NÚM. XXXVII.

ADMINISTRACIÓN:
ARENAL. 18

Madrid, 8 de Octubre de 1898

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN, PAGADEROS EN ORO

	AÑO	SEMESTRE
Cuba, Puerto Rico y Filipinas.	12 pesos fuertes.	7 pesos fuertes
Demás Estados de América y Asia.....	60 francos.	35 francos.



LA VIRGEN DEL ROSARIO

CUADRO DE MURILLO

(Existente en el Museo del Prado, de Madrid.)

AÑO XLIII

La Ilustración Española y Americana

REVISTA DE BELLAS ARTES, LITERATURA Y ACTUALIDADES

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

EN MADRID

Un año, **35** pesetas. — Seis meses, **18.** — Tres meses, **10**

PROVINCIAS

Un año, **40** pesetas. — Seis meses, **21.** — Tres meses, **11**

En **PORTUGAL** rigen los mismos precios, á razón de 180 reis por peseta

DEMÁS PAÍSES DE EUROPA

Un año, **50** francos. — Seis meses, **26.** — Tres meses, **14**

EN CUBA, PUERTO RICO Y FILIPINAS

(Pagaderos en oro por anticipado.)

Un año, **12** pesos fuertes. — Seis meses, **7** pesos fuertes

EN LAS DEMÁS AGENCIAS DE LA EMPRESA EN AMÉRICA

(Pagaderos en oro por anticipado.)

Un año, **60** francos. — Seis meses, **35** francos

Los Sres. Agentes de esta Empresa, en América, están autorizados para fijar el importe que, en la moneda circulante en cada país, equivalga á los expresados precios, atendiendo al coste de las letras sobre Europa.

En los días **8, 15, 22 y 30** de cada mes aparece un número de 16 páginas, muchas de ellas con selectos grabados, reproduciendo los sucesos de interés general, cuadros notables de todas las escuelas, monumentos arquitectónicos antiguos ó modernos, retratos de los personajes de reconocida notoriedad, etc. La sección literaria, confiada á los más distinguidos escritores, contribuye de manera eficaz á hacer de esta publicación una verdadera enciclopedia de nuestra época. Cuando la abundancia ó el interés de los asuntos artísticos ó de actualidad lo reclama, se distribuyen Suplementos, gratis para los Sres. Suscriptores.

A las personas que deseen conocer esta publicación se les facilita número de muestra, gratis, en las principales librerías y por su

Administración, Arenal, 18, Madrid.

ALMANAQUE-ÁLBUM
DE
LA ILUSTRACIÓN
PARA EL AÑO DE
1899

DIRIGIDO Y COMPUESTO

POR

DON ANTONIO GARRIDO

CON LA COLABORACIÓN DE LOS SEÑORES

*ABRIL (D. Salvador), ALBERTI (D. Fernando), ALCÁZAR (D. Manuel), ANSORENA (D. Luis de), ARIJA (D. José), AZA (D. Vital),
BLASCO (D. Eusebio), BECERRO DE BENGUA (D. Ricardo), BERMÚDEZ GIL (D. Federico), CAMPOAMOR (D. Ramón de), CANALEJAS (D. Federico),
CLARÍN, COMBA (D. Juan), CUENCA (D. Carlos Luis de), DÍAZ DE ESCOVAR (D. Narciso), FRANCÉS (D. Plácido), FERNÁNDEZ BREMÓN (D. José),
HUERTA (D. Ángel), ICAZA (D. Francisco A. de), JIMÉNEZ ARANDA (D. José), LARRUBIERA (D. Alejandro), LANDERER (D. José J.),
MASRIERA (D. Francisco), NAVARRETE (D. Francisco), OSSORIO Y BERNARD (D. M.), PALACIO (D. Eduardo de), PALACIO (D. Manuel del),
PALENCIA (D. Gabriel), PÉREZ y GONZÁLEZ (D. Felipe), PÉREZ NIEVA (D. Alfonso), PÉREZ ZÚÑIGA (D. Juan), PLA (D. Cecilio),
RAMOS CARRIÓN (D. Miguel), REINA (D. Manuel), SALA (D. Emilio), SUÁREZ DE LA ESPADA (D. Manuel), SANDOVAL (D. Manuel de),
SBARBI (D. José María), SELLÉS (D. Eugenio), THEBUSSEM (El Doctor), TORRE (D. Antonio de la), VILLODAS (D. Ricardo).*

AÑO XXVI



MADRID
ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO «SUCESORES DE RIVADENEYRA»
IMPRESORES DE LA REAL CASA
Paseo de San Vicente, número 20

1898

ES PROPIEDAD.

QUEDA HECHO EL DEPÓSITO QUE MARCA LA LEY.

ÍNDICE GENERAL.



TEXTO.

	<u>Págs.</u>		<u>Págs.</u>
PRELIMINARES: Año religioso, por D. J. M. S...	1	Constancia, poesía, por D. Manuel de Sandoval.....	56
Anuncios astronómicos, por D. M. V.....	1	El peor de los mundos, dolora, por D. Ramón Cam-	
Santoral.....	4 á 15	poamor.....	58
Historias de lobos, por D. Manuel del Palacio.....	17	El mundo de papel, por D. Eugenio Sellés.....	60
Ligenza, poesía, por D. Manuel Reina.....	24	Tirso de Molina, por <i>Clarín</i>	65
El calendario mágico, por D. Alejandro Larrubiera.	26	Entre el ramaje, poesía, por D. Francisco A. de	
El cielo en 1899, por D. José J. Landerer.....	28	Icaza.....	69
Un protector de animales, por D. Manuel Ossorio y		El Manzanares, poesía, por D. José Fernández Bre-	
Bernard.....	34	món.....	70
¡Música..... celestial!, por N.....	35	El vengador, por D. Eduardo del Palacio.....	72
Cuentos viejos, poesías, por D. Federico Canalejas.	36	El lago, poesía, por P.....	76
Lo que vale un soneto, por D. Felipe Pérez y Gon-		El drama del número 13, por D. Miguel Ramos Ca-	
zález.....	37	rrión.....	78
Malagueñas, poesías, por D. Narciso Díaz Escovar..	42	Los perros, poesía, por D. Vital Aza.....	82
Fino amante y cumplido cortesano, por D. José		Tío Narciso, por el Dr. Thebussem.....	86
María Sbarbi.....	43	Nuevo rumbo, poesía, por D. Luis de Ansorena. . .	87
El cuento del novio, por D. Eusebio Blasco.....	49	El prestidigitador, poesía, por D. Juan Pérez Zúñiga.	88
Muerto, fuerte y sano, por D. Ricardo Becerro de		La hermana risueña, por D. Alfonso Pérez Nieva..	89
Bengoa.....	52	¡Genio!, poesía, por D. Carlos Luis de Cuenca.....	92

GRABADOS.

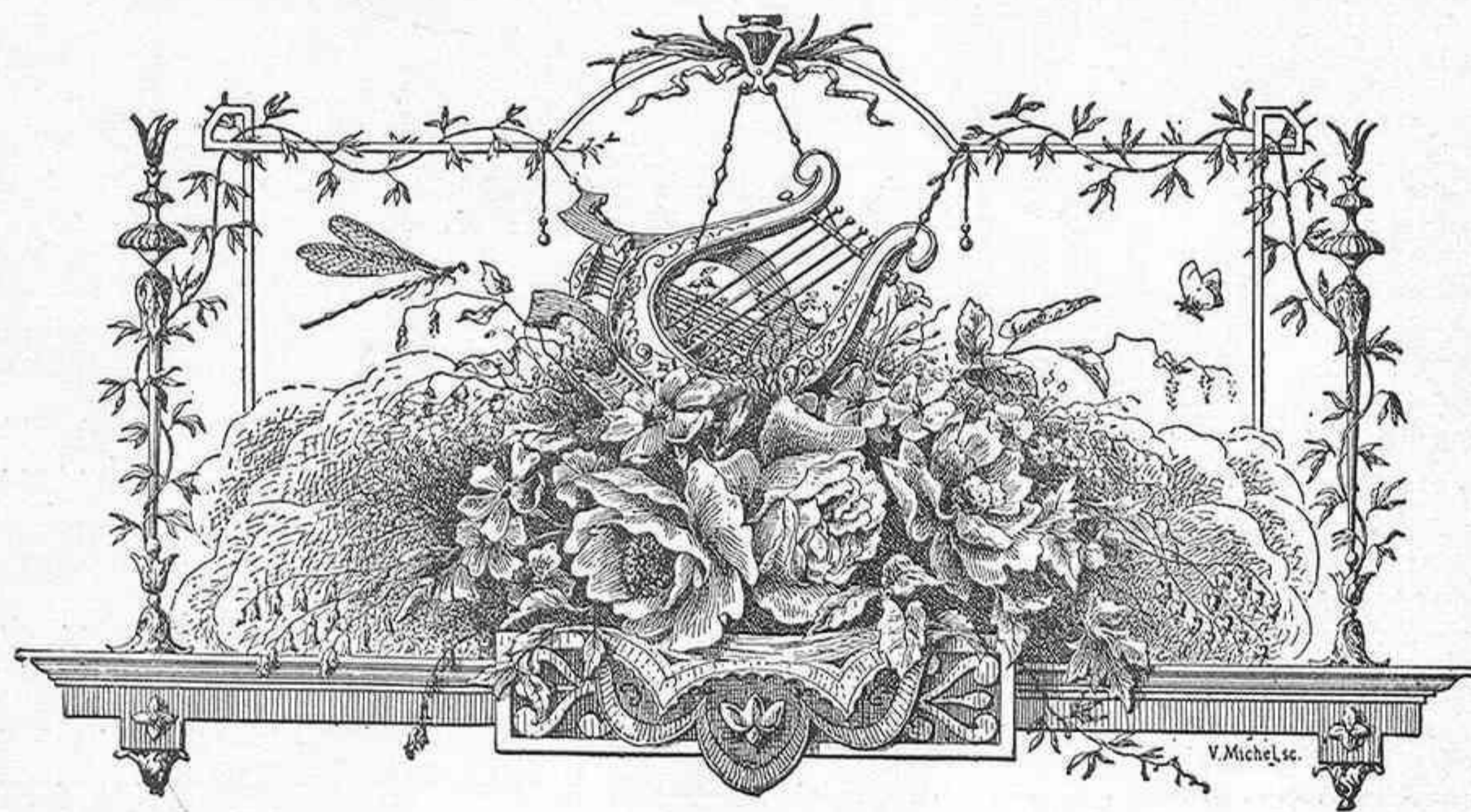
	<u>Págs.</u>		<u>Págs.</u>
Primavera.....	3	¡Escapó!.....	32
Buenas noches.....	16	Primavera.....	32
Ilustraciones de «Historias de lobos», dibujos de		Reposo.....	33
M. Alcázar.....	17, 18, 19 y 21	Ilustraciones de «Cuentos viejos», por Navarrete...	36
Rosas de verano, por Skipworth.....	22	Playa de Nazaret, por Salvador Abril.....	38
Familia feliz, por Adam.....	23	Entre dos luces, por Federico Bermúdez Gil.....	38
La plegaria de los niños.....	25	El paraguero, por Menta.....	41
En la nieve.....	25	Ensayo de villancicos, por Thomas.....	41
Ilustraciones de «El calendario mágico», por Huer-		Playa, por Antonio de la Torre.....	42
tas.....	26 y 27	Una sorpresa, por Marcoux.....	44
Ilustraciones de «El cielo de 1899».....	28, 29 y 30	Limpiando el pescado, por Gabriel Palencia.....	45

ÍNDICE GENERAL.

	<u>Págs.</u>		<u>Págs.</u>
La Sibila de Delfos, por Miguel Ángel.....	47	Ilustraciones de «El Manzanares», por Alberti.....	70
Atrio del Santo Sepulcro en Jerusalén, por Balli...	47	Por el hilo se saca el ovillo, por Mark.....	71
Bacante, por Villodas.....	48	Paisajes de la sierra, por D. Manuel Suárez de la	
Ilustraciones de «El cuento del novio», por Maximino		Espada.....	74
Peña.....	49 y 50	Ilustración de «El lago».....	76
El veranillo de San Martín, por Bandnitz.....	51	¡Nubes!, por Emilio Sala.....	77
¡Á los toros!, por Plácido Francés.....	53	Otoño, por King.....	79
¡Arre, caballito!.....	55	Ilustraciones de «Los dos perros», por J. Comba. 84 y 85	
En el campo, por Emilio Sala.....	57	Ilustración de «La hermana risueña», por Cecilio	
Ilustración de «El peor de los mundos».....	58	Pla.....	81 y 82
Galanterías, por José Jiménez Aranda.....	59	Una melodía de Schubert, por Francisco Marriera..	91
Ilustración de «El mundo de papel», por Emilio Sala.	60		
El hada de las montañas, por Dielitz.....	62	VIÑETAS VARIAS: 24, 28, 29, 30, 31, 34, 37, 40, 42,	
¡Á que no!.....	64	43, 46, 52, 54, 55, 56, 65, 69, 72, 73, 75, 78, 83, 86,	
Meditación.....	66	87, 88 y 92.	

ESTAMPAS EN COLORES.

El anticuario.—En carnaval.—Lectura interesante.—¡Un gallo!





PRELIMINARES.

AÑO RELIGIOSO.

CÓMPUTO ECLESIASTICO.

Aureo número.	19	Indicción romana.	12
Epacta.	XVIII	Letra dominical.	A
Ciclo solar.	4	Letra del martirologio romano.	t

DÍAS DE AYUNO.

Todos los de *Cuaresma*, excepto los Domingos.
 Los Viernes y Sábados de *Adviento*; advirtiéndose que por ser la fiesta de la *Purísima Concepción de Nuestra Señora* en Viernes, se anticipa el ayuno al Jueves anterior.
 La Vigilia de *Pentecostés* (con abstinencia de carne).
Miércoles, Viernes y Sábado de las cuatro *Témporas*.
 Vigilia de los apóstoles *San Pedro y San Pablo* (con abstinencia de carne).
 Vigilia del Apóstol *Santiago*.
 Vigilia de la *Asunción de Ntra. Señora* (con abstinencia de carne).
 También es ayuno con abstinencia de carne el *Miércoles, Jueves, Viernes y Sábado* de la *Semana Santa* (29, 30 y 31 de Marzo, y 1.º de Abril).

FIESTAS MOVIBLES.

Dulcísimo Nombre de Jesús.	15 de Enero.
La Sacra Familia.	22 de Enero.
Septuagésima.	29 de Enero.
Sexagésima.	5 de Febrero.
Quincuagésima.	12 de Febrero.
Miércoles de Ceniza.	15 de Febrero.
Pascua de Resurrección.	2 de Abril.
Patrocinio de San José.	23 de Abril.
Letanías.	8, 9 y 10 de Mayo.
Ascensión del Señor.	11 de Mayo.
Pascua de Pentecostés.	21 de Mayo.
La Santísima Trinidad.	28 de Mayo.
Sanctissimum Corpus Christi.	1.º de Junio.
Sacratísimo Corazón de Jesús.	9 de Junio.
Purísimo Corazón de María.	11 de Junio.
La Preciosísima Sangre de Ntro. Sr. Jesucristo.	2 de Julio.
San Joaquín, padre de Nuestra Señora.	20 de Agosto.
Nuestra Señora del Rosario.	1.º de Octubre.
Patrocinio de Nuestra Señora.	12 de Novbre.
Dominicas entre Pentecostés y Adviento.	27.
Adviento.	3 de Dicbre.

ADVERTENCIA. Ningún día de ayuno se puede promiscuar carne y pescado, y durante la *Cuaresma* ni aun los Domingos.
 Debe renovarse la Bula todos los años en la época de su promulgación, y los que no la renueven deben guardar abstinencia todos los días de ayuno, los *Domingos de Cuaresma* y todos los *Viernes* del año.

VELACIONES.

Se abren el 7 de Enero y el 10 de Abril, y se cierran respectivamente el 14 de Febrero y el 2 de Diciembre.

TÉMPORAS.

I.—El 22, 24 y 25 de Febrero.	III.—El 20, 22 y 23 de Sepbre.
II.—El 24, 26 y 27 de Mayo.	IV.—El 20, 22 y 23 de Dicbre.

DÍAS EN QUE SE SACA ÁNIMA.

El 29 de Enero; el 21 de Febrero; el 4, 5, 12, 24 y 25 de Marzo el 5 de Abril, y el 25 y 27 de Mayo.

ANUNCIOS ASTRONÓMICOS

que deben insertarse en los calendarios de Castilla la Nueva correspondientes al año 1899.

POSICIÓN GEOGRÁFICA DE MADRID.

LATITUD. . . 40° 24' 30" N.
 LONGITUD. . 0° 10' 4", 2 al E. del Observatorio de San Fernando.

ENTRADA DEL SOL EN LOS SIGNOS DEL ZODÍACO.

20 de Enero, en <i>Acuario</i> .	23 de Julio, en <i>Leo</i> .— <i>Cáncer</i> .
18 de Febrero, en <i>Piscis</i> .	23 de Agosto, en <i>Virgo</i> .
20 de Marzo, en <i>Aries</i> .— <i>Primavera</i> .	23 de Sepbre., en <i>Libra</i> .— <i>Otoño</i> .
20 de Abril, en <i>Taurus</i> .	23 de Octubre, en <i>Escorpio</i> .
21 de Mayo, en <i>Géminis</i> .	22 de Noviembre, en <i>Sagitario</i> .
21 de Junio, en <i>Cáncer</i> .— <i>Estío</i> .	21 Dic., en <i>Capricornio</i> .— <i>Invierno</i> .

CUATRO ESTACIONES.

PRIMAVERA.—Entra el 20 de Marzo á las 7 y 31 m. de la noche.
 ESTÍO.—Entra el 21 de Junio á las 3 y 30 m. de la tarde.
 OTOÑO.—Entra el 23 de Septiembre á las 6 y 15 m. de la mañana.
 INVIERNO.—Entra el 21 de Diciembre á las 12 y 41 m. de la noche.

ECLIPSES DE SOL Y DE LUNA.

ENERO 11. *Eclipse parcial de Sol*, invisible en Madrid.
 El eclipse principia en la Tierra á 8 h. 28 m., tiempo medio astronómico de San Fernando, y el primer lugar que lo ve se halla en la longitud de 158° 59' al E. de San Fernando, y latitud 31° 37' N.

El medio del eclipse se verifica en la Tierra á 10 h. 13,2 m., tiempo medio astronómico de San Fernando, y el lugar que ve la máxima fase en el horizonte se halla en la longitud de 173° 40' al E. de San Fernando, y latitud 64° 11' N.

El eclipse termina en la Tierra á 11 h. 57,6 m., tiempo medio astronómico de San Fernando, y el último lugar que lo ve se halla en la longitud de 123° 42' al O. de San Fernando, y latitud 56° 18' N.

Valor de la máxima fase aparente para la Tierra en general, 0,718; tomando como unidad el diámetro del Sol.

Este eclipse es visible en una pequeña parte de Asia, en parte de la América Septentrional, en el Estrecho de Behring y en parte del Océano Pacífico del Norte.

JUNIO 7. *Eclipse parcial de Sol*, visible en Madrid.

El eclipse principia en la Tierra á 16 h. 16,3 m., tiempo medio astronómico de San Fernando, y el primer lugar que lo ve se halla en la longitud de 0° 1' al E. de San Fernando, y latitud 45° 56' N.

El medio del eclipse se verifica en la Tierra á 18 h. 9,2 m., tiempo medio astronómico de San Fernando, y el lugar que ve la máxima fase en el horizonte se halla en la longitud de 92° 52' al O. de San Fernando, y latitud 67° 18' N.

El eclipse termina en la Tierra á 20 h. 2,1 m., tiempo medio astronómico de San Fernando, y el último lugar que lo ve se

halla en la longitud de 174° 36' al E. de San Fernando, y latitud 45° 46' N.

Valor de la máxima fase aparente para la Tierra en general, 0,611: tomando como unidad el diámetro del Sol.

Este eclipse es visible en parte de Europa, de Asia y de la América Septentrional, en el Estrecho de Behring, en parte de los Océanos Atlántico y Pacífico y del mar Mediterráneo, y en el mar Polar Ártico.

Las circunstancias principales de este eclipse para Madrid son las siguientes:

Principio del eclipse á las 4 y 30 m. de la mañana del día 8.

Medio del eclipse á las 4 y 48 m. de ídem.

Fin del eclipse á las 5 y 6 m. de ídem.

Valor de la máxima fase ó parte eclipsada del Sol, 0,052: tomando como unidad el diámetro del Sol.

La primera impresión de la Luna en el disco solar se verifica en un punto que dista 20° del vértice superior del Sol hacia la izquierda (visión directa).

JUNIO 23. *Eclipse total de Luna*, invisible en Madrid.

Principio del eclipse á las 12 y 18 m. del día.

Principio del eclipse total á la 1 y 19 m. de la tarde.

Medio del eclipse á las 2 y 3 m. de ídem.

Fin del eclipse total á las 2 y 48 m. de ídem.

Fin del eclipse á las 3 y 48 m. de ídem.

El principio de este eclipse es visible en parte de Asia, en una pequeña parte de la América Septentrional, en la Australia, en las Islas Filipinas, en el Estrecho de Behring, en parte del Océano Índico, en casi todo el Pacífico y en el mar Polar Antártico.

El fin de este eclipse es visible en una pequeña parte de Europa, en casi toda el Asia, en parte de África, en la Australia, en las Islas Filipinas, en el Océano Índico, en gran parte del Pacífico y en casi todo el mar Polar Antártico.

El primer contacto de la sombra con la Luna se verifica en un punto del limbo de ésta que dista 84° de su vértice austral hacia Oriente (visión directa).

El último contacto de la sombra con la Luna se verifica en un punto del limbo de ésta que dista 71° de su vértice austral hacia Occidente (visión directa).

DICIEMBRE 2. *Eclipse anular de Sol*, invisible en Madrid.

El eclipse principia en la Tierra á 10 h. 15,1 m., tiempo medio astronómico de San Fernando, y el primer lugar que lo ve se

halla en la longitud de 99° 52' al E. de San Fernando, y latitud 30° 39' S.

El eclipse central principia en la Tierra á 11 h. 46,9 m., tiempo medio astronómico de San Fernando, y el primer lugar que lo ve se halla en la longitud de 54° 45' al E. de San Fernando, y latitud 55° 35' S.

El eclipse central á mediodía sucede á 12 h. 37,0 m., tiempo medio astronómico de San Fernando, en la longitud de 168° 11' al Este de San Fernando, y latitud 87° 23' S.

El eclipse central termina en la Tierra á 13 h. 18,4 m., tiempo medio astronómico de San Fernando, y el último lugar que lo ve se halla en la longitud de 69° 37' al O. de San Fernando, y latitud 59° 14' S.

El eclipse termina en la Tierra á 14 h. 50,2 m., tiempo medio astronómico de San Fernando, y el último lugar que lo ve se halla en la longitud de 118° 35' al O. de San Fernando, y latitud 35° 13' S.

Este eclipse es visible en una pequeña parte de la Australia, en parte de los Océanos Índico y Pacífico, y en el mar Polar Antártico.

DICIEMBRE 16-17. *Eclipse parcial de Luna*, visible en Madrid.

Principio del eclipse á las 11 y 30 m. de la noche del 16.

Medio del eclipse á la 1 y 11 m. de la madrugada del día 17.

Fin del eclipse á las 2 y 52 m. de ídem.

El principio de este eclipse es visible en toda Europa y África, en gran parte de Asia y de las dos Américas, en las Antillas, en el Océano Atlántico, en gran parte del Índico, en una pequeña parte del Pacífico, en el mar Mediterráneo y en el mar Polar Ártico.

El fin de este eclipse es visible en toda Europa, en una pequeña parte de Asia, en casi toda el África, en las dos Américas, en las Antillas, en el Estrecho de Behring, en el Océano Atlántico, en parte del Pacífico, en el mar Mediterráneo y en el Polar Ártico.

Valor de la máxima fase ó parte eclipsada de la Luna, contada desde la parte boreal del limbo, 0,990: tomando como unidad el diámetro de la Luna.

El primer contacto de la sombra con la Luna se verifica en un punto del limbo de ésta que dista 66° de su vértice boreal hacia Oriente (visión directa).

El último contacto de la sombra con la Luna se verifica en un punto del limbo de ésta que dista 59° de su vértice boreal hacia Occidente (visión directa).

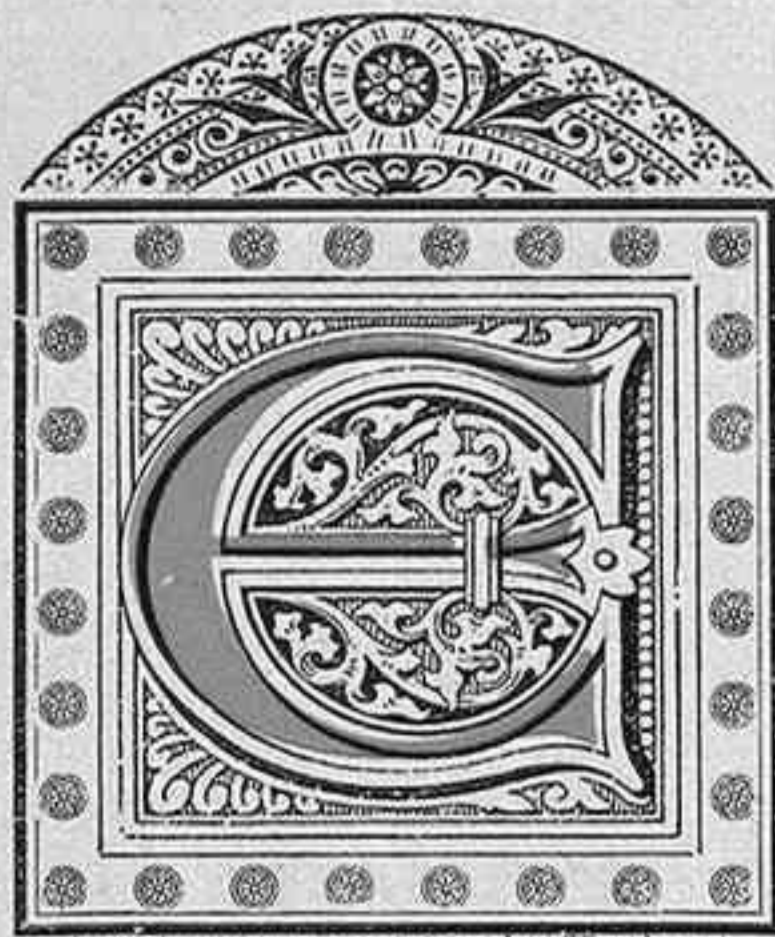
Horas de tiempo medio civil á que se verifican las fases de la Luna en Madrid el año 1899.

ENERO.	}	Día 5.—3h 7m m., en <i>Libra</i> .— <i>Menguante</i> .	}	JULIO.	}	Día 7.—8h 17m t., en <i>Cáncer</i> .— <i>Nueva</i> .
		11.—10h 35m n., en <i>Capricornio</i> .— <i>Nueva</i> .				15.—11h 44m n., en <i>Libra</i> .— <i>Creciente</i> .
		18.—4h 22m t., en <i>Aries</i> .— <i>Creciente</i> .				22.—9h 27m n., en <i>Capricornio</i> .— <i>Llena</i> .
		26.—7h 20m n., en <i>Leo</i> .— <i>Llena</i> .				29.—12h 28m del día, en <i>Tauro</i> .— <i>Menguante</i> .
FEBRERO.	}	Día 3.—5h 10m t., en <i>Escorpio</i> .— <i>Menguante</i> .	}	AGOSTO.	}	Día 6.—11h 33m m., en <i>Leo</i> .— <i>Nueva</i> .
		10.—9h 17m m., en <i>Acuario</i> .— <i>Nueva</i> .				14.—11h 40m m., en <i>Escorpio</i> .— <i>Creciente</i> .
		17.—8h 37m m., en <i>Tauro</i> .— <i>Creciente</i> .				21.—4h 30m m., en <i>Acuario</i> .— <i>Llena</i> .
		25.—2h 1m t., en <i>Virgo</i> .— <i>Llena</i> .				27.—11h 42m n., en <i>Géminis</i> .— <i>Menguante</i> .
MARZO.	}	Día 5.—3h 52m m., en <i>Sagitario</i> .— <i>Menguante</i> .	}	SEPTIEMBRE	}	Día 5.—3h 18m m., en <i>Virgo</i> .— <i>Nueva</i> .
		11.—7h 38m n., en <i>Piscis</i> .— <i>Nueva</i> .				12.—9h 35m n., en <i>Sagitario</i> .— <i>Creciente</i> .
		19.—3h 9m m., en <i>Géminis</i> .— <i>Creciente</i> .				19.—12h 17m del día, en <i>Piscis</i> .— <i>Llena</i> .
		27.—6h 4m m., en <i>Libra</i> .— <i>Llena</i> .				26.—2h 48m t., en <i>Cáncer</i> .— <i>Menguante</i> .
ABRIL.	}	Día 3.—11h 41m m., en <i>Capricornio</i> .— <i>Menguante</i> .	}	OCTUBRE.	}	Día 4.—6h 59m n., en <i>Libra</i> .— <i>Nueva</i> .
		10.—6h 6m m., en <i>Aries</i> .— <i>Nueva</i> .				12.—5h 55m m., en <i>Capricornio</i> .— <i>Creciente</i> .
		17.—10h 28m n., en <i>Cáncer</i> .— <i>Creciente</i> .				18.—9h 50m n., en <i>Aries</i> .— <i>Llena</i> .
		25.—7h 7m t., en <i>Escorpio</i> .— <i>Llena</i> .				26.—9h 25m m., en <i>Leo</i> .— <i>Menguante</i> .
MAYO.	}	Día 2.—5h 32m t., en <i>Acuario</i> .— <i>Menguante</i> .	}	NOVIEMBRE.	}	Día 3.—10h 12m m., en <i>Escorpio</i> .— <i>Nueva</i> .
		9.—5h 24m t., en <i>Tauro</i> .— <i>Nueva</i> .				10.—1h 20m t., en <i>Acuario</i> .— <i>Creciente</i> .
		17.—4h 53m t., en <i>Leo</i> .— <i>Creciente</i> .				17.—10h 4m m., en <i>Tauro</i> .— <i>Llena</i> .
		25.—5h 34m m., en <i>Sagitario</i> .— <i>Llena</i> .				25.—6h 20m m., en <i>Virgo</i> .— <i>Menguante</i> .
JUNIO.	}	Día 31.—10h 40m n., en <i>Piscis</i> .— <i>Menguante</i> .	}	DICIEMBRE.	}	Día 2.—12h 33m n., en <i>Sagitario</i> .— <i>Nueva</i> .
		Día 8.—6h 6m m., en <i>Géminis</i> .— <i>Nueva</i> .				9.—8h 48m n., en <i>Piscis</i> .— <i>Creciente</i> .
		16.—9h 32m m., en <i>Virgo</i> .— <i>Creciente</i> .				17.—1h 16m madrug., en <i>Géminis</i> .— <i>Llena</i> .
		23.—2h 5m t., en <i>Capricornio</i> .— <i>Llena</i> .				25.—3h 43m m., en <i>Libra</i> .— <i>Menguante</i> .
		30.—4h 30m m., en <i>Aries</i> .— <i>Menguante</i> .				

ATENEUM CIENTIFICO, LITERARIO Y ARTISTICO
MADRID
BIBLIOTECA

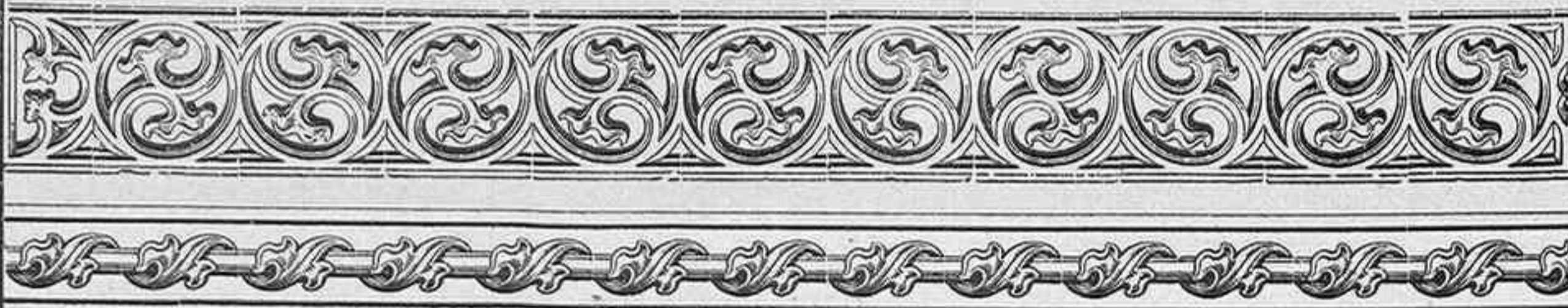


PRIMAVERA.
(De fotografía.)



ENERO

- 1 **Dom.** *La Circuncisión del Señor*; san Fulgencio Ruspense, san Basilio y san Justino, obs.
- 2 **Lun.** La Aparición de Ntra. Sra. del Pilar de Zaragoza; san Isidoro, obispo y mr., y san Macario, abad.
- 3 **Mart.** San Antero, papa y mr., y santa Genoveva, virgen, patrona de París.
- 4 **Miérc.** San Tito, ob., y san Aquilino y compañeros, mrs.
- 5 **Juev.** San Telesforo, papa y mr., y san Simeón Stilita.
- 6 **Vier.** Fiesta. *La Epifanía ó La Adoración de los santos Reyes*, y el beato Juan de Ribera, arzobispo de Valencia.
- 7 **Sáb.** San Julián, mr., y san Raimundo de Peñafort.—*Abrense las velaciones.*
- 8 **Dom.** San Luciano, presb., y compañeros, mrs., y san Severino, abad.
- 9 **Lun.** San Julián, mr., y su esposa santa Basilisa, virgen.
- 10 **Mart.** San Nicanor, diácono y mr., y san Gonzalo de Amarante, conf.
- 11 **Miérc.** San Higinio, papa y mr.; san Alejandro, ob., y san Anastasio, monje.
- 12 **Juev.** San Benito Biscop, abad; san Arcadio, mr.; san Martín, canónigo de León, y san Alfredo, abad.
- 13 **Vier.** San Gumersindo, presb., y san Siervo de Dios, mrs.
- 14 **Sáb.** San Hilario, ob. y doctor, y san Félix de Nola, presb. y mr.
- 15 **Dom.** El Dulcísimo Nombre de Jesús, y san Pablo, primer ermitaño.
- 16 **Lun.** San Marcelo, papa y mr., y san Marcelo, ob.
- 17 **Mart.** San Antonio, abad; san Sulpicio, ob.; san Mariano, diácono, y san Juan y san Antonio, monjes.
- 18 **Miérc.** La Cátedra de san Pedro en Roma, y santa Prisca, virgen y mr.
- 19 **Juev.** San Canuto, rey; san Mario, santa Marta y san Audiáz.
- 20 **Vier.** San Fabián, papa y mr., y san Sebastián, mr.
- 21 **Sáb.** San Fructuoso, ob.; san Augurio y san Eulogio, diáconos, y santa Inés, virgen, todos mrs.
- 22 **Dom.** San Vicente, diác. y mr., patrón de Valencia; la Sacra Familia, y san Anastasio, mr.
- 23 **Lun.** Fiesta. *San Ildelfonso*, arzob. de Toledo, y santa Emerenciana, virgen y mr., patrona de Teruel.
- 24 **Mart.** Nuestra Señora de la Paz, y san Timoteo, ob. y mr.
- 25 **Miérc.** La Conversión de san Pablo, apóstol, y santa E'vira.
- 26 **Juev.** San Policarpo, ob. y mr., y santa Paula, viuda romana.
- 27 **Vier.** San Juan Crisóstomo, ob. y doctor, y san Julián y compañeros, mrs.
- 28 **Sáb.** San Julián, ob. y patrón de Cuenca; san Valero, y san Tirso, mr.
- 29 **Dom. de Septuagésima.** San Francisco de Sales, ob. y doct., fundador de la Orden de la Visitación de Nuestra Señora.—*Anima.*
- 30 **Lun.** San Lesmes, abad, patrón de Burgos, y santa Martina, virgen y mr.
- 31 **Mart.** San Pedro Nolasco, fundador de la Orden de Nuestra Señora de la Merced; santa Marcela, viuda, y san Ciro, mr.

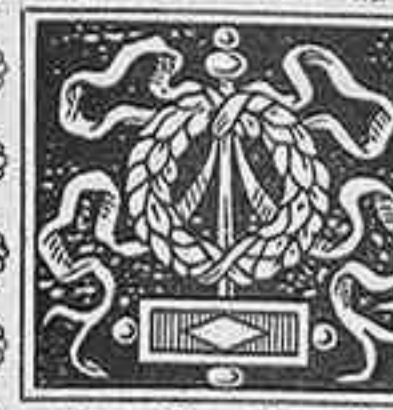


FEBRERO

- 1 **Miérc.** San Ignacio y san Cecilio, patrón de Granada, obispos y mrs.
- 2 **Juev.** Fiesta. *La Purificación de Nuestra Señora.*
- 3 **Vier.** San Blas, ob. y mr., y el beato Nicolás de Longobardo.
- 4 **Sáb.** San Andrés Corsino, ob., y san José de Leonisa, conf.
- 5 **Dom. de Sexagésima.** Santa Agueda, virgen y mr., y san Pedro Bautista y 25 compañeros, mártires del Japón.
- 6 **Lun.** Santa Dorotea, virgen, y san Teófilo, mrs.
- 7 **Mart.** San Romualdo, abad, fundador de los Camaldulenses, y san Ricardo, rey de Inglaterra.
- 8 **Miérc.** San Juan de Mata, fundador de los Trinitarios.
- 9 **Juev.** Santa Apolonia, virgen y mr.
- 10 **Vier.** Santa Escolástica, virgen, y san Guillermo, duque de Aquitania.
- 11 **Sáb.** San Saturnino, presbítero, y compañeros, mártires, y los santos Siete Siervos de María, fundadores.
- 12 **Dom. de Quincuagésima.** Santa Eulalia de Barcelona, virgen y mr., y la primera Traslación de san Eugenio, arzobispo de Toledo.
- 13 **Lun.** San Benigno, mr., y santa Catalina de Rizzis, virgen.
- 14 **Mart.** San Valentín, presb. y mr., y el beato Juan Bautista de la Concepción, fundador.— *Ciérranse las velaciones.*
- 15 **Miérc. de Ceniza.** San Faustino y santa Jovita, hermanos, mrs.— *Principia el ayuno de Cuaresma.*
- 16 **Juev.** San Julián y 5.000 compañeros, mrs.
- 17 **Vier.** San Julián de Capadocia, mr.
- 18 **Sáb.** San Eladio, arzobispo de Toledo; san Simeón, ob. y mr., y san Teotonio, conf.
- 19 **Dom. I de Cuaresma.** San Gabino, presb. y mr., y san Alvaro de Córdoba.
- 20 **Lun.** San León y san Eleuterio, obs.
- 21 **Mart.** San Félix y san Maximiano, obs.— *Anima.*
- 22 **Miérc.** La Cátedra de san Pedro en Antioquía, y san Pascasio, ob.— *Cémpora. — Ayuno.*
- 23 **Juev.** San Pedro Damiano, ob., card. y doctor; santa Marta, virgen y mr., y santa Margarita de Cortona, penitente.
- 24 **Vier.** San Matías, ap., y san Modesto, ob.— *Cémpora. — Ayuno.*
- 25 **Sáb.** San Cesáreo, conf., y el beato Sebastián de Aparicio.— *Cémpora. — Ayuno. — Ordenes.*
- 26 **Dom. II de Cuaresma.** San Alejandro, ob.
- 27 **Lun.** San Baldomero, conf.
- 28 **Mart.** San Román, abad, y los santos Macario, Rufino, Justo y Teófilo, compañeros, mrs.

MARZO

- 1 **Miérc.** El santo Angel de la Guarda, y san Rosendo, ob.
- 2 **Juev.** San Lucio, obispo.
- 3 **Vier.** Santos Emeterio y Celedonio, mrs., patronos de Calahorra; san Ticiano, ob. y conf., y san Marcio, mr.
- 4 **Sáb.** San Casimiro, príncipe de Polonia, y san Lucio, papa y mr.—*Anima.*
- 5 **Dom. III de Cuaresma.** San Eusebio y compañeros, mrs.—*Anima.*
- 6 **Lun.** Santos Víctor y Victoriano, mrs.; san Olegario, ob., y santa Coleta, virg.
- 7 **Mart.** Santo Tomás de Aquino, conf. y doctor, y santas Perpetua y Felicitas, mrs.
- 8 **Miérc.** San Juan de Dios, fund.; san Julián, arzobispo de Toledo, y san Veremundo, abad.
- 9 **Juev.** Santa Francisca, viuda romana; san Paciano, obispo, y santa Catalina de Bolonia, virgen.
- 10 **Vier.** Santos Melitón y 39 comps., mrs. en Sebaste.
- 11 **Sáb.** San Eulogio, presb., y san Vicente, abad, mrs.
- 12 **Dom. IV de Cuaresma.** San Gregorio Magno, papa y doc.—*Anima.*
- 13 **Lun.** San Leandro, san Rodrigo y san Salomón.
- 14 **Mart.** Santa Matilde, reina, y la Traslación de santa Florentina.
- 15 **Miérc.** San Raimundo, abad, fundador de la Orden de Calatrava; san Sisebuto, abad, y santa Leocricia, virgen y mr.
- 16 **Juev.** San Julián de Anazarbo, mr.
- 17 **Vier.** San Patricio, ob. y conf.
- 18 **Sáb.** San Gabriel, arcángel, y el beato Salvador de Horta.—*Ordens.*
- 19 **Dom. de Pasión. San José,** esposo de Nuestra Señora, patrón de la Iglesia universal, y el beato Juan de Santo Domingo.
- 20 **Lun.** San Niceto, ob., y santa Eufemia, mr.
- 21 **Mart.** San Benito, abad y fundador.
- 22 **Miérc.** San Deogracias y san Bienvenido, obs.
- 23 **Juev.** San Victoriano y compañeros, mrs., y el beato José Oriol, presb.
- 24 **Vier.** Los Dolores de Ntra. Sra.; san Agapito, ob. y mr., y el beato José María Tomasi, cardenal.—*Anima.*
- 25 **Sáb. Fiesta. La Anunciación de Nuestra Señora y Encarnación del Hijo de Dios,** y san Dimas, el buen Ladrón.—*Anima.*
- 26 **Dom. de Ramos.** San Braulio, obispo de Zaragoza.
- 27 **Lun. Santo.** San Ruperto, ob.
- 28 **Mart. Santo.** San Sixto III, papa y conf.; san Cástor y san Doroteo, mrs.
- 29 **Miérc. Santo.** San Eustasio, abad.—*(Abstinencia de carne.)*
- 30 **Juev. Santo.** San Juan Clímaco, abad.—*(Abstinencia de carne.)*
- 31 **Vier. Santo.** Santa Balbina, virgen; san Amós, prof., y el beato Amadeo de Saboya.—*(Abstinencia de carne.)*



INSTITUTO LITERARIO
MADRID
BIBLIOTECA

ABRIL

- 1 **Sáb. Santo.** San Venancio, ob. y mr.—(Abstinencia de carne.)—*Ordenes.*
- 2 **Dom. Pascua de Resurrección.** San Francisco de Paula, fund. de la Orden de los Mínimos, y santa María Egipcíaca, penitente.
- 3 **Lun.** San Pancracio, ob.; san Ulpiano, mr.; san Benito de Palermo, y santa Burgundófora, virgen.
- 4 **Mart.** San Isidoro, arz. de Sevilla, doctor de la Iglesia.
- 5 **Miérc.** San Vicente Ferrer, pat. de Valencia; santa Emilia, y la beata Juliana, virgen.—*Anima.*
- 6 **Juev.** San Celestino, papa y mr.
- 7 **Vier.** San Epifanio, ob., y san Ciriaco, mrs.
- 8 **Sáb.** San Dionisio, ob., y el beato Julián de san Agustín.
- 9 **Dom. de Cuasimodo ó in Albis.** Santa María Cleofé, y santa Casilda, virgen, princesa de Toledo.
- 10 **Lun.** San Daniel y san Ezequiel, profetas.—*Abrense las velaciones.*
- 11 **Mart.** San León Magno, papa y doctor.
- 12 **Miérc.** San Víctor, mr., y san Zenón, ob.
- 13 **Juev.** San Hermenegildo, rey de Sevilla, mr.
- 14 **Vier.** San Tiburcio, san Valeriano y san Máximo, mrs., y san Pedro González Telmo, patrón de Túy.
- 15 **Sáb.** Santa Basilisa y santa Anastasia, mrs.
- 16 **Dom.** Santa Engracia, virgen, y diez y ocho compañeros, mrs. de Zaragoza, y santo Toribio.
- 17 **Lun.** San Aniceto, papa y mr.; la beata María Ana de Jesús, y los santos mártires de Córdoba Elías, Pablo é Isidoro.
- 18 **Mart.** San Eleuterio, ob., y san Perfecto, mrs., y el beato Andrés Hibernón.
- 19 **Miérc.** San Vicente de Colibre y san Hermógenes, mrs.
- 20 **Juev.** Santa Inés de Monte-Pulciano, virgen.
- 21 **Vier.** San Anselmo, ob. y doctor.
- 22 **Sáb.** San Sotero y san Cayo, papas y mrs.
- 23 **Dom.** El Patrocinio de San José, y san Jorge, mr.
- 24 **Lun.** San Miguel de Sigmaringa, mr., y san Gregorio, ob.
- 25 **Mart.** San Marcos, evangelista, y san Aniano, ob.—*Setanías mayores.*
- 26 **Miérc.** San Cleto y san Marcelino, papas y mrs.; la Traslación de santa Leocadia, y los beatos Domingo y Gregorio, de la Orden de Predicadores.
- 27 **Juev.** San Anastasio, papa y mr.; santo Toribio de Mogrovejo, arzobispo de Lima, y san Pedro Armengol.
- 28 **Vier.** San Prudencio, ob.; san Vidal, mr., y san Pablo de la Cruz, fundador.
- 29 **Sáb.** San Pedro de Verona, mr., y san Roberto, primer abad del Cister.
- 30 **Dom.** Santa Catalina de Sena, y los santos mártires de Córdoba Amador, presb., Pedro y Luis.



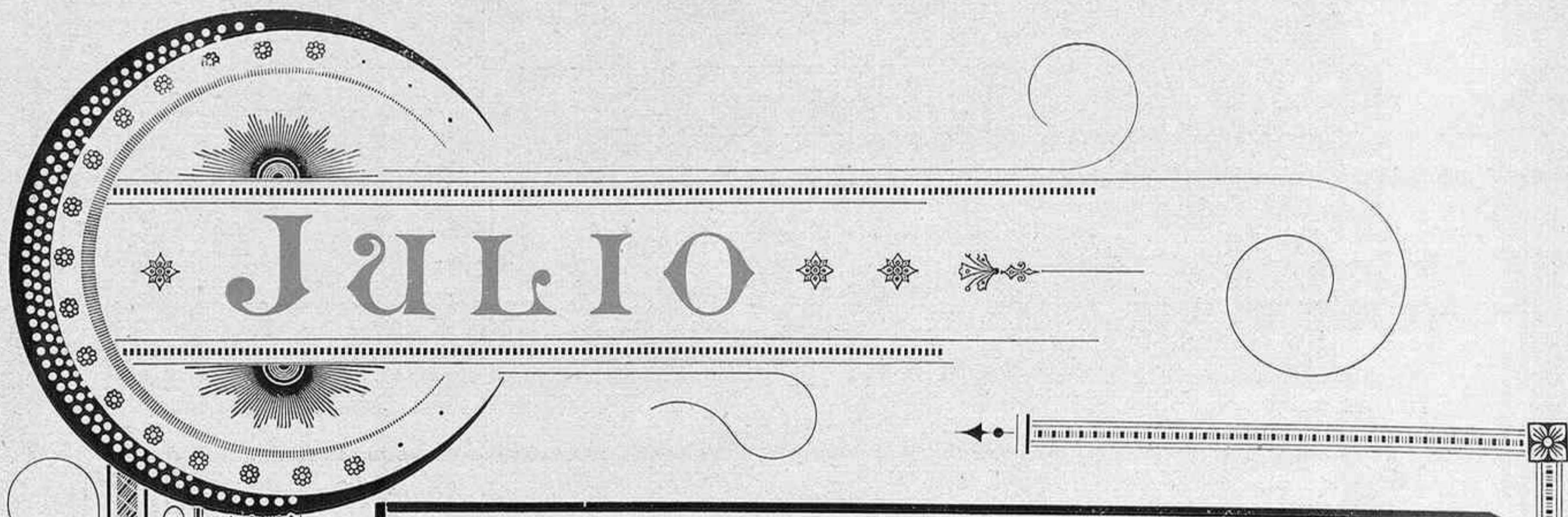
M A Y O

- 1 **Lun.** San Felipe y Santiago el Menor, apóstoles, y san Orencio y santa Paciencia, padres del mártir san Lorenzo.
- 2 **Mart.** San Atanasio, ob. y doctor, y la beata Mafalda, reina.
- 3 **Miérc.** La Invención de la Santa Cruz, y los santos Alejandro, papa, Evencio y Teodulo, mrs., y san Juvenal, ob.
- 4 **Juev.** Santa Mónica, madre de san Agustín.
- 5 **Vier.** San Pío V, papa; san Sacerdote, ob., y la Conversión de san Agustín.
- 6 **Sáb.** San Juan Ante-Portam-Latinam, apóstol y evangelista.
- 7 **Dom.** San Estanislao, ob. y mr.
- 8 **Lun.** La Aparición del Arcángel san Miguel.—*Letanias.*
- 9 **Mart.** San Gregorio Nacianceno, ob. y doctor, y san Gregorio, cardenal y obispo de Ostia.—*Letanias.*
- 10 **Miérc.** San Antonino, arzobispo de Florencia, y los santos Gordiano y Epímaco, mrs.—*Letanias.*
- 11 **Juev.** Fiesta. *La Ascensión del Señor*; San Mamerto, ob., y san Anastasio, mr., patrón de Lérida.
- 12 **Vier.** Santo Domingo de la Calzada, y los santos Nereo y Aquileo, mrs.
- 13 **Sáb.** San Pedro Regalado, conf., patrón de Valladolid.
- 14 **Dom.** Ntra. Señora de los Desamparados, y san Bonifacio, mr.
- 15 **Lun.** Fiesta. *San Isidro Labrador*, patrón de Madrid, y san Torcuato.
- 16 **Mart.** San Juan Nepomuceno, protomártir del sigilo de la confesión sacramental; san Ubaldo, ob., y el beato Simón Stock, conf.
- 17 **Miérc.** San Pascual Bailón, conf.
- 18 **Juev.** San Venancio, mr., y san Félix de Cantalicio.
- 19 **Vier.** San Pedro Celestino, papa; san Juan de Cetina y san Pedro de Dueñas, mrs., y santa Pudenciana, virgen.
- 20 **Sáb.** San Bernardino de Sena, conf.—*Ayuno con abstinencia de carne.*
- 21 **Dom.** *Pascua de Pentecostés.* Santa María de Cervellón ó de Socors, virgen.
- 22 **Lun.** Santa Quiteria y santa Julia, vírgenes y mrs.; san Atón, ob.; el beato Pedro de la Asunción, mr., y la beata Rita de Casia, viuda.
- 23 **Mart.** La Aparición de Santiago, apóstol, y san Basileo, ob. y mr.
- 24 **Miérc.** San Robustiano y el beato Juan de Prado, mártires, y la Traslación de santo Domingo de Guzmán.—*Cémpora.* —*Ayuno.*
- 25 **Juev.** San Gregorio VII, papa; san Urbano, papa y mártir, y santa María Magdalena de Pazzis, virgen.—*Anima.*
- 26 **Vier.** San Felipe Neri, confesor, y san Eleuterio, papa y mártir.—*Cémpora.* —*Ayuno.*
- 27 **Sáb.** San Juan, papa y mr.—*Cémpora.* —*Ayuno.* —*Ordenes.* —*Anima.*
- 28 **Dom.** La Santísima Trinidad; san Justo, ob. de Urgel, y san Justo, conf.
- 29 **Lun.** San Maximino, ob., y san Restituto, mr.
- 30 **Mart.** San Fernando, rey de España, y san Félix, papa y mr.
- 31 **Miérc.** Nuestra Señora Reina de Todos los Santos y Madre del Amor Hermoso, y los santos Germán, Paulino, Justo y Sicio, mrs.



JUNIO

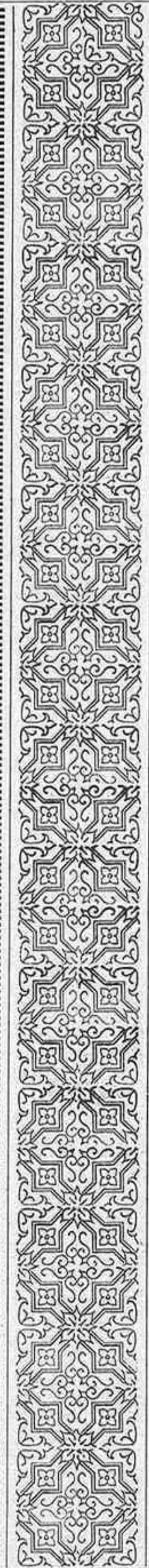
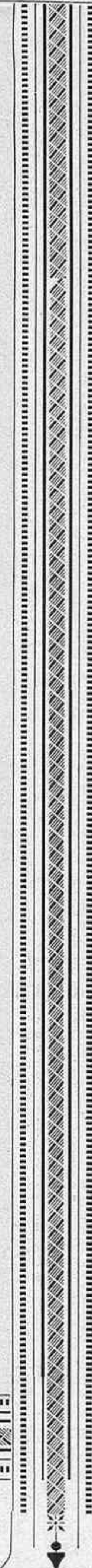
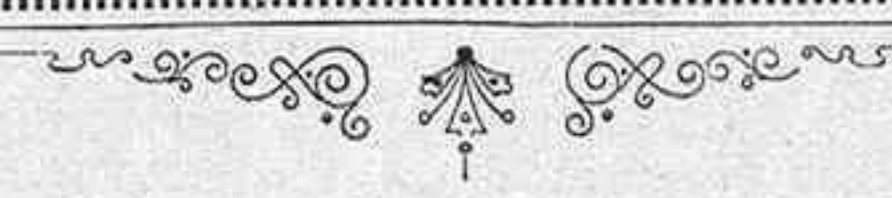
- 1 **Juev.** Fiesta. *Sanctissimum Corpus Christi*; San Segundo, ob. y mr.; san Iñigo, abad, y los beatos Alonso Navarrete y Fernando Ayala, mártires.
- 2 **Vier.** Santos Marcelino, Pedro y Erasmo, mrs., y san Juan de Ortega, presbítero.
- 3 **Sáb.** San Isaac, mr., y el beato Juan Grande, confesor.
- 4 **Dom.** San Francisco Caracciolo, fundador.
- 5 **Lun.** San Bonifacio, ob. y mr.
- 6 **Mart.** San Norberto, arzobispo y fund. de la Orden premonstratense.
- 7 **Miérc.** San Pedro y comps. mrs., monjes de Córdoba.
- 8 **Juev.** San Salustiano, conf., y san Eutropio, ob.
- 9 **Vier.** El Sacratísimo Corazón de Jesús; san Primo y san Feliciano, hermanos, mrs.
- 10 **Sáb.** Santa Margarita, reina de Escocia; san Crispulo y san Restituto, mrs.
- 11 **Dom.** El Purísimo Corazón de María, y san Bernabé, apóstol.
- 12 **Lun.** San Juan de Sahagún; san Onofre, anacoreta, y los santos Basíldes, Cirino, Nabor y Nazario, mrs.
- 13 **Mart.** San Antonio de Padua, y san Fandila, presb. y mr.
- 14 **Miérc.** Nuestra Señora de la Gloria; san Basilio, ob. y doctor, y san Eliseo, profeta.
- 15 **Juev.** San Vito, san Modesto, santa Crescencia y santa Benilde, mrs.
- 16 **Vier.** San Juan Francisco Regis; san Quirico y santa Julita, mrs., y santa Lutgarda, virgen.
- 17 **Sáb.** San Manuel y compañeros, mrs.; santa Teresa, reina de León, y los santos Anastasio, Félix y Digna, mártires de Córdoba.
- 18 **Dom.** Santos Marco y Marceliano, y san Ciriaco y santa Paula, mrs.
- 19 **Lun.** Santa Juliana de Falconeri, virgen; san Gervasio, san Protasio y san Lamberto, mrs.
- 20 **Mart.** San Silverio, papa y mr.; santa Florentina, virgen, y el beato Baltasar de Torres, mr. del Japón.
- 21 **Miérc.** San Luis Gonzaga, conf., y san Raimundo.
- 22 **Juev.** San Paulino, ob., y san Acacio y compañeros, mrs.
- 23 **Vier.** San Juan, presb. y mr.
- 24 **Sáb.** La Natividad de san Juan Bautista.
- 25 **Dom.** San Guillermo, abad; san Eloy, ob., y santa Orosia, virgen y mr., patrona de Jaca.
- 26 **Lun.** San Juan, san Pablo y san Pelayo, mrs.
- 27 **Mart.** San Zoilo, mr., y san Ladislao, rey de Hungría.
- 28 **Miérc.** San León II, papa, y san Argimiro, mr.—*Ayuno con abstinencia de carne.*
- 29 **Juev.** Fiesta. *San Pedro y san Pablo*, apóstoles.
- 30 **Vier.** La Conmemoración del apóstol san Pablo, y san Marcial.



- 1 **Sáb.** San Casto y san Secundino, mrs.
- 2 **Dom.** La Preciosísima Sangre de Nuestro Señor Jesucristo; la Visitación de Nuestra Señora, y los santos Proceso y Martiniano, mrs.
- 3 **Lun.** San Trifón y compañeros, mrs., y el beato Raimundo Lulio, mr.
- 4 **Mart.** San Laureano, ob. y mr., y el beato Gaspar Bono.
- 5 **Miérc.** Santos Cirilo y Metodio, obs., y san Miguel de los Santos.
- 6 **Juev.** Santa Lucía, mr.
- 7 **Vier.** San Fermín, ob. y mr.; san Odón, ob.; san Lorenzo de Brindis, y santa Pulqueria, emperatriz.
- 8 **Sáb.** Santa Isabel, reina de Portugal.
- 9 **Dom.** San Cirilo, ob. y mr.
- 10 **Lun.** Los santos doce hermanos, mrs.; santa Amalia ó Amelia, virgen, y las santas Rufina y Segunda, vírgenes y mrs.
- 11 **Mart.** San Pío I, papa y mr.; san Abundio, mr., y santa Verónica de Julianis, virgen.
- 12 **Miérc.** San Juan Gualberto, abad; santos Nabor y Félix, mrs., y santa Marciana, virgen y mr.
- 13 **Juev.** San Anacleto, papa y mr.
- 14 **Vier.** San Buenaventura, ob. y doctor.
- 15 **Sáb.** San Camilo de Lelis, fund. de los Agonizantes; san Enrique, emperador, y los beatos 40 mrs. del Brasil.
- 16 **Dom.** Nuestra Señora del Carmen; el Triunfo de la Santa Cruz, y san Sisenando, diácono, mr. de Córdoba.
- 17 **Lun.** San Alejo, conf.
- 18 **Mart.** Santa Sinforosa y sus siete hijos; san Federico, obispo, y santa Marina, virgen, todos mrs.
- 19 **Miérc.** San Vicente de Paúl, fund. de las Hijas de la Caridad.
- 20 **Juev.** San Elías, prof.; san Jerónimo Emiliano, fund., y santas Librada y Margarita, vírgenes y mrs.
- 21 **Vier.** Santa Práxedes, virgen.
- 22 **Sáb.** Santa María Magdalena, penitente.
- 23 **Dom.** San Apolinar, ob. y mr.; san Liborio, ob., y los santos hermanos Bernardo, María y Gracia, mrs.
- 24 **Lun.** Santa Cristina, virgen y mr., y san Francisco Solano, conf.—*Ayuno.*
- 25 **Mart.** Fiesta. **Santiago**, apóstol, patrón de España.
- 26 **Miérc.** Santa Ana, madre de la Santísima Virgen María.
- 27 **Juev.** San Pantaleón, san Cucufate, y santa Juliana y santa Semproniana, vírgenes y mrs., patronas de Mataró.
- 28 **Vier.** Santos Nazario, Celso y Víctor, papa, mrs.; san Inocencio, papa, y la beata Catalina Tomás.
- 29 **Sáb.** Santa Marta, virgen, y los santos Félix II, papa, Simplicio, Faustino y Beatriz, mrs.
- 30 **Dom.** San Abdón, san Senén y san Teodomiro, mrs.
- 31 **Lun.** San Ignacio de Loyola, conf., fund. de la Compañía de Jesús.

**A**

GOSTO

- 
- 
- 
- 1 **Mart.** San Pedro Advíncula; los hermanos Macabeos, mrs., y san Félix, mr.
 - 2 **Miérc.** Nuestra Señora de los Ángeles; san Alfonso María de Ligorio, ob. y doctor, y san Pedro, ob. de Osma. —*Jubileo de la Porciuncula*.
 - 3 **Juev.** La Invención del cuerpo de san Esteban, protomártir.
 - 4 **Vier.** Santo Domingo de Guzmán, fund. de la Orden de Predicadores, conf.
 - 5 **Sáb.** Nuestra Señora de las Nieves, y san Abel ó Abelardo, abad.
 - 6 **Dom.** La Transfiguración del Señor; los santos niños Justo y Pastor, mrs., patrones de Alcalá de Henares, y san Sixto II, papa y mr.
 - 7 **Lun.** San Cayetano, fund. de los Teatinos; san Alberto de Sicilia; san Esteban, abad, y compañeros, mrs., y san Donato, ob. y mr.
 - 8 **Mart.** Santos Ciriaco, Largo y Esmaragdo, mrs.
 - 9 **Miérc.** San Román, mr.
 - 10 **Juev.** San Lorenzo, diácono y mr., y santa Filomena, virgen y mr.
 - 11 **Vier.** San Tiburcio y santa Susana, virgen, mrs.
 - 12 **Sáb.** Santa Clara de Asís, virgen, fundadora de las Clarisas.
 - 13 **Dom.** San Hipólito, san Casiano, santa Centola y santa Elena, mrs.
 - 14 **Lun.** San Eusebio, presbítero, y san Pablo, diácono y mártir. —*Ayuno con abstinencia de carne.*
 - 15 **Mart.** Fiesta. *La Asunción de Nuestra Señora*, y san Alipio, ob.
 - 16 **Miérc.** Santos Roque y Jacinto, confs., y el beato Juan de Santa Marta, mr.
 - 17 **Juev.** San Pablo y santa Juliana, hermanos, y el beato Francisco de Santa María, mrs.
 - 18 **Vier.** San Agapito, mr.; santa Elena, emperatriz, y santa Clara de Montefalco, virgen.
 - 19 **Sáb.** San Luis, ob., y el beato Pedro de Zúñiga, mr.
 - 20 **Dom.** San Joaquín, padre de Nuestra Señora, y san Bernardo, abad y doc.
 - 21 **Lun.** Santa Juana Francisca Fremiot de Chantal, fund., y san Fabriciano y san Filiberto, mrs.
 - 22 **Mart.** San Timoteo, san Hipólito, ob., y san Sinfiriano, mrs.
 - 23 **Miérc.** San Felipe Benicio, conf.; san Cristóbal y san Leovigildo, mártires de Córdoba.
 - 24 **Juev.** San Bartolomé, apóstol.
 - 25 **Vier.** San Luis, rey de Francia; san Ginés de Arlés, y los beatos Pedro Vázquez y Luis Sotelo, mrs.
 - 26 **Sáb.** San Ceferino, papa, y san Víctor, presb., mrs.
 - 27 **Dom.** San José de Calasanz, fund. de las Escuelas Pías; san Rufo, ob., y la Transverberación del corazón de santa Teresa de Jesús.
 - 28 **Lun.** San Agustín, ob. y doctor, y san Hermes, mr.
 - 29 **Mart.** La Degollación de San Juan Bautista, santa Sabina, y los santos Juan de Perusa y Pedro de Saxoferrato, mrs.
 - 30 **Miérc.** Santa Rosa de Lima, virgen, y san Félix y san Aducto, mrs.
 - 31 **Juev.** San Ramón Nonnato, card., y santo Domingo de Val, mr.

CIENCIAS Y LINGÜÍSTICA
BIBLIOTECA
MADRID

SEPTIEMBRE

- 1 **Vier.** San Vicente y san Leto, mrs. de Toledo; los santos doce hermanos, mártires; san Gil, abad, y santa Ana, profetisa.
- 2 **Sáb.** San Esteban, rey de Hungría, y san Antolín, mr., patrón de Palencia.
- 3 **Dom.** Nuestra Señora de la Consolación y Correa; san Sandalio, mr., y san Ladislao, rey.
- 4 **Lun.** Santas Cándida, Rosa de Viterbo y Rosalía de Palermo, vírgenes.
- 5 **Mart.** San Lorenzo Justiniano, ob.; la Conmemoración de san Julián, ob. de Cuenca, y santa Obdulia, virgen y mr.
- 6 **Miérc.** San Eugenio y compañeros, mrs.
- 7 **Juev.** Santa Regina, virgen y mr.
- 8 **Vier.** Fiesta. *La Natividad de Nuestra Señora*, y san Adrián.
- 9 **Sáb.** San Gorgonio, mr.; santa María de la Cabeza, esposa de san Isidro Labrador, y san Gregorio de Osset.
- 10 **Dom.** El Dulce Nombre de María; San Nicolás de Tolentino, y san Pedro, ob. de Compostela.
- 11 **Lun.** San Proto y san Jacinto, hermanos, mrs.
- 12 **Mart.** San Leoncio y compañeros; san Vicente, abad, y los beatos Tomás de Zumárraga y Apolinar Franco, mrs.
- 13 **Miérc.** San Felipe, mr.
- 14 **Juev.** La Exaltación de la Santa Cruz.
- 15 **Vier.** San Nicomedes, presb. y mr., y san Jeremías, mártir de Córdoba.
- 16 **Sáb.** San Cornelio, papa; san Cipriano, ob.; santa Eufemia, santa Lucía y san Geminiano, todos mártires.
- 17 **Dom.** Los Dolores gloriosos de Nuestra Señora; la Impresión de las llagas de san Francisco de Asís, y san Pedro Arbués, mr.
- 18 **Lun.** Santo Tomás de Villanueva, arzobispo de Valencia, y san José de Cupertino, conf.
- 19 **Mart.** San Jenaro, ob., y compañeros, mrs.; santa Pomposa, virgen y mr., y el beato Alonso de Orozco.
- 20 **Miérc.** San Eustaquio y compañeros, mrs.; san Rogelio y san Siervo de Dios, mártires de Córdoba.—*Cémpora.*—*Ayuno.*
- 21 **Juev.** San Mateo, apóstol y evangelista.
- 22 **Vier.** San Mauricio y compañeros, mrs.—*Cémpora.*—*Ayuno.*
- 23 **Sáb.** San Lino, papa, y santa Tecla, virgen, mrs.; santa Jantipa y santa Polixena.—*Cémpora.*—*Ayuno.*—*Ordenes.*
- 24 **Dom.** Nuestra Señora de las Mercedes, y el beato Dalmacio Moner, conf.
- 25 **Lun.** San Lope, ob.; san Formerio, mr., y el santo niño Cristóbal de la Guardia, mr.
- 26 **Mart.** San Cipriano y santa Justina, virgen, mrs., y san García, abad.
- 27 **Miérc.** San Cosme y san Damián, hermanos, mrs.
- 28 **Juev.** San Wenceslao, duque de Bohemia; san Adolfo y san Juan, mrs.; santa Eustoquia, virgen, y el beato Simón de Rojas, conf.
- 29 **Vier.** La Dedicación del Arcángel san Miguel.
- 30 **Sáb.** San Jerónimo, presb. y doctor, y santa Sofía, viuda.



OCTUBRE

- 1 **Dom.** Nuestra Señora del Rosario; el santo Ángel de la Guarda, tutelar de España, y san Remigio, ob.
- 2 **Lun.** Los santos Angeles Custodios; san Olegario, ob. y mr., y san Saturio, anacoreta, patrón de Soria.
- 3 **Mart.** San Cándido, mr., y san Gerardo, abad.
- 4 **Miérc.** San Francisco de Asís, fund. de la Orden de los Menores.
- 5 **Juev.** San Plácido y compañeros, mrs.; san Froilán y san Atilano, obs.
- 6 **Vier.** San Bruno, fund. de la Orden de los Cartujos.
- 7 **Sáb.** San Marcos, papa; san Sergio y compañeros, mrs., y san Martín Cid, abad.
- 8 **Dom.** Santa Brígida, viuda y fundadora de la Orden del Salvador ó de los Brigitanos, y san Pedro, mr. de Sevilla.
- 9 **Lun.** San Dionisio Areopagita, ob., y santos Rústico y Eleuterio, mrs.
- 10 **Mart.** San Francisco de Borja y san Luis Beltrán, confesores.
- 11 **Miérc.** San Fermín, ob., y san Nicasio, ob. y mr.
- 12 **Juev.** Nuestra Señora del Pilar de Zaragoza; san Félix y san Cipriano, obs. y mrs., y san Serafín de Montegranario, conf.
- 13 **Vier.** San Eduardo, rey de Inglaterra; san Fausto, san Jenaro y san Marcial, confs.
- 14 **Sáb.** San Calixto, papa y mr.
- 15 **Dom.** Santa Teresa de Jesús, reformadora de la Orden carmelitana y patrona de las Españas.
- 16 **Lun.** San Galo, abad, y santa Adelaida, virgen.
- 17 **Mart.** Santa Eduvigis, viuda, y la beata Margarita María Alacoque.
- 18 **Miérc.** San Lucas, evangelista.
- 19 **Juev.** San Pedro de Alcántara, conf., patrón de Coria.
- 20 **Vier.** San Juan Cancio, presb, y santa Irene, virgen y mr.
- 21 **Sáb.** San Hilarión, abad; santa Úrsula, y compañeras, vírgenes y mrs.
- 22 **Dom.** Santa Salomé, viuda; santa Nunilo y santa Alodia, vírgenes y mrs.
- 23 **Lun.** San Pedro Pascual, ob. y mr.; san Juan Capistrano, y los santos Servando y Germán, patronos de Cádiz.
- 24 **Mart.** San Rafael, arcángel, y san Bernardo Calvó, ob.
- 25 **Miérc.** San Crisanto y santa Daría; santos Gabino, Proto, Jenaro, Crispín y Crispiniano, todos mártires, y san Frutos, conf., patrón de Segovia.
- 26 **Juev.** San Evaristo, papa y mr.; santos Luciano, Marciano y Valentín, y santa Engracia, mrs.
- 27 **Vier.** San Vicente, santas Sabina y Cristeta, hermanos, mrs., patronos de Avila y Talavera de la Reina.
- 28 **Sáb.** San Simón y san Judas Tadeo, apóstoles.
- 29 **Dom.** San Narciso, ob., y san Marcelo, centurión, mrs.
- 30 **Lun.** Santos Claudio, Lupercio y Victorio ó Victórico, mrs., y san Alonso Rodríguez.
- 31 **Mart.** San Quintín, mr., y la Conmemoración de la batalla del Salado.—
Ayuno.

NOVIEMBRE

- 1 **Miérc.** Fiesta. *La festividad de Todos los Santos*; san Julián, san Benigno y compañeros, mrs.
- 2 **Juev.** La Conmemoración de los Fieles Difuntos. Santa Eustoquia, virgen y mártir.
- 3 **Vier.** Los Innumerables mártires de Zaragoza, y san Ermengol, ob.
- 4 **Sáb.** San Carlos Borromeo, arz.; san Vidal y san Agrícola, mrs.
- 5 **Dom.** San Zacarías, prof., y santa Isabel, padres de san Juan Bautista.
- 6 **Lun.** San Severo, ob. y mr., y san Leonardo, conf.
- 7 **Mart.** San Florencio, ob., y san Ernesto, abad.
- 8 **Miérc.** Los santos Severo, Severiano, Carpóforo y Victorino, hermanos, mrs.
- 9 **Juev.** La Dedicación de la Basílica del Salvador (San Juan de Letrán), en Roma, y san Teodoro, mr.
- 10 **Vier.** San Andrés Avelino, y los santos mártires Trifón, Respicio y Ninfa, virgen.
- 11 **Sáb.** San Martín, ob., y san Mena, mr.
- 12 **Dom.** El Patrocinio de Nuestra Señora; san Martín, papa y mr.; san Diego de Alcalá, y san Millán, presb.
- 13 **Lun.** San Eugenio III, arzobispo de Toledo; san Estanislao de Kostka, y san Homobono, conf.
- 14 **Mart.** San Serapio, mr., y santos Lorenzo y Rufo, obs.
- 15 **Miérc.** San Leopoldo, conf.
- 16 **Juev.** San Eugenio I, arzobispo de Toledo; san Rufino y comps., mrs., y santa Inés de Asís, virgen.
- 17 **Vier.** San Gregorio Taumaturgo, ob.; san Acisclo y santa Victoria, mrs., y santa Gertrudis la Magna, virgen.
- 18 **Sáb.** La Dedicación de las Basílicas de san Pedro y san Pablo, en Roma; san Máximo y san Román.
- 19 **Dom.** Santa Isabel, reina de Hungría, y san Ponciano, papa.
- 20 **Lun.** San Félix de Valois, fund. de la Orden de la Santísima Trinidad.
- 21 **Mart.** La Presentación de Nuestra Señora; san Rufo y san Esteban, mrs.
- 22 **Miérc.** Santa Cecilia, virgen y mr.
- 23 **Juev.** San Clemente, papa, y santa Felícitas, viuda, mrs.
- 24 **Vier.** San Juan de la Cruz; san Crisógono, mr., y santa Flora y santa María, vírgenes y mártires de Córdoba.
- 25 **Sáb.** Santa Catalina, virgen y mr.
- 26 **Dom.** Los Desposorios de Nuestra Señora, y san Pedro Alejandrino, ob. y mártir.
- 27 **Lun.** Santos Facundo y Primitivo, hermanos, mrs.
- 28 **Mart.** San Gregorio III, papa.
- 29 **Miérc.** San Saturnino, ob. y mr.
- 30 **Juev.** San Andrés, apóstol.



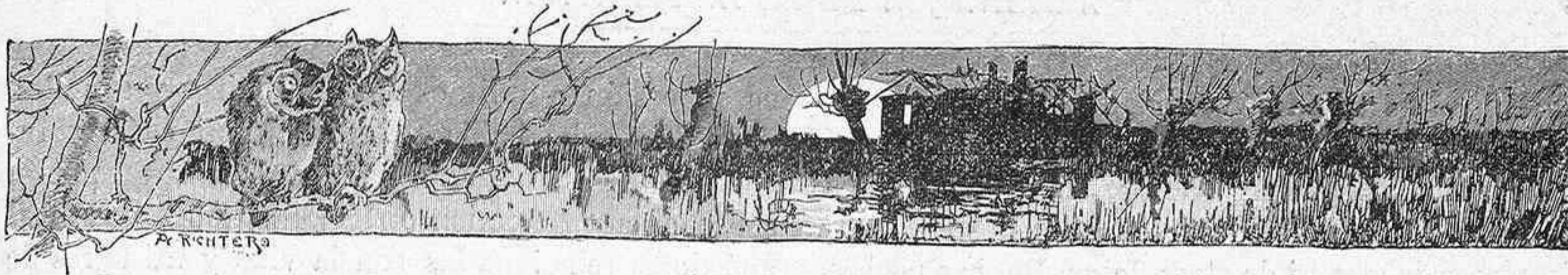
DICIEMBRE

- 1 **Vier.** Santa Natalia, viuda.
- 2 **Sáb.** Santa Bibiana, virgen y mr.; san Pedro Crisólogo, ob. y doctor, y santa Elisa, virgen.— *Cierranse las velaciones.*
- 3 **Dom. I de Adviento.** San Francisco Javier, conf.; san Claudio y santa Hilaria, mrs.
- 4 **Lun.** Santa Bárbara, vg. y mr., y el beato Francisco Gálvez, mr. del Japón.
- 5 **Mart.** San Sabas, abad, y san Anastasio, mr.
- 6 **Miérc.** San Nicolás de Bari, arzobispo de Mira.
- 7 **Juev.** San Ambrosio, ob. y doctor.— *Ayuno.*
- 8 **Vier.** Fiesta. *La Inmaculada Concepción de Nuestra Señora*, patrona de las Españas.
- 9 **Sáb.** Santa Leocadia, virgen y mr., patrona de Toledo.— *Ayuno.*
- 10 **Dom. II de Adviento.** La Traslación de la santa Casa de Loreto; san Melquiades, papa y mr.; santa Eulalia (ú Olalla) de Mérida, y santa Julia, vírgenes y mrs.
- 11 **Lun.** San Dámaso, papa.
- 12 **Mart.** Nuestra Señora de Guadalupe de Méjico, san Hermógenes y san Donato y compañeros, mrs.
- 13 **Miérc.** Santa Lucía, virgen y mr., y el beato Juan de Marinoni, conf.
- 14 **Juev.** San Nicasio, ob. y mr.; san Espiridión y san Pompeyo, obs.
- 15 **Vier.** San Eusebio de Verceli, ob. y mr.— *Ayuno.*
- 16 **Sáb.** San Valentín y compañeros, mrs.— *Ayuno.*
- 17 **Dom. III de Adviento.** San Lázaro, ob. y mr.; san Franco de Sena, confesor, y santa Olimpia ú Olimpiades, viuda.
- 18 **Lun.** La Expectación de Nuestra Señora.
- 19 **Mart.** San Nemesio, mr.
- 20 **Miérc.** Santo Domingo de Silos, abad.— *Cémpora.*— *Ayuno.*
- 21 **Juev.** Santo Tomás, apóstol.
- 22 **Vier.** San Demetrio y compañeros, mrs.— *Cémpora.*— *Ayuno.*
- 23 **Sáb.** Santa Victoria, vg. y mr.— *Cémpora.*— *Ayuno con abst. de carne.*— *Ordenes.*
- 24 **Dom. IV de Adviento.** San Gregorio, presbítero y mr.
- 25 **Lun.** Fiesta. *La Natividad de Nuestro Señor Jesucristo*, y santa Anastasia y 270 compañeros, mrs.
- 26 **Mart.** San Esteban, protomártir.
- 27 **Miérc.** San Juan, apóstol y evangelista.
- 28 **Juev.** Los santos Inocentes, mrs.
- 29 **Vier.** Santo Tomás Cantuariense, ob. y mr.
- 30 **Sáb.** La Traslación del cuerpo de Santiago, apóstol, patrón de España, y san Sabino, ob., y compañeros, mrs.
- 31 **Dom.** San Silvestre, papa y conf., y santa Melania.



¡BUENAS NOCHES!

(De fotografía.)



HISTORIAS DE LOBOS.

NARRACIÓN.



LA primera vez que oí yo hablar de lobos, y que tuve ocasión de verlos de cerca, fué en Soria, donde mi padre, retirado del servicio por sus achaques y más aún por sus heridas, desempeñaba el cargo de tesorero de Rentas y al mismo tiempo la comandancia general de la

Milicia Nacional de la provincia. Corría el año 1838; los carlistas, capitaneados por el célebre cura D. Basilio, amenazaban continuamente la ciudad, y no eran pocas las alarmas, de las cuales nos aprovechábamos los pipiolos empleando en juegos y pedreas las horas robadas al estudio, y las personas formales, que hallaban en esto motivo de reunirse en animadas tertulias y patrióticos conciliábulos.

Una noche de invierno, cruda como suelen allí serlo todas, varias familias, precedidas de sus respectivos criados que llevaban las linternas con que se suplía la falta de alumbrado público, y escoltadas por dos ó tres parejas de milicianos armados, salían de casa del Intendente, donde al sonar las diez daban los viejos fin á sus partidas de tresillo y los jóvenes á su ratito de baile. Había nevado todo el día y nevaba aún copiosamente, por lo cual el numeroso grupo caminaba

despacio y en silencio, por ser obstáculo á las palabras los boas y bufandas, los chales y capotes, en que damas y galanes se envolvían.

De pronto, la pareja encargada del servicio de descubierta se detuvo y dió en voz baja el aviso de que al doblar el ángulo de la calle, y destacando sobre la blancura de la nieve, se distinguían cinco ó seis bultos negros. Requirieron los caballeros los estoques, replegáronse las señoras en un portal por casualidad abierto, y avanzando parte de la fuerza hasta un callejón inmediato, á fin de cortar la salida al enemigo, aguardóse con impaciencia, pero sin miedo, el resultado del combate. No tardaron en sonar dos tiros, y un momento después otros dos, tras de los cuales, rápidas como una exhalación, pasaron rozando casi las piernas de los espectadores unas sombras flacas y encogidas, cuyos ojos brillaban en lo obscuro con extraña fosforescencia.

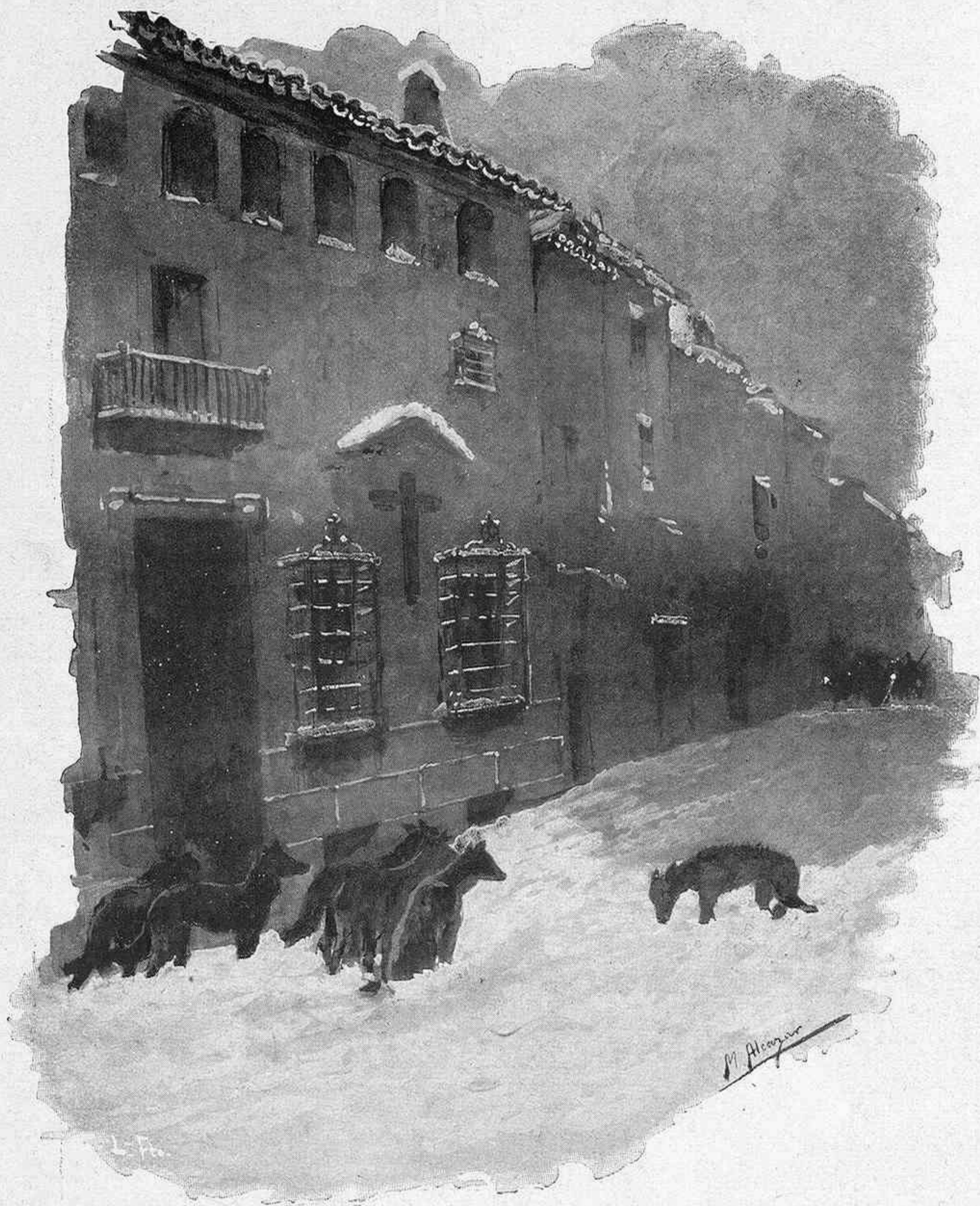
—¡Jesús! ¡Qué bichos tan feos! —gritó una madre que, menos tímida que las otras, formaba en primera fila y oprimía entre sus brazos hasta tres retoños de edad indescifrable.

—¿Qué ha sido? ¿Qué ha sido?—preguntaban las que se guarecían en el fondo del portal.

—Pues no ha sido nada—contestó, de vuelta ya de la expedición, el que actuaba como jefe:—los pobres lobos, que no teniendo qué comer en el campo, vienen á buscarlo en las basuras y des-

perdicios que arroja la vecindad. Allí hemos dejado uno tendido, y á otro, cachorro sin duda, nos lo llevamos prisionero; á los restantes cualquiera los pilla. Pueden ustedes irse tranquilos y dormir sin temor de esas ni de otras fieras. Buenas noches.

en procesión acudimos á verle chicos y grandes. Aquella noche había tertulia en mi casa, y recuerdo que la conversación giró, naturalmente, sobre el acontecimiento del día. Contáronse mil anécdotas relacionadas con la vida y milagros de



Á la mañana siguiente no se hablaba en Soria de otra cosa que de la visita de los lobos. Creo que la del cabecilla D. Basilio no hubiera despertado tanto interés. El lobezno cautivo fué expuesto en el patio de la Jefatura política, donde

los congéneres de nuestro huésped, y hallábase próxima ya la hora de recogerse la gente menuda, cuando una de las personas más respetables, ó como decimos hoy, más conspicuas de la reunión, preguntó dirigiéndose á mi padre:

—Y á usted, señor Tesorero, ¿nunca le ha ocurrido algo en que tengan que ver los lobos?

—Sí, por cierto; en dos ocasiones de mi vida, y que por circunstancias especiales no se me han borrado de la memoria.

—Cuenta usted, cuenta usted—exclamó á coro la concurrencia.

La curiosidad pudo en mí más que el sueño, y gracias á ella escuché la siguiente narración.

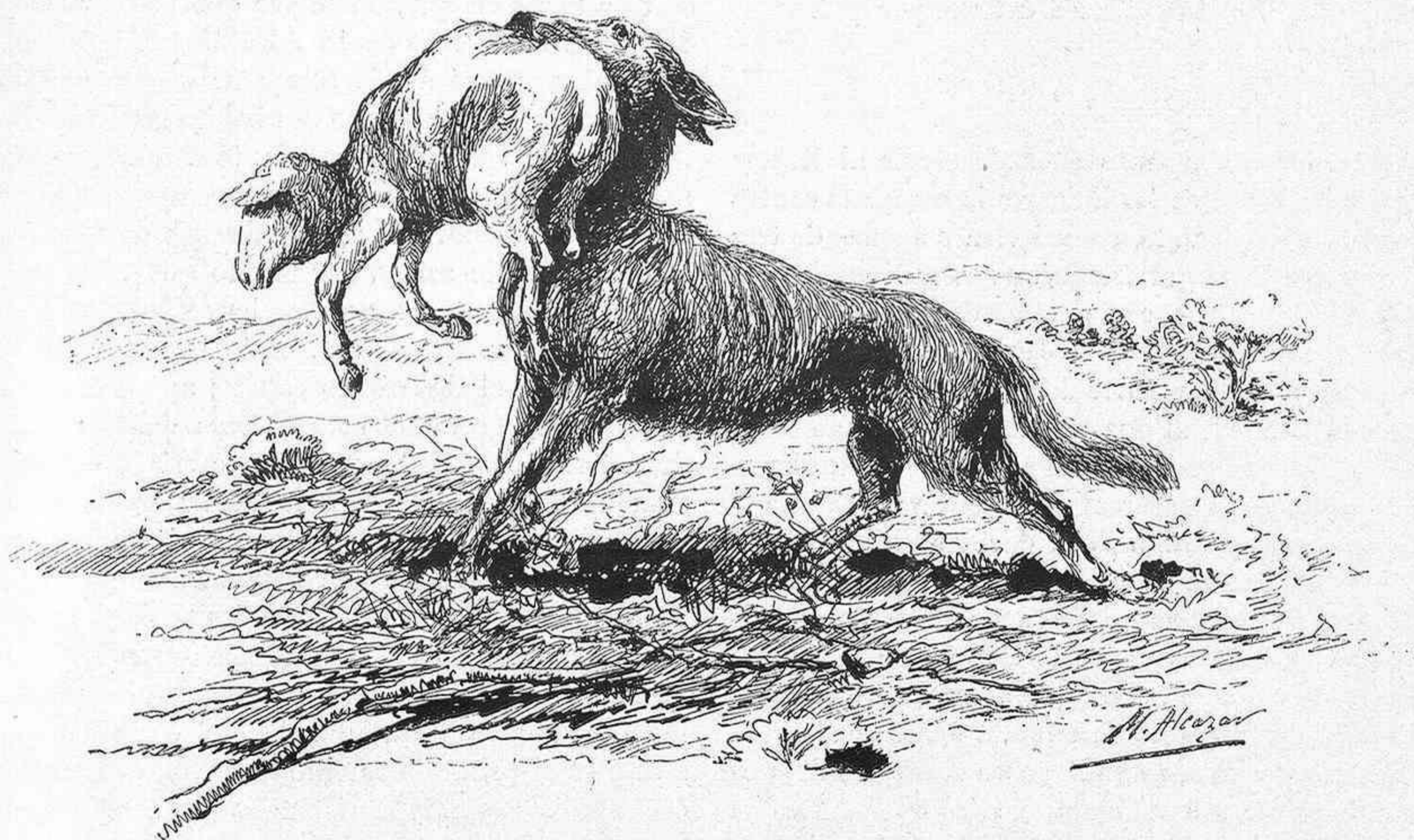
*
* *

—«Creo saben ustedes—dijo mi padre—que soy maragato, y por si no lo saben, les añadiré que nací en Rabanal del Camino.

diaria, pues tenía ya diez ó doce años y nada me quedaba que aprender en la escuela.

Una mañana, mientras dormitaba á la sombra de los chaparros, sintiendo á lo lejos el sonsonete de las esquilas y el ladrido de los mastines, vinieron á sobresaltarme las voces de ¡á ese! ¡á ese! dadas por un muchacho que guardaba cabras cerca de mí, con lo que pude ver pasar rápidamente un perro desconocido y extraño, de piel gris aleonada, el cual llevaba entre sus dientes una de mis ovejas.

Ponerme en pie y lanzarme en su persecución esgrimiendo el cayado pequeño, pero fuerte, que era mi inseparable compañero, fué obra de un instante. Corría el perro en dirección oblicua, le



Abandoné tan joven mi pueblo al huir del convento de Astorga, en que pasé algunos años, y donde mi familia quería encerrarme para siempre, que lo único que recuerdo de mi casa es que vivíamos como labradores ricos, poseyendo bastantes cabezas de ganado y no pocas tierras. Yo no había nacido, seguramente, para labrador; pero me deleitaba ir al campo, sobre todo al amanecer ó á la caída de la tarde; vagar por montes y llanuras entre el rebaño, y oír las tonadillas y los cuentos de los pastores. Tal era mi ocupación casi

atajé, y dándole dos palos en la cabeza, así á la oveja por las patas, forcejeando para arrancársela. Tiraba él con furia para retenerla; sus ojos bizcos y amarillentos parecían querer devorarme, y sabe Dios el término que habría tenido la lucha si un viejo pastor, atraído por nuevas voces del muchacho, no hubiera venido en mi auxilio, decidiéndola en favor mío con un golpe de su terrible cachiporra.

Cuando hube recobrado mi oveja, herida apenas; cuando vi al animal que había pretendido ser su



verdugo revolcándose en su propia sangre:—Gracias, tío Roque—dije volviéndome hacia mi protector;—pero ¿ha visto usted qué maldito perro?

—¿Perro, eh?—respondió con asombro el pastor;—ya presumía yo que tu arrojo era hijo de tu ignorancia; ¡buen disgusto tendrá la familia si llega á saber que has luchado á brazo partido con un lobo de los peores que bajan de Foncebadón!

Una cariñosa advertencia de mi madre para que no volviera á ir solo al campo, y una soberana paliza de mi padre, me dieron á entender bien pronto que la familia no ignoraba aquel rasgo de valor, por el cual muchos me felicitaron. Desde entonces cobré un horror invencible á los lobos.

—¿Y después?—murmuraron algunos oyentes.

—Después esa aversión casi se ha trocado en simpatía. Voy á explicar á ustedes por qué.

*
* * *

Llevaba yo algunos años de servir al Rey, y había hecho ya en las Baleares la campaña contra los ingleses, cuando, convaleciente apenas de tres ó cuatro heridas gravísimas que no me impidieron, sin embargo, escapar de manos de los franceses en Ocaña, me presenté á la Junta de Guadalajara, y entré á formar parte del batallón de Voluntarios de Madrid, al que me destinó D. Juan Martín, el Empecinado. En tal cuerpo y con tal hombre salíamos á sorpresa por hora y á batalla ó escaramuza por día. Para dar á ustedes idea de cómo batiríamos el cobre en Priego, en Molina de Aragón, en Somosierra, en el Puente de Revenga, en Calatayud, en la Granja, en la Almunia, y por donde quiera que asomaba un francés, bastará decirles que en aquella época, nada pródiga en ascensos, ascendí yo en dos años de sargento primero á teniente, y siempre á costa del pellejo, de lo cual puede dar testimonio mi cara. Como teniente y á la cabeza de mi compañía, después de haberse puesto en salvo el valeroso Juan Martín ordenando que nos rindiéramos, pues toda defensa era imposible, caí prisionero en el Rebollar de Sigüenza el 29 de Febrero de 1813, y no pudiendo fugarme, como lo hiciera tantas veces, fuí conducido al cuartel general, y de allí enviado á Francia con otros compañeros.

Y aquí entra lo interesante de mi relación. El pueblo que se nos fijó como residencia se llamaba Le Puy (en Velay), y desde la frontera, á la que llegamos escoltados, emprendimos nuestra pere-

grinación por los Pirineos, á pie, hambrientos y casi desnudos, en el rigor del invierno, y haciendo, por lo regular, de noche las jornadas, tanto por evitar burlas y malos tratos, cuanto por no dar á las almas sensibles el triste espectáculo de nuestra miseria. Los días los pasábamos descansando en el lugar que nos designaban los alcaldes de los pueblos del tránsito, con los cuales me entendía yo por poseer la lengua francesa, dejándoles recibo de los socorros que nos facilitaban y de que me servía para pagar el mezquino alimento que tomábamos en cualquier bodegón. Seríamos diez ó doce los que íbamos juntos, como destinados al mismo depósito, y de ellos sólo dos ó tres oficiales; el resto lo componían sargentos y cabos.

Una tarde en que, no sé por qué trabacuenta, tuve que detenerme en la Alcaldía más que de costumbre, rogué á mis compañeros que no me esperaran, y supuesto que nos habían indicado la dirección que debíamos seguir, tomasen la ruta, seguros de que yo les alcanzaría antes de llegar al pueblo cercano, que no distaba más de una legua. Hiciéronlo así, y, por pronto que quise terminar mis asuntos, era ya noche cerrada cuando pude seguirles. Envolvime, como Dios me dió á entender, en el destrozado capote; apreté bien á las sienes la gorra de cuartel para defenderla y defenderme del helado cierzo que corría, y echándome al hombro el miserable hatillo, sujeto á la punta de un palo, gané á paso regular la carretera al resplandor de una magnífica luna. Pero no bien hube perdido de vista las últimas casas del lugar, cuando sobre el ribazo escarpado del camino distinguí una forma oscura que nada tenía de humana y que marchaba á compás mío. Pensé en el primer momento que fuese un perro ó una cabra; calculé la distancia, y el tamaño me resultaba mucho mayor. Sin duda era un borriquillo extraviado en el campo ó desertor de alguna corraliza. Quise cerciorarme de ello y le llamé la atención con un silbido: siguió andando sin volver la cabeza; entonces me paré mirándole fijamente, y él se paró mirándome también. Sentí mi frente bañada en sudor frío; mis pies quedaron clavados en tierra, y, para no caer, tuve que apoyarme en el palo. Mi acompañante era un tremendo lobo de los Pirineos: lo había reconocido en los ojos.

Confieso que tuve algunos instantes de vacilación. ¿Qué hacer? Estaba solo y desarmado; me se-

paraban, de mis amigos una legua, de mis enemigos cien metros. ¿Debía retroceder? ¿Debía proseguir? La reflexión vino bien pronto en mi ayuda. Yo he creído siempre que el peligro es una especie de fuego fatuo: persigue al que le huye y huye del que lo persigue. Además, lo mismo la fiera que el hombre, acometen por la espalda con mayor seguridad que de frente. Mi resolución estaba tomada. Volví á colocar el hatillo en el hombro; estiré brazos y piernas, ya medio entumecidos, y, acordándome de que la Providencia no favorece únicamente á los dichosos, seguí de nuevo la carretera adelante, casi avergonzado de aquel acceso de debilidad.

—¿Y el lobo?—gritaron cuatro ó seis voces.

—Que lo crean ustedes, que no lo crean, el lobo continuó andando paralelamente á mí los tres cuartos de hora que duró la jornada, deteniéndose cada vez que yo me detenía por cualquier motivo; mirándome si le miraba, y más lejos ó más cerca, según los accidentes y sinuosidades del terreno. Oía yo ya los ruidos y veía

las luces de la vecina población, cuando, con el mismo paso que había empleado para ajustarse al mío, torció por un sendero diferente y desapareció á poco tras un saliente formado por las tapias de un arrabal.

Al divisarme los compañeros prorrumpieron en aclamaciones de júbilo; yo respondí á ellas arrojándome en sus brazos, y por Dios que lo necesitaba. ¿Qué son las fatigas de un largo viaje al lado de las que yo pasé en aquellos cincuenta minutos?

—¿De modo que no es usted enemigo de los lobos?

—Ni enemigo, ni amigo; pero no me inspiran el odio que suelen inspirar á la mayoría de las gentes. Niño, los castigué; hombre, me respetaron; siento por ellos algo de compasión, y hasta abrigo la idea de que, al hablar de su ferocidad y su perverso instinto, se les calumnia demasiado.»

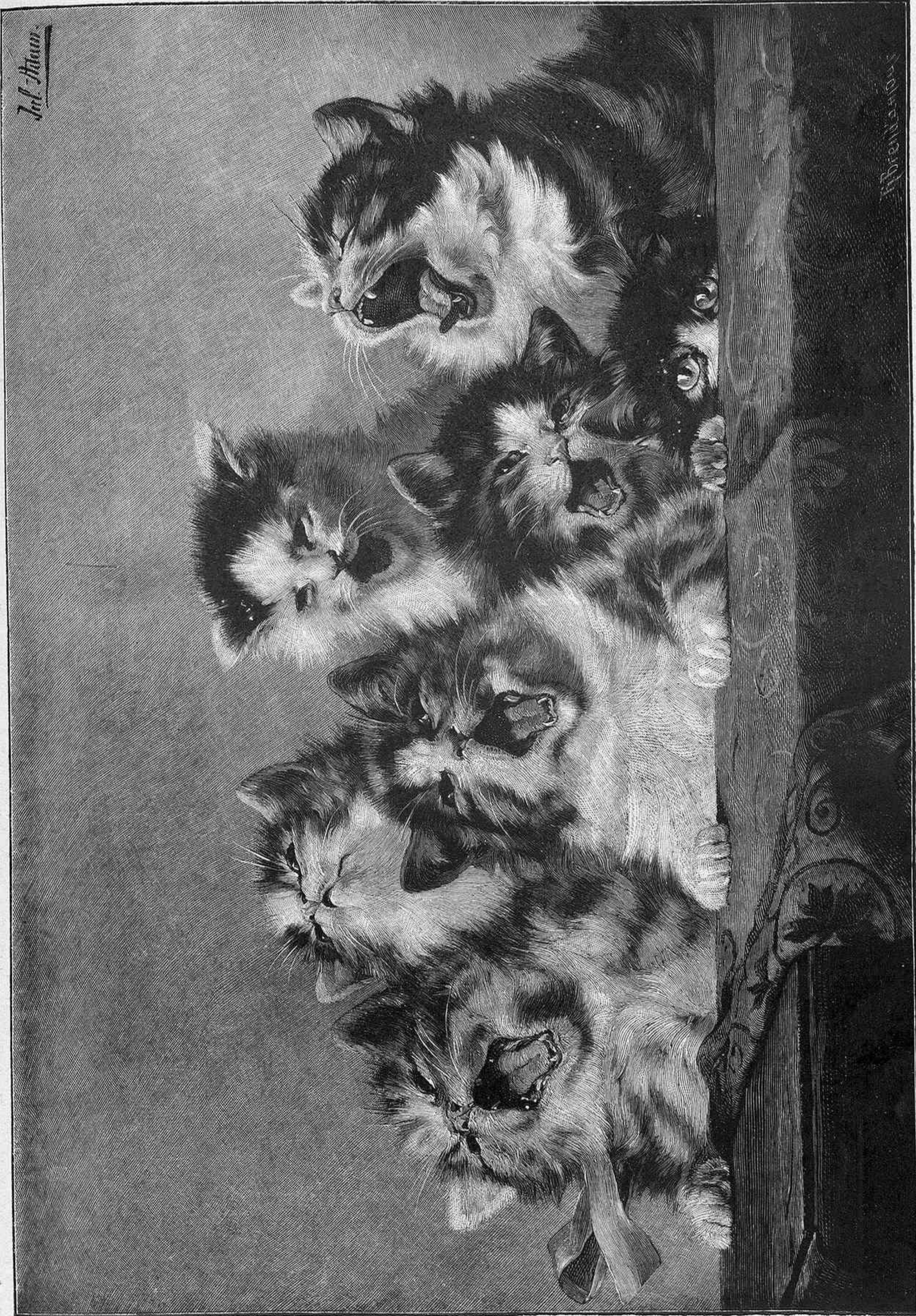
Seguro estoy de que ni las señoras ni las ovejas participaban de las opiniones de mi padre.

MANUEL DEL PALACIO.





ROSAS DE VERANO.
Cuadro de Skipworth.

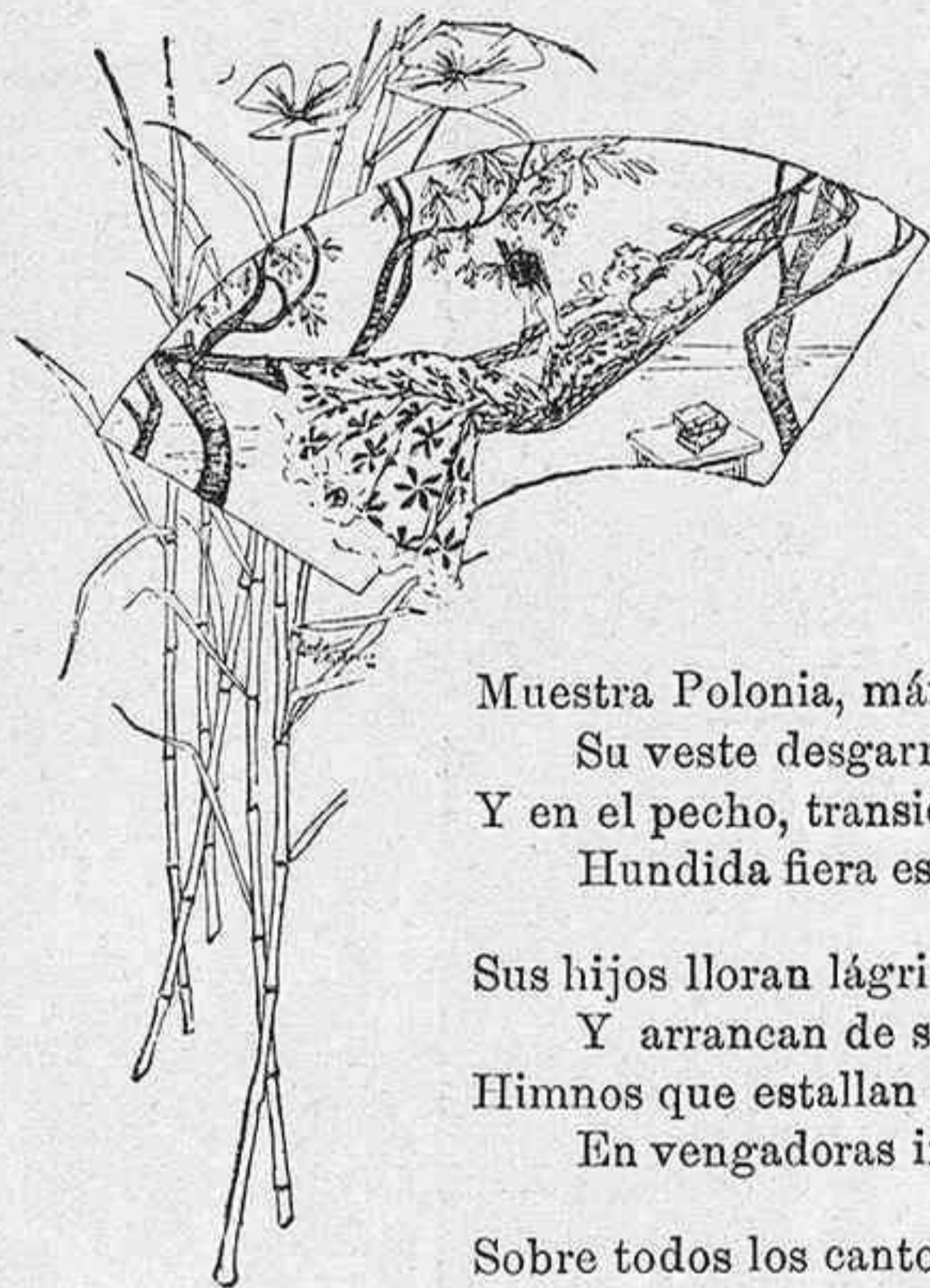


FAMILIA FELIZ.

Cuadro de J. Adam.



LIGENZA. (*)



Á Alfredo Vicenti.

I.

Muestra Polonia, mártir sin ventura,
Su veste desgarrada,
Y en el pecho, transido de amargura,
Hundida fiero espada.

Sus hijos lloran lágrimas candentes,
Y arrancan de sus liras
Himnos que estallan, bravos y rugientes,
En vengadoras iras.

Sobre todos los cantos se levanta
Clamor, de angustia lleno,
Que á los verdugos de Polonia espanta
Con su fragor de trueno.

Es la voz del más inclito poeta
De la nación vencida;
Es la protesta audaz de un alma inquieta
Para el dolor nacida.

Es la canción que surge bramadora,
Cual férvido torrente,
Y va envuelta en la llama abrasadora
De los soles de Oriente.

Es el sollozo de Ligenza, el vate
De infortunada vida,
Que en las sombras libró rudo combate
Por su patria querida;

Gran corazón, á quien el hado impío
Rompió las niveas alas,
Como la blanca vela de un navío
Deshecha por las balas;

Genio que, al ser besado por la muerte,
Lanza vivas centellas,
Y en cuya tumba el odio se convierte
En reguero de estrellas.

II.

Muestra Polonia, mártir sin ventura,
Su veste desgarrada,
Y en el pecho, transido de amargura,
Hundida fiero espada.

Y para honrar de su cantor valiente
Los tristes funerales,
Cita en Varsovia, la ciudad doliente,
Á sus hijos leales.

Mujeres, niños, jóvenes y ancianos,
Acuden presurosos,
Con coronas de espinas en las manos;
Los semblantes llorosos.

Grabados los pesares más intensos
En las torvas facciones,
Cuarenta mil polacos, indefensos,
Ciñen negros crespones.

Y en las calles la turba se difunde,
Y alza un fúnebre canto,
Que á los verdugos de Polonia infunde
Indignación y espanto.

Un general, tirano moscovita,
Á la turba enlutada
Pregunta: «¿Qué queréis?» Y el pueblo grita:
«¡Nuestra patria adorada!»

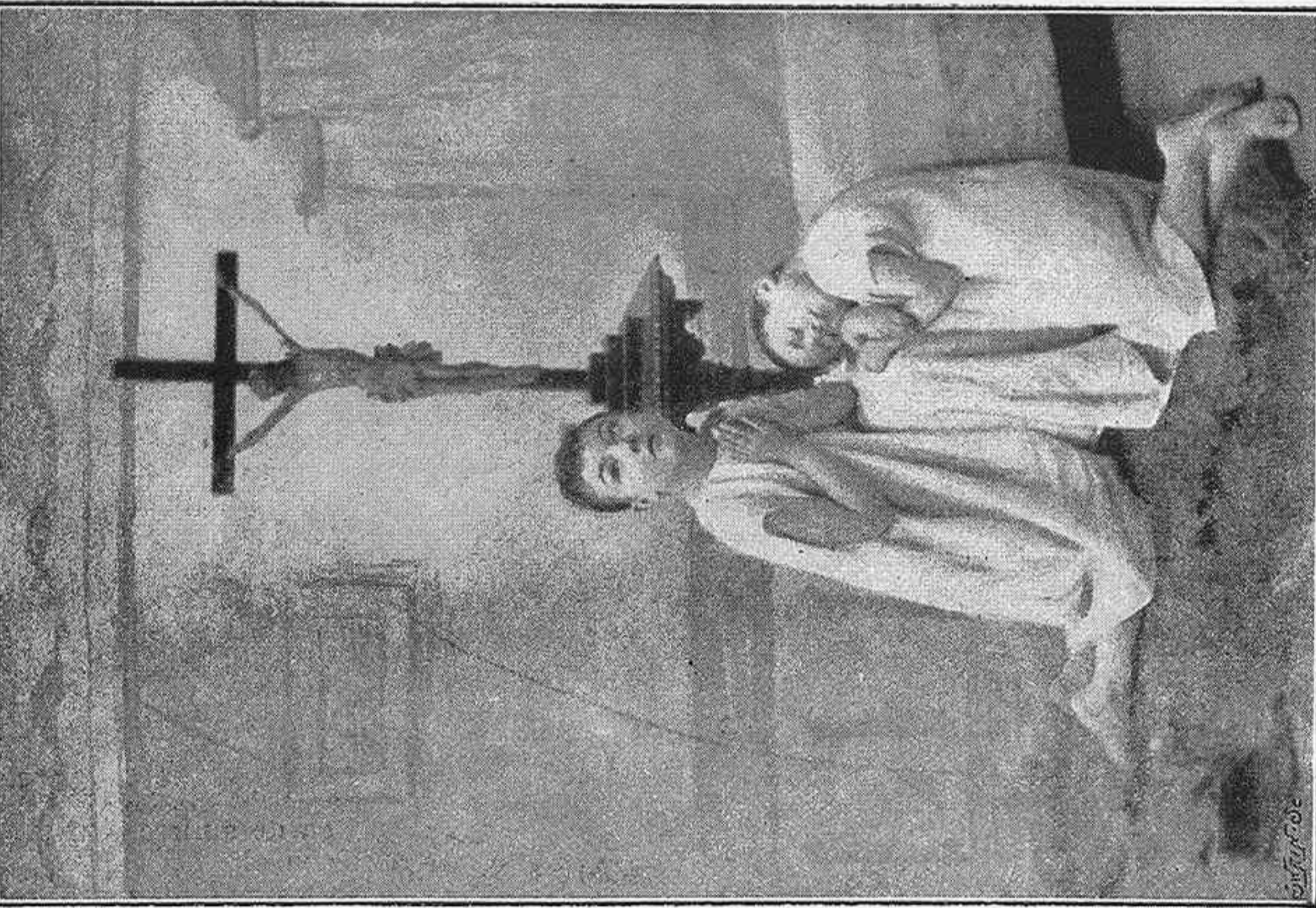
La aguda espuela entonces los lanceros
Clavan á sus bridones,
Y aplican con furor los artilleros
La mecha á los cañones.

Y alumbrando el horror y la matanza
Del sol la viva lumbre,
Palmas de regios esplendores lanza
Sobre la destrozada muchedumbre.

MANUEL REINA.

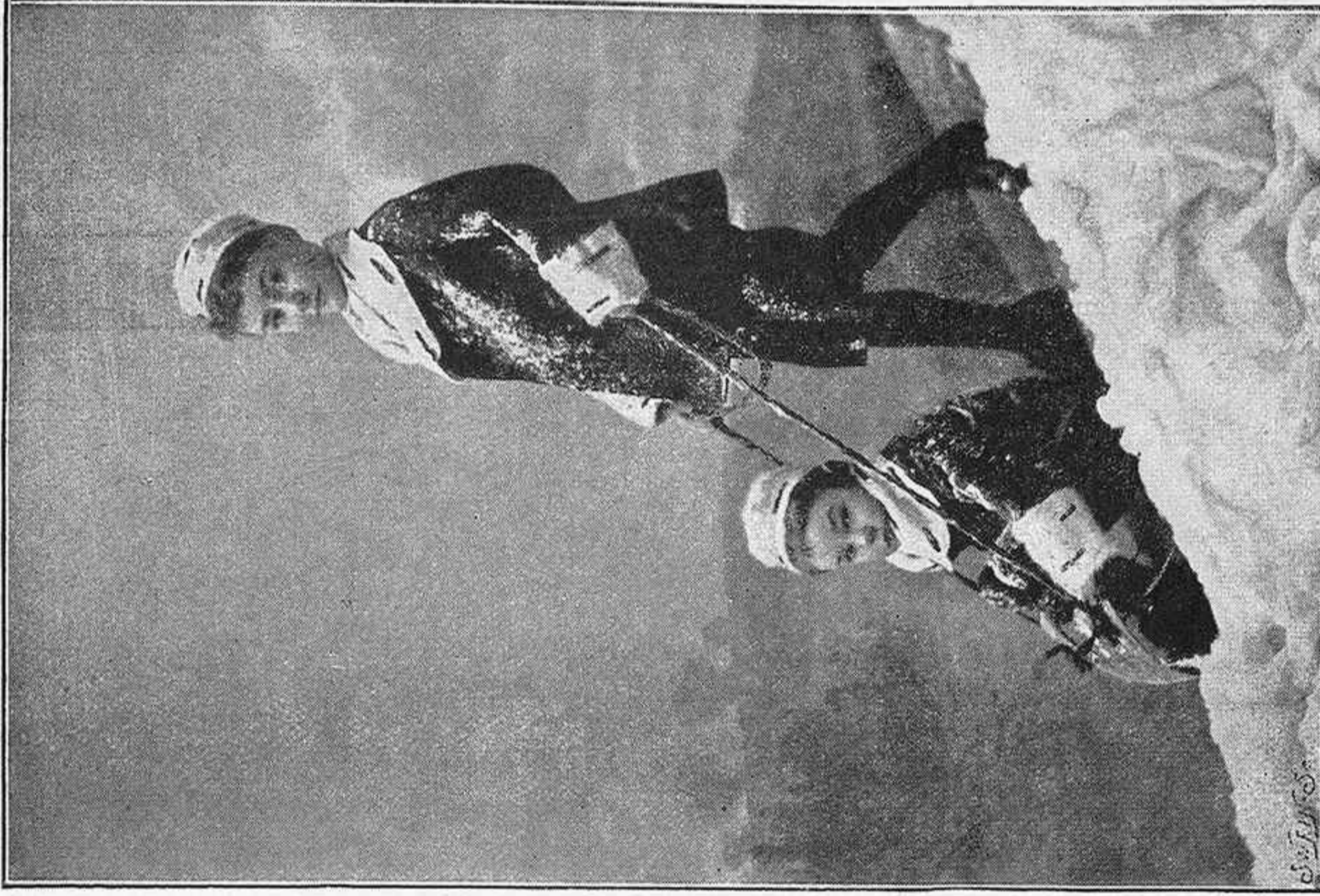
(*) Del libro inédito *El jardín de los poetas*.





LA PLEGARIA DE LOS NIÑOS.

(De fotografías.)



EN LA NIEVE.

EL CALENDARIO MÁGICO



CUANDO conozcas la causa, amor mío, acaso te rías de mi indecisión en arrancar ese cromó tan bonito que como un sello oculta las hojas del Calendario.

Tengo supersticioso temor de descubrir la primera página de ese libro. ¿No es el

símbolo de nuestra existencia?.... ¿Qué es ésta sino un puñado de hojas que se van arrancando una á una después de manchar su blancura con un dolor, una esperanza ó un des-

encanto?....

Pues has de saber, alma mía, que anoche, después de colgar en la pared el flamante Calendario, me tendí en la *chaise longue*, y después de apurar con verdadera complacencia un habano, me quedé sumido en ese estado de vigilia precursor del sueño.

Hallábase la habitación á oscuras, y te juro que hubiera caído de lleno en poder de Morfeo á no sentir cerca de mí un chasquido extraño como de madera que se quiebra violentamente.... Recorrí con los ojos las tinieblas que me rodeaban, y al tocar en el punto ocupado por el Calendario vi una cosa que me erizó los cabellos é hizo correr por mi cuerpo un escalofrío análogo al que debió sentir el tirano de Babi-

lonia ante las enigmáticas palabras que interrumpieron su báquico festín.

Hallábase el Calendario envuelto en un nimbo color de rosa; el cromó que oculta las hojas habíase trocado en un cuadrilátero negro, y en la parte superior del mismo veíase una mujer microscópica, pero hermosísima; sus ojos eran verdes como la esmeralda, sus labios como encendido rubí, su gesto sonriente.

—Soy la Esperanza— me dijo con vocecita que recordaba el sonido de esas cajas musicales de juguete.

Y continuó:

—Al empezar el año vengo á disipar las tinieblas que la desilusión pueda haber formado en tu cerebro.... Nuevas ilusiones desparanarán su luz.... ¡Ahí las tienes!

Y me señaló el cuadrilátero negro.

Sucedió entonces una cosa extraordinaria, inenarrable, digna del humor fantástico de Hoffmann: del negro cuadrilátero salió alegre turba de mujeres hermosas y aladas, con alas azules sembradas de rosas de oro. Cada mujer representaba á uno de los buenos dioses de la mitología clásica; cada mujer cruzaba su pecho con una hoja del Calendario, y en los blondos rizados de las unas y en los negros cabellos de las otras veíanse guirnaldas de siemprevivas, de amarantos, de margaritas; la inmortalidad, el amor, la primavera res-



plandecientes: inundaron las diminutas mujeres el espacio libre de la habitación, y zumbó en ésta el cántico de la esperanza, compuesto de notas ardientes; su ritmo era voluptuoso, enervador á ratos, á ratos bélico, estruendoso.

Y todas aquellas mujeres desfilaron por delante de mí, y como eco dulcísimo deslizaban en mis oídos sólo una palabra: «Amor», «Gloria», «Fortuna», la trinidad cuyo dominio ansía el hombre, la trinidad que le empuja á la pelea, al sacrificio, al heroísmo, para gustar de sus frutos embriagadores.

Y yo, atónito, emocionado, veía cruzar aquellas promesas vivientes, y, ¡loco de mí!, tendía las manos para aprisionarlas, para hacerlas mías y que eternamente modulasen en mis oídos: «Amor», «Gloria», «Fortuna».

Pero.... desaparecieron.... Todo quedó sumido en tinieblas.... Miré desolado en mi derredor.

—¡Dios mío, sólo!—murmuré con infinita amargura.

—¿Sólo?—oí que repetía una voz bronca.

Miré aterrado, y vi nuevamente el Calendario envuelto en tibia claridad.

En el mismo sitio que antes ocupara la Esperanza, había un viejecito con vestidura talar: su lengua barba llegábase hasta la cintura; su escuálida diestra empuñaba una guadaña tinta en sangre; su siniestra mano sostenía un reloj de arena.

—¿Quién eres tú?—le pregunté azorado.

—¡El Tiempo!—me replicó.

Y golpeó nerviosamente con el regatón de su fatídico emblema en el borde del Calendario.

—Mira las realidades que te aguardan—me dijo con voz que heló mi alma.

Y vi salir de la misteriosa negrura que antes franqueó la alegre falange de hermosas á unos seres sombríos: fué un desfile fúnebre y antipático de mujeres de caras escuálidas, amarillentas, con pómulos descarnados, ojos enrojecidos por las lágrimas, labios incoloros, todas ellas con ambiente triston y miserable: sus cuerpos es-

queléticos, ocultos en flotantes velos negros sobre los cuales, á modo de peto, resaltaban las hojas del Calendario: sus números eran también negros, y sus efemérides más negras aún: los lacios cabellos de estos



seres visionarios veíanse adornados con coronas de funerarias y maravillas; las flores de la muerte y de los sepulcros: desfilaron por delante de mí mascullando una salmodia, lamentación incomprensible que engendraba un abatimiento horroroso, una pena que producía ahogo.

Desfilaron, y noté aterrado que aquellas fatídicas visiones eran el emblema de la desgracia, del dolor, del llanto, de la desesperación, del desamor, de la pobreza.

¡Qué abrumadora realidad!

.....
Ya sabes, amada mía, la causa de mi indecisión.

¡Tengo miedo de arrancar ese cromo que coquetamente oculta la primer hoja del Calendario!

Temo que al arrancarle aparezca el viejo terrible, y que ese montón de hojas se trueque en mujeres de negras vestiduras, tan negras como las realidades de la vida.

ALEJANDRO LARRUBIERA.



EL CIELO EN 1899.



Sol.—Sabido es que el globo central de nuestro sistema consta de un núcleo esférico obscuro, rodeado de una capa relativamente delgada de materia ígnea, granujienta y móvil, llamada *fotoesfera*, que es la que da forma visible al astro. Sobre esta capa reposa otra llamada *chromoesfera*, en la cual predomina el hidrógeno incandescente; y sobre ésta se extiende á considerable distancia una tercera, llamada *atmósfera coronal*, de constitución química análoga á la de la capa subyacente, y formada de rayos catódicos, como lo ha demostrado recientemente el astrónomo Deslandres, del Observatorio de París. Empleando el espectroscopio, pueden percibirse en cualquier tiempo las lenguas de fuego ó *protuberancias* de la chromoesfera; pero en toda su magnificencia esta atmósfera, sólo son visibles durante los fugaces instantes de los eclipses totales.

Las manchas son depresiones de la fotoesfera, en cuyo fondo queda al descubierto el cuerpo central, que aparece negro porque realmente lo es, ó más bien á causa de un efecto de contraste por su contigüidad á la materia luminosa circunvecina. Su aspecto es el de la figura 1, que representa uno de los mayores grupos que han aparecido en el presente ciclo undecenal. Se dejó ver en la primera quincena del pasado Marzo, y medía á la sazón 160.000 kilómetros, ó sea 17 veces el diámetro del globo terrestre.

Desde principios del pasado siglo viene estudiándose la corona de un modo racional y sistemático, llamando la atención de los observadores la variedad de formas que afecta de unas épocas á otras, pero sin que fuese dado encontrar cone-

xió n alguna entre estos fenómenos y otros de ritmo conocido. El problema puede considerarse hoy como resuelto, pues de los trabajos efectuados en los dos últimos años por diversos astrónomos, y singularmente por el que se acaba de citar, resulta

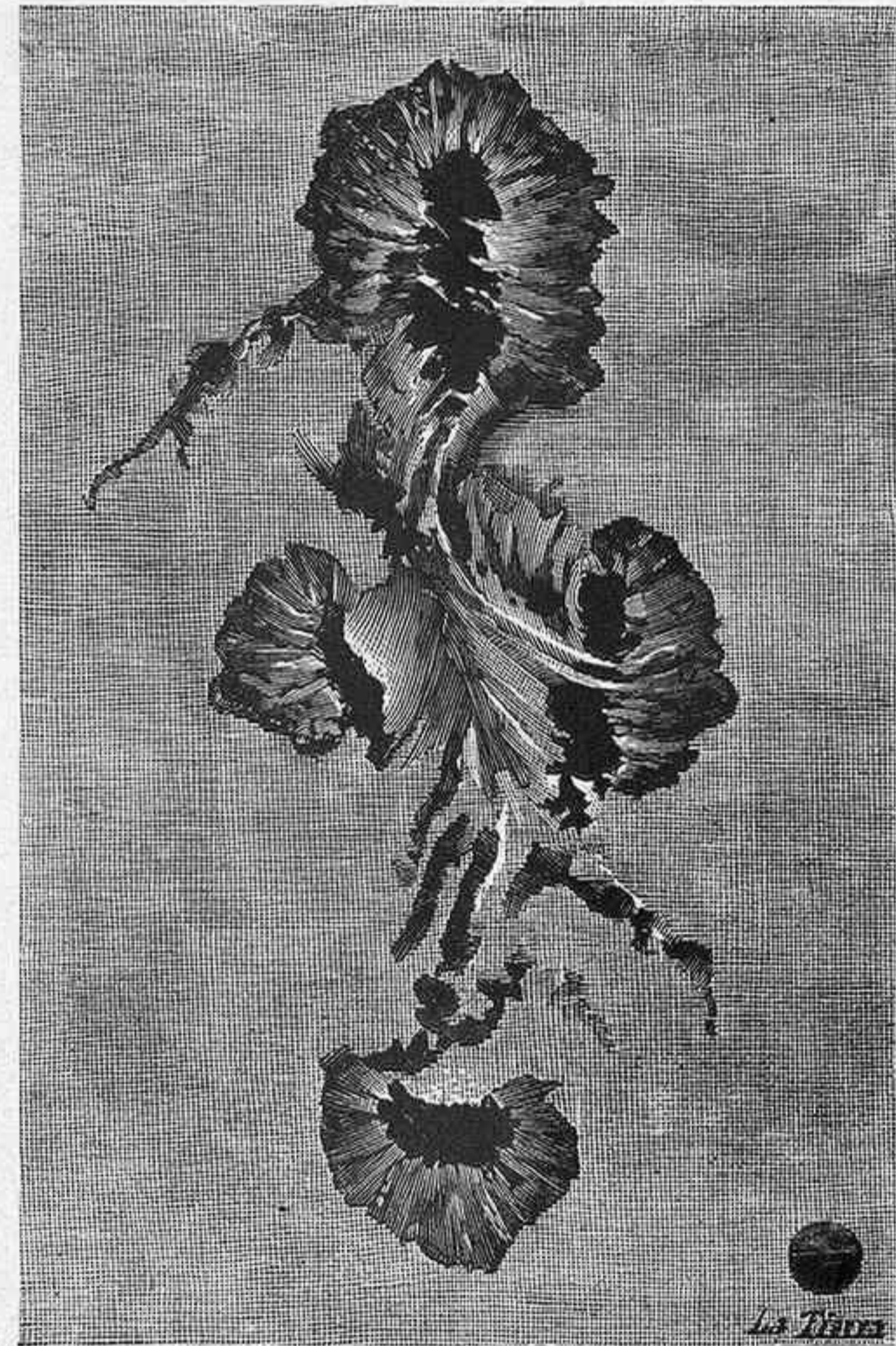


Fig. 1.

que aquellas variaciones se ajustan á la misma ley que las fluctuaciones de la actividad solar, en lo que á las manchas se refiere, observándose que en las épocas del máximo, ó sea cada once años, la atmósfera coronal ofrece una expansión más

uniforme alrededor del globo solar, en tanto que en las épocas del mínimo se contrae hacia los polos del mismo; de todo lo cual dan idea las figuras 2 y 3, que representan los tipos extremos de la expansión coronal entre la infinidad de formas que suelen presentar sus prolongados penachos.

El lector que sienta verdadero interés hacia un estudio que reviste tanto atractivo debe fijarse bien en lo que va expuesto, á fin de educar su criterio acerca del particular y prepararse así á la observación del próximo eclipse total de Sol de 1900, que ha de ofrecer ocasión para ver confirmada la predicción de la forma con que aparecerá la aureola que debe circuir al disco negro de la Luna en los momentos de la completa obscuridad, forma que se acercará á la del segundo tipo en virtud de ocurrir el espléndido fenómeno celeste en una época de mínimo de manchas.

Otro problema importante relacionado con el precedente, es la concomitancia, cada día más manifiesta, entre los máximos y mínimos de que se trata y las variaciones de la temperatura sobre la superficie de la Tierra, cuyo aumento coincide visiblemente con los primeros, como si el núcleo negro de las manchas emitiese más calor que la fotosfera misma. El hecho ha sido puesto fuera de duda por el sabio Flammarion, originándose con tan inesperado descubrimiento una nueva dificultad, no resuelta todavía, pues siempre se creyó que las capas fotosféricas eran fuente primordial de luz y de calor, y ahora parece resultar que este último procede de una capa más profunda. ¡Cuánto misterio en las energías de la incomparable hoguera! y ¡qué horizontes tan dilatados se abren allí á la investigación para todo espíritu cultivado!

Mercurio.—Será estrella de la mañana, y se hallará á la mayor distancia angular del Sol, ó lo que es lo mismo, en las mejores condiciones para la observación, en los días 11 de Enero, 9 de Mayo, 4 de Septiembre y 25 de Diciembre; y estrella de la tarde en los días 24 de Marzo, 21 de Julio y 16 de Noviembre. La época más favo-

rable para nuestro hemisferio será el 21 de Julio.

La duración de su rotación permanece indeterminada, aunque lo más probable es que pueda fijarse en 88 días, intervalo igual al que invierte en recorrer su órbita alrededor del Sol.

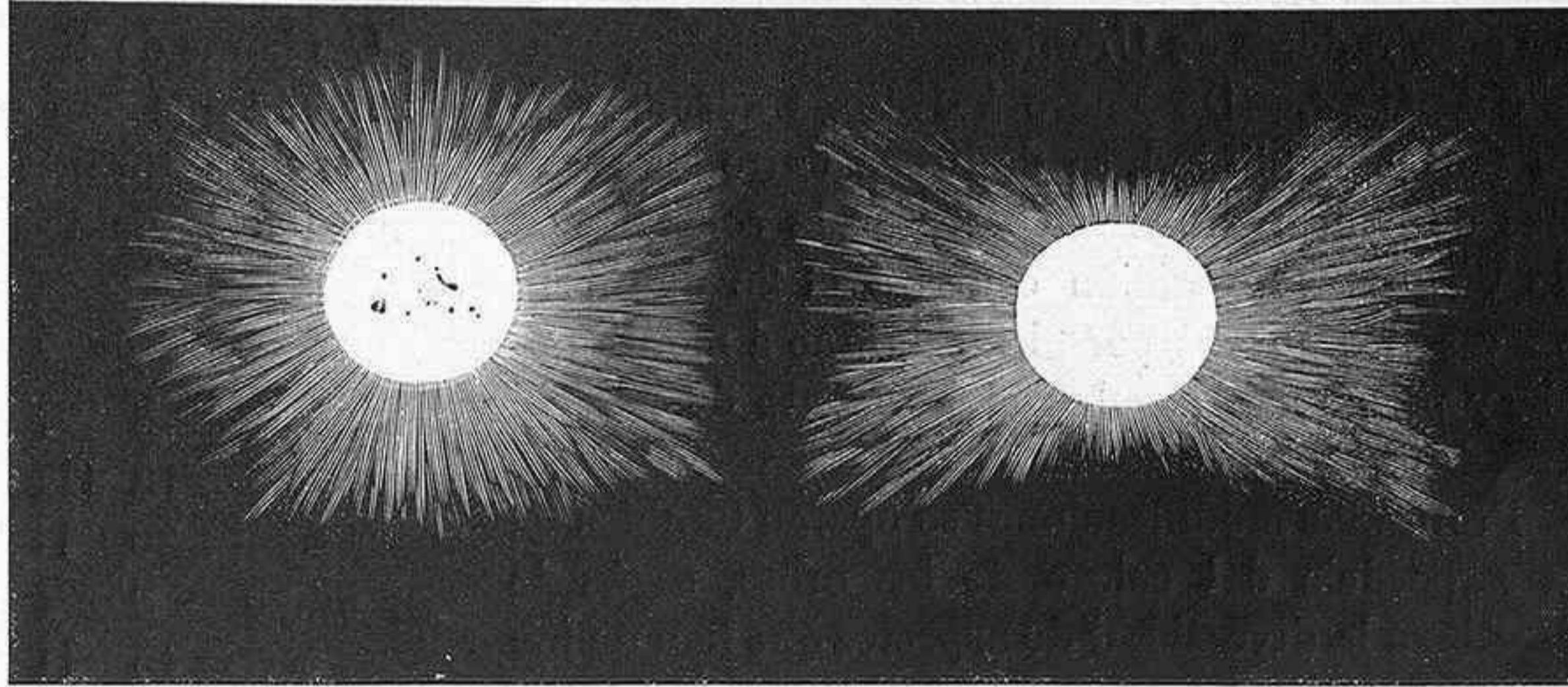


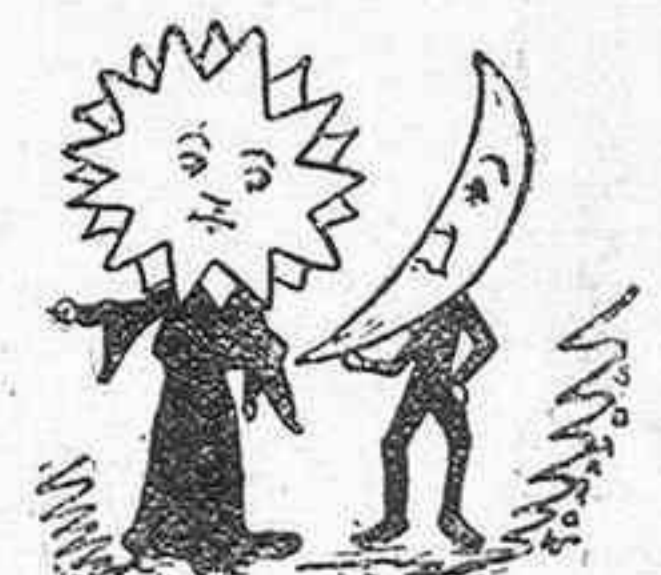
Fig. 2.

Fig. 3.

Venus.—La distancia angular entre el resplandeciente planeta y el Sol irá aumentando hasta el 10 de Febrero, época en la cual le precederá tres horas en su salida; pero á causa de su grande declinación austral, podrá observarse mejor en el hemisferio de este nombre que en el nuestro. En los dos últimos meses del año será estrella de la tarde, y á fines de Diciembre se pondrá dos horas después que el Sol.

Marte.—En los primeros días del año brillará al Norte y á poca distancia de la estrella de cuarta magnitud de la constelación de Cáncer; se alejará después hacia Oriente hasta principios de Marzo, época en la cual se encontrará en Géminis y empezará á deslizarse en sentido opuesto; en la noche del 12 de Junio estará al Norte y muy cerca de Régulo ó estrella principal de la constelación de Leo, y llegará á su mayor proximidad á la Tierra el 15 de Enero, día en que distará de nosotros 96 millones de kilómetros, ó sea algo más que en las últimas oposiciones.

Notables modificaciones se están efectuando en algunos continentes y mares del rojizo planeta, á juzgar por la diferencia de aspecto que ha ofrecido en la oposición de 1896-97, respecto de los observados en las de años anteriores. Desconócese hasta ahora el proceso de cambios tan enigmáticos: durante el mes de Enero se podrá continuar la investigación en condiciones bastante favorables; pero como es preciso emplear instrumentos de gran alcance para percibir los menores detalles,





claro es que nuestros aficionados tendrán que renunciar á ello. En cambio el aspecto general y las variaciones que experimentan las nieves polares no reclaman más que un buen antejo de 11 á 13 centímetros de abertura, y su observación será, por lo tanto, posible para la mayor parte de los admiradores de Urania.

Júpiter.—De Enero á Julio, transcurso de su mejor visibilidad, se deslizará entre las estrellas de cuarta magnitud α y λ de la constelación de Virgo. Su oposición ocurrirá el 25 de Abril; en ese día pasará por el meridiano á media noche y permanecerá sobre el horizonte de Madrid $10^h 42^m$.

Profundas modificaciones se operan también en la superficie del coloso de los orbes, según lo atestigua la diversidad de aspectos que han tenido en los dos últimos años las grandes fajas ecuatoriales; pues en tanto que la boreal ha ido adelgazándose sobre largos trayectos y sustituyendo su antiguo tono cobrizo por el negruzco, en la austral se acentúa un efecto inverso, aparte de otras transformaciones menos sensibles operadas en las zonas medias, todo lo cual es fácil observar con un modesto antejo de 10 centímetros de abertura.

Los eclipses y pasos de la sombra del cuarto satélite terminaron en el pasado Marzo y no vol-

tercer satélite se proyectará á corta distancia del polo boreal del disco, que será el menos elevado sobre el horizonte; la del segundo, sobre la zona media del mismo hemisferio; y la del primero, junto á la banda principal, como se indica en la figura 4.

Las horas de tiempo medio del meridiano de Madrid á que han de suceder ambos fenómenos, observables durante la primera parte de la noche, serán las siguientes:

ECLIPSES.

Abril	6	I	á	$9^h 56^m 25^s$	inmersión.
»	18	III	á	8 26 47	in.
»	20	II	á	9 58 45	in.
Mayo	8	I	á	8 35 19	emersión.
»	15	II	á	9 23 6	em.
»		I	á	10 29 16	em.
»	31	III	á	8 17 50	inmersión.
»		—	á	9 48 17	emersión.
»		I	á	9 46 8	em.
Junio	7	I	á	10 40 27	em.
»	16	II	á	9 10 1	em.
»	23	I	á	8 57 59	em.
Julio	13	III	á	8 12 20	inmersión.
»			á	9 39 27	emersión.
»	16	I	á	9 10 23	em.
»	18	II	á	8 58 37	em.
»	25	II	á	9 20 29	em.

PASOS DE LAS SOMBRAS.

Abril	14	I	á	$8^h 58^m$	entrada.
				á 11 10	salida.
»	29	II	á	7 23	ent.
				á 9 43	sal.
»	30	I	á	7 8	ent.
				á 9 27	sal.
Mayo	6	II	á	9 57	ent.
				á 12 17	sal.
»	7	I	á	9 10	ent.
				á 11 22	sal.
»	13	III	á	10 4	ent.
				á 11 52	sal.
»	30	I	á	9 23	ent.
				á 11 35	sal.

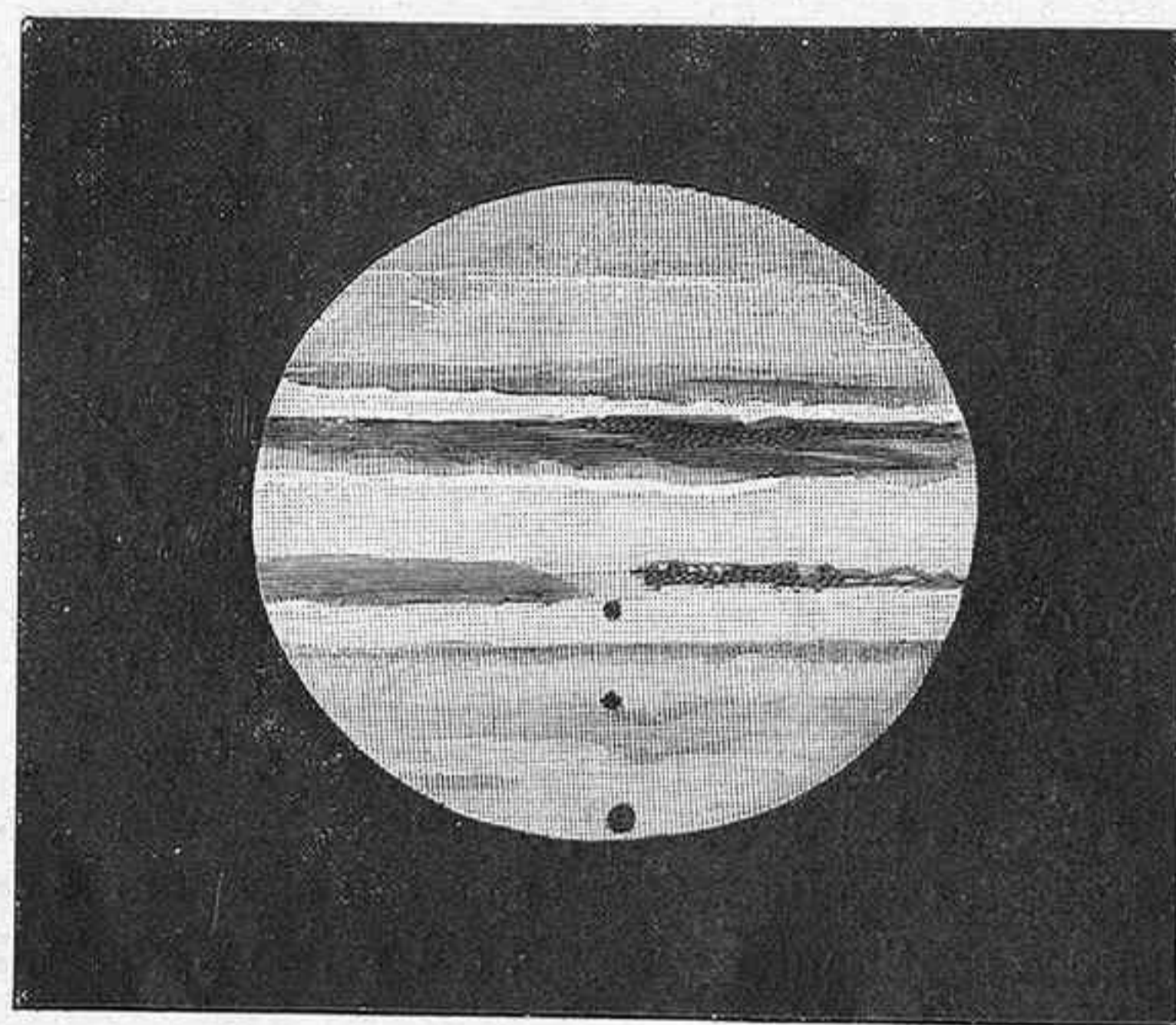


Fig. 4.

verán á reproducirse hasta principios de 1901. Recuérdese que en anteojos inversos el segundo de dichos fenómenos se efectúa de derecha á izquierda paralelamente á las grandes fajas. En Mayo y Junio del presente año la sombra del

Saturno.—De Mayo á Septiembre brillará al Sur de la constelación de Ofiuco, recorriendo su camino aparente durante este intervalo entre las estrellas η de segunda magnitud y θ de tercera.

El 11 de Junio estará en oposición con el Sol, permanecerá sobre el horizonte de Madrid 9^h 26^m, y pasará por el meridiano á una altura de 28°. La posición del plano del anillo con respecto al observador, vendrá á ser sensiblemente la que tenía hace dos años; por manera que los polos del planeta se verán sobresalir de aquel plano.

Desde su observatorio de Manora, Leo Brenner ha descubierto en la faja ecuatorial de este globo grandes manchas claras, y hasta 150 manchas oscuras dispuestas en simicírculos, que han de ser muy útiles para determinar con nueva precisión el ciclo de rotación del astro. El instrumento empleado en estos trabajos ha sido un antejo de 18 centímetros de abertura; pero uno de 13 es ya suficiente para distinguir la mayor parte de esos detalles, sobre todo si el aficionado que lo posea cuenta con una vista perspicaz y educada en tales materias.

Será igualmente interesante estudiar la forma de la sombra arrojada por el planeta sobre el plano de su anillo, para ver si se confirma la observación de Wenzel, quien asegura haberla distinguido de forma cóncava, hecho indicado hace tiempo por otros astrónomos. El fenómeno podrá observarse en las condiciones más favorables cuando Saturno se halle en cuadratura con el Sol, es decir, cuando la distancia aparente entre ambos astros equivalga á un ángulo recto, lo cual acontecerá el 13 de Marzo y el 9 de Septiembre.

Urano y Neptuno.—Durante casi todo el año el primero de estos planetas permanecerá un poco al Oeste de la estrella ω de la constelación de Escorpio, y estará en oposición con el Sol el 27 de Marzo.

Neptuno se hallará en la constelación de Géminis, y su oposición será el 17 de Diciembre.

Eclipses de Sol y Luna.—Habrá tres eclipses de Sol, el segundo de los cuales ocurrirá el 7 de Junio y será en parte visible en España, á la salida del astro; de modo que, en virtud de tan desfavorable circunstancia y de su mínima fase principal, no merece mayor detalle.

El eclipse parcial de Luna, visible en nuestra Península, ocurrirá en la noche del 16 y madrugada del 17 de Diciembre. Sus principales fases ocurrirán á las horas de tiempo medio que á continuación se expresan:

Entrada en la penumbra (día 16).	10 ^h 18 ^m
» en la sombra.	11 30
Medio del eclipse (día 17).	1 11
Salida de la sombra.	2 52
» de la penumbra.	4 5

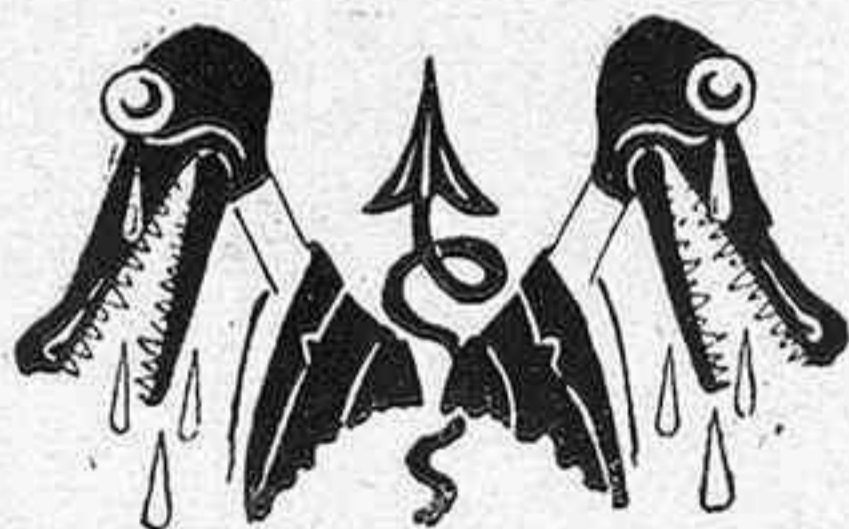
Valor de la máxima fase ó parte de la Luna eclipsada, tomando como unidad su diámetro, =0,995; por donde se ve que el eclipse será casi total. En el medio del fenómeno la Luna se hallará muy elevada sobre el horizonte, pues su altura será de 72° $\frac{1}{2}$, y esta circunstancia favorecerá mucho la visibilidad del tono rojizo que á la sazón toma la parte obscurecida.

Lluvia de estrellas.—Entre los días 13 y 14 de Noviembre tropieza la Tierra todos los años con un enjambre anular de corpúsculos meteoricos, relacionado con el cometa de Tempel, y cuya revolución alrededor del Sol se efectúa próximamente en treinta y tres y cuarto años, originando; en la expresada época del año, una lluvia de estrellas fugaces, llamadas *Leónidas* por radicar su centro aparente de emanación en un punto del cielo próximo á la estrella ϵ de la constelación de Leo.

Nuestro globo tropezó con la región más nutrida del enjambre en 1866, lo cual dió origen á una espléndida manifestación del fenómeno; por manera que, dado el transcurso de revolución antedicho, es de prever que en el presente año volverá á tropezarla y á motivar, por lo tanto, nueva manifestación extraordinaria.

Como en la aludida época la constelación de Leo pasa por el meridiano á las siete de la mañana, resulta que la observación del fenómeno se hallará circunscrita principalmente á la segunda mitad de la noche, y al Este del meridiano.

JOSÉ J. LANDERER.





¡ESCAPÓ!



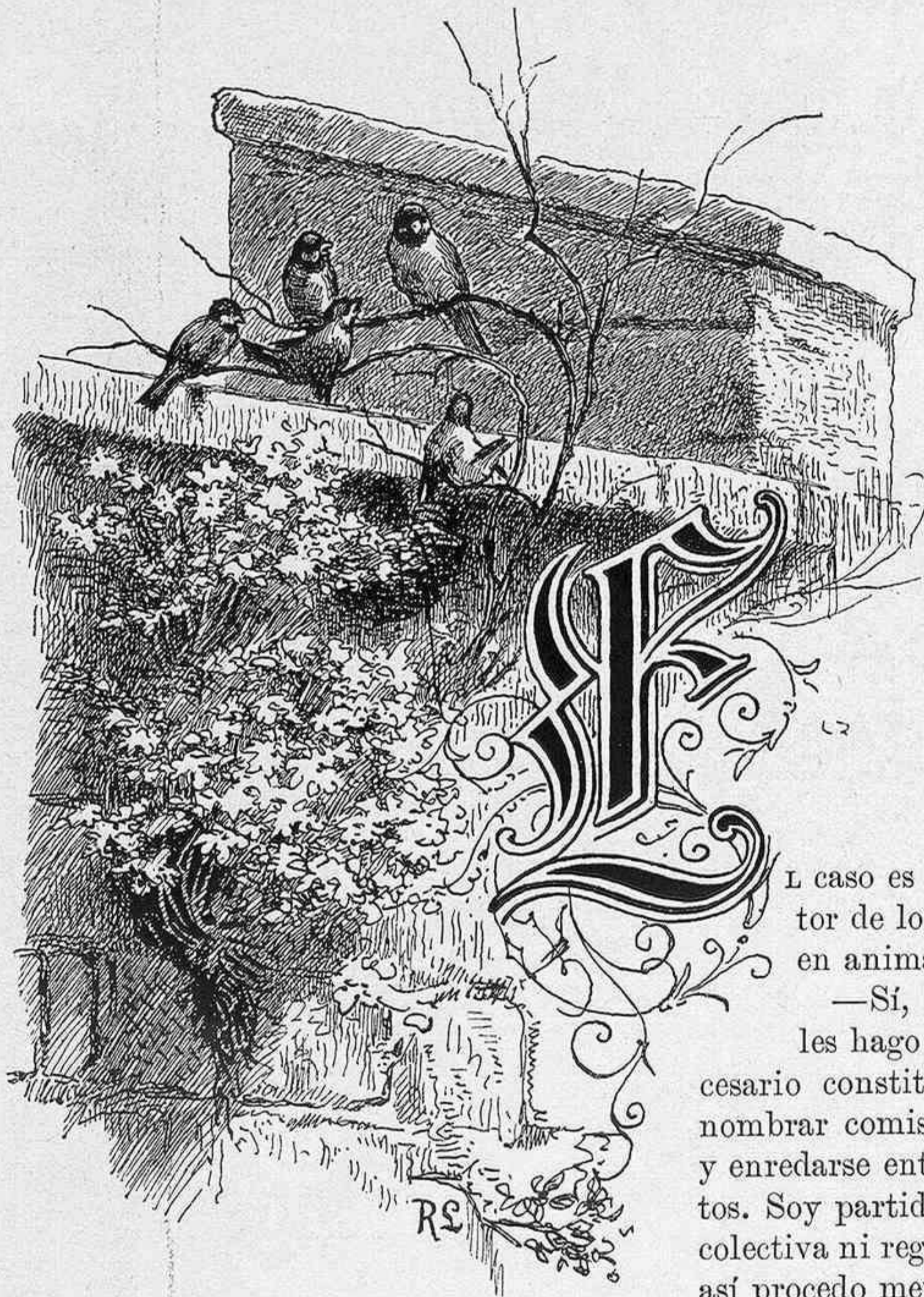
PRIMAVERA.



ATENEO CIENTIFICO, LITERARIO Y ARTISTICO
MADRID
BIBLIOTECA

REPOSO.

(Fotografia artistica de Lafayette.)



UN PROTECTOR DE ANIMALES.

—El caso es que me parece usted un decidido protector de los animales—decía un individuo á otros en animada conversación de café.

—Sí, señores, los protejo, ó, por lo menos, no les hago daño; pero creo que para ello no es necesario constituir sociedad, elegir juntas directivas, nombrar comisiones y ponencias, discutir dictámenes y enredarse entre las mallas de estatutos y reglamentos. Soy partidario de una protección individual, no colectiva ni reglamentada, y tengo la seguridad de que así procedo mejor que algunos individuos que, dispues-

tos á sacrificarse por un toro, ven impasibles tal vez los males de sus semejantes.

—Eso es hablar por hablar.

—Es hablar con arreglo á las lecciones de la experiencia.

—Comunicanos esas lecciones.

—¡Vengan los fundamentos de la afirmación!

—No tengo inconveniente—dijo el interpelado;—que nunca me han dolido prendas.

Y después de encender un cigarro, hizo uso de la palabra en los términos siguientes:

—El juicio tenía verdadera novedad aquí en España, donde ciertas sociedades no han logrado arraigar. En Inglaterra ó en América hubiera sido cosa corriente la denuncia presentada contra un individuo por malos tratos á un animal; pero aquí no había precedentes, ó, por lo menos, no se conocían en el Juzgado. Y esto motivaba la curiosidad general.

Después de las fórmulas de costumbre, el Juez concedió la palabra al denunciante, y éste pronunció un largo discurso, cuya síntesis, ya que no pudo ser tomado taquigráficamente, era como sigue: «Señor Juez, soy individuo de la Sociedad Madrileña Protectora de los Animales; y como entré en ella convencido, lo quiero ser de veras. Yo he prohibido en mi casa el uso de trampas y ratoneras; no tengo gato para evitar escenas crueles, y me presto resignado á ser víctima antes que verdugo en los combates nocturnos con los insectos que tanto se multiplican con los calores del verano. No puedo ver que se pegue á un perro, ni que se tire del rabo á un gato, ni que los mayores empleen argumentos que no sean el de la persuasión para que las mulas encargadas de la tracción de los tranvías suban los repechos. Pues bien, señor Juez: hace pocas noches asistí á una función del Circo, y allí vi con espanto que uno de los números consistía en la exhibición de un oso, al cual el domador, aquí presente, golpeaba con furor cuando el animalito se negaba, con feroces alidos, á dar saltos mortales ó á bailar encima de unas botellas. Hasta le hacía trabajar en un trapecio, mientras él se colocaba debajo con un fusil armado de bayoneta para que, en el caso de caerse, se clavara en ella. Semejante espectáculo me llenó de indignación, y aquella misma noche dejé redac-

tada mi denuncia. Es necesario, Sr. Juez, que semejantes cosas no vuelvan á ocurrir en Madrid, y por ello pido para el demandado aquí presente la pena máxima que las leyes y códigos autoricen.

—Tiene la palabra el demandado. ¿Son ciertos los hechos que el señor denuncia?

—No puedo negarlos, porque cada noche los presencian millares de espectadores.

—¿Y qué alega usted en su descargo?

—La sinceridad de mi declaración. Yo, señor, he ejercido de descoyuntado y de clown; he bailado en el alambre flojo, y he logrado grandes aplausos en la barra fija y en los tres trapecios; pero desde que una vez en la batuda dí dos saltos mortales y medio, cayendo de cabeza, quedé inútil para el trabajo gimnástico y me dediqué al ramo de animales, constituyendo mi especialidad la lucha con un oso. Así he vivido seis ó siete años, hasta que hace algunos meses, y estando en la feria de Valle-hondo, pasé por el dolor de perder á mi compañero de glorias y fatigas. La muerte del animal me creaba una situación en extremo difícil y angustiosa, reduciéndome á la mendicidad; pero cuando era mayor mi desesperación, se me presentó el maestro de escuela de la localidad, á quien el Ayuntamiento adeudaba cuatro ó cinco años de sueldo, para pedirme la vacante, porque, según su frase, actuando de oso por lo menos comería. En una palabra, señor Juez, que el oso no es oso, sino un desdichado maestro, y que, si se prohíben mis ejercicios ó nos separan, él se morirá de hambre y yo también. Respeto muchísimo los escrúpulos del denunciante; acato la autoridad de usía y las leyes que pueda haber sobre el asunto, si es que las hay; pero me encomiendo á todos para que no me pierdan.

—La declaración del denunciado—dijo el Juez—cambia esencialmente el aspecto de la reclamación. ¿No tiene el demandante ninguna observación que hacer?

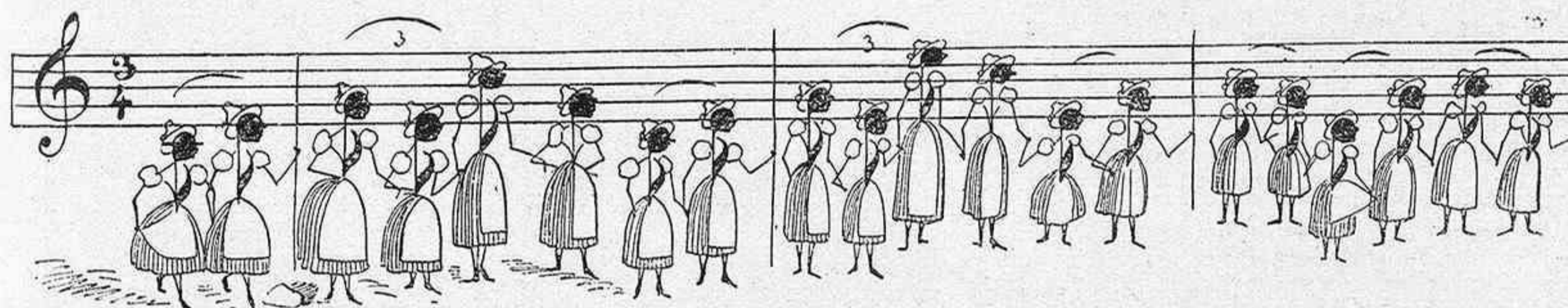
—¡Ya lo creo, señor Juez! Desde el momento en que el oso no es auténtico, sino una persona con la que nada tiene que ver la Sociedad á que pertenezco, retiro la denuncia, pido perdón al señor por la molestia que le he causado, y me complaceré en volver á presenciar el espectáculo de la lucha y los ejercicios del trapecio sobre el fusil armado de bayoneta.—

Y de esos casos, terminó diciendo el orador, podría citar otros muchos, pues en este pícaro mundo abundan más de lo conveniente hipócritas de la beneficencia y falsos apóstoles de la caridad.

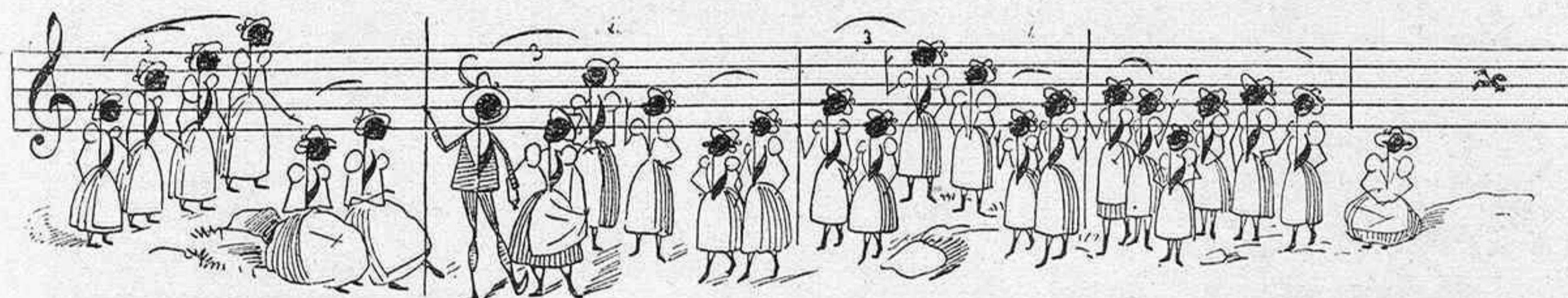
M. OSSORIO Y BERNARD.

¡MÚSICA..... CELESTIAL!

Tempo di valse.



Hay en Val - de - me - lón tan - ta des - pro - por - ción que por ca - da trein - ta mo - zas



hay un va - rón y lo más sin - gu - lar es que en ese lu - gar no se quie - re nin - gu - na ca - sar.

Cuentos Viejos

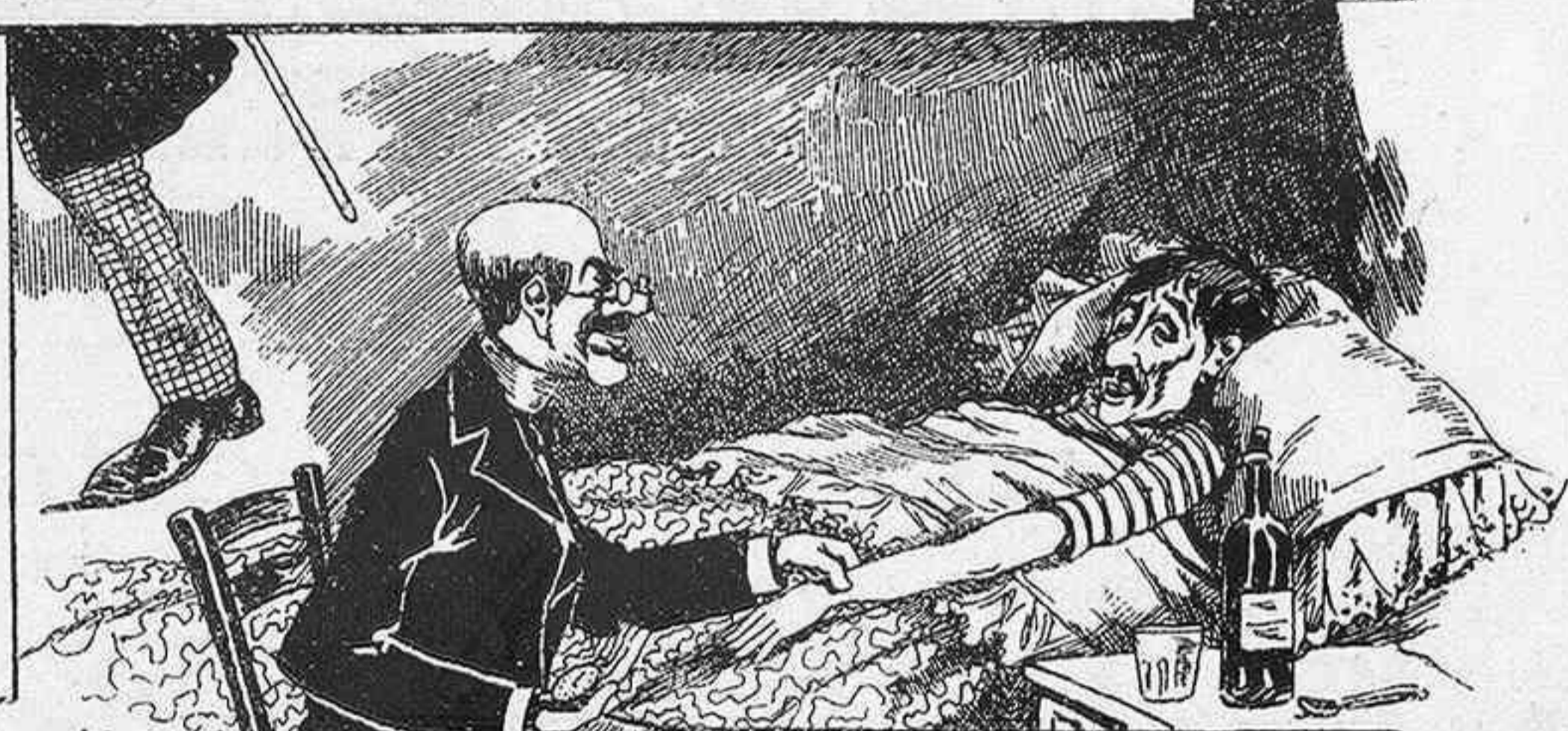
— Este coche es de primera y cómodo, ¿no dudar di, ¿cuánto cuesta montar?
 — Cuatro reales *la carrera*
 — ¿Y es la peseta precisa?
 — Como que si no; no hay caso!
 — Pues toma un real y ve al paso, porque yo no tengo prisa!



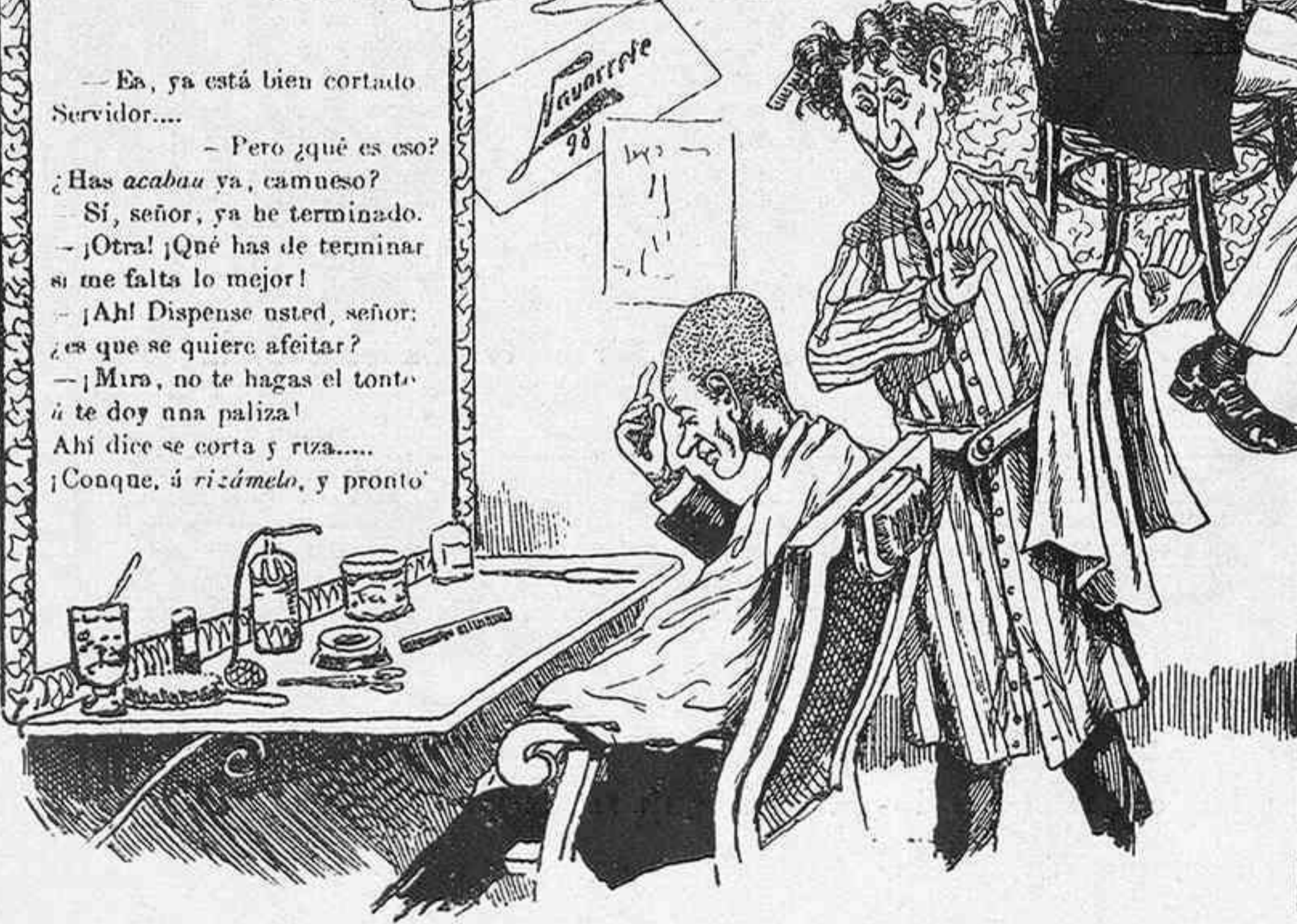
Estando bastante mal de una afección catarral, trasladaron a Senén, que era juez municipal, a un poblachón de Jaén. Senén, que es hombre aprensivo hasta la exageración, se fué más muerto que vivo, pues creyó que era nocivo el clima del poblachón; y, queriéndose informar, al momento de llegar le preguntó a un aldeano:
 — Diga usted, ¿el pueblo es sano?
 — ¿Que si esto es sano? ¡la mar!
 No hay otro en la *reondez* der mundo — siguió muy serio. —
 ¡Si lo será, que una vez hubo que matar al juez pa estrenar el *cimiterio*!



— El enarto, aunque no es barato, me gusta de tal manera, que aquí vengo á la carrera para firmar el contrato.
 — Muy bien; ¿tiene usted algún bucho?
 — No, señor, ni quiera Dios.
 — Y ¿tiene usted chicos? — Dos.
 — ¿Pues no hay nada de lo dicho?
 — Y estando usted, don Vicente, cargado de chicos, hoy me pone ese inconveniente?
 — ¡Si, señor! Porque ya estoy cargado completamente!



— Es, ya está bien cortado Servidor....
 — Pero ¿qué es eso?
 ¿Has *acabau* ya, camueso?
 — Sí, señor, ya he terminado.
 — ¡Otra! ¿Qué has de terminar si me falta lo mejor!
 — ¡Ah! Dispense usted, señor: ¿es que se quiere afeitar?
 — ¡Mira, no te hagas el tonto, á te doy una paliza!
 Ahí dice se corta y riza....
 ¡Conque, á rízámelo, y pronto!



— ¿Cómo va?
 — Muy mal, doctor: tomé los sellos....
 — Si, ¿eh?
 — Y desde que los tomé me encuentro mucho peor.
 — Va usted por muy mal camino: sigue usted con la bebida, y, si es que aprecia su vida, debe suprimir el vino.
 Puro, al menos, no es prudente; le hará daño, de seguro.
 — Es que no lo bebo puro; ¡lo mezclo con agua ardiente!

Federico Canalejas



EL ANTICUARIO.

Cuadro de Joris.



LO QUE VALE UN SONETO.



No hace muchos años todavía que un popular semanario festivo y un importante diario político anunciaron sendos concursos para premiar el mejor soneto que en cada uno de éstos se presentara.

Madrid Cómico ofreció CIEN PESETAS al autor del soneto que «resultara» mejor, á juicio de los suscriptores y corresponsales de aquella Revista, dando el periódico á los poetas permiso para elegir el asunto de cada composición.

El Imparcial ofreció MIL PESETAS al autor del mejor soneto en elogio de la reina Isabel la Católica, designando para la adjudicación del premio un jurado competente compuesto de poetas y críticos conocidos y bien reputados.

¡Cien pesetas un soneto! ¡Ya es algo!—decían algunos, recordando, sin duda, que un soneto sólo tiene catorce versos,

«Catorce versos dicen que es soneto»,

y que cien pesetas «tienen» nada menos que cuatrocientos reales.

¡MIL PESETAS un soneto! ¡Ahí es nada!—exclamaron muchísimos abriendo desmesuradamente los ojos y las bocas, como si á la vez que demostraban su admiración, quisieran tragarse aquella cifra con las bocas y con los ojos.

¡Catorce versos á catorce duros cada uno, con un estrambote ó residuo de veinte pesetas!

¡Dar por un soneto cuatro mil reales contantes y sonantes!

Y, como era cosa muy natural, acudieron los poetas á centenares por las cien pesetas, y á millares por las mil.

Y hubo muchos sonetos con estrambote y muchos sonetos estrambóticos, y hubo quien mandó á *El Imparcial* un soneto con veintiocho versos, poniendo una nota explicatoria en que decía que le daba mucha vergüenza no enviar más que «catorce miserables versos» para optar á un premio tan considerable.

Porque, era lo que mucha gente se decía:

—Pero, señor, ¿es posible que un soneto pueda valer tanto?

¡Ya lo creo que lo vale!

El insigne satírico y preceptista francés Boileau dice en el canto II de su *Arte poética* que Apolo inventó las leyes rigurosas del soneto para poner á prueba á todos los versificadores, y ponderando las dificultades de tan breve composición, agrega:

Un sonnet sans défaut vaut seul un long poëme.

Y no habrá seguramente quien dude que un «largo poema» bien puede valer mil pesetejas.... en buena venta.

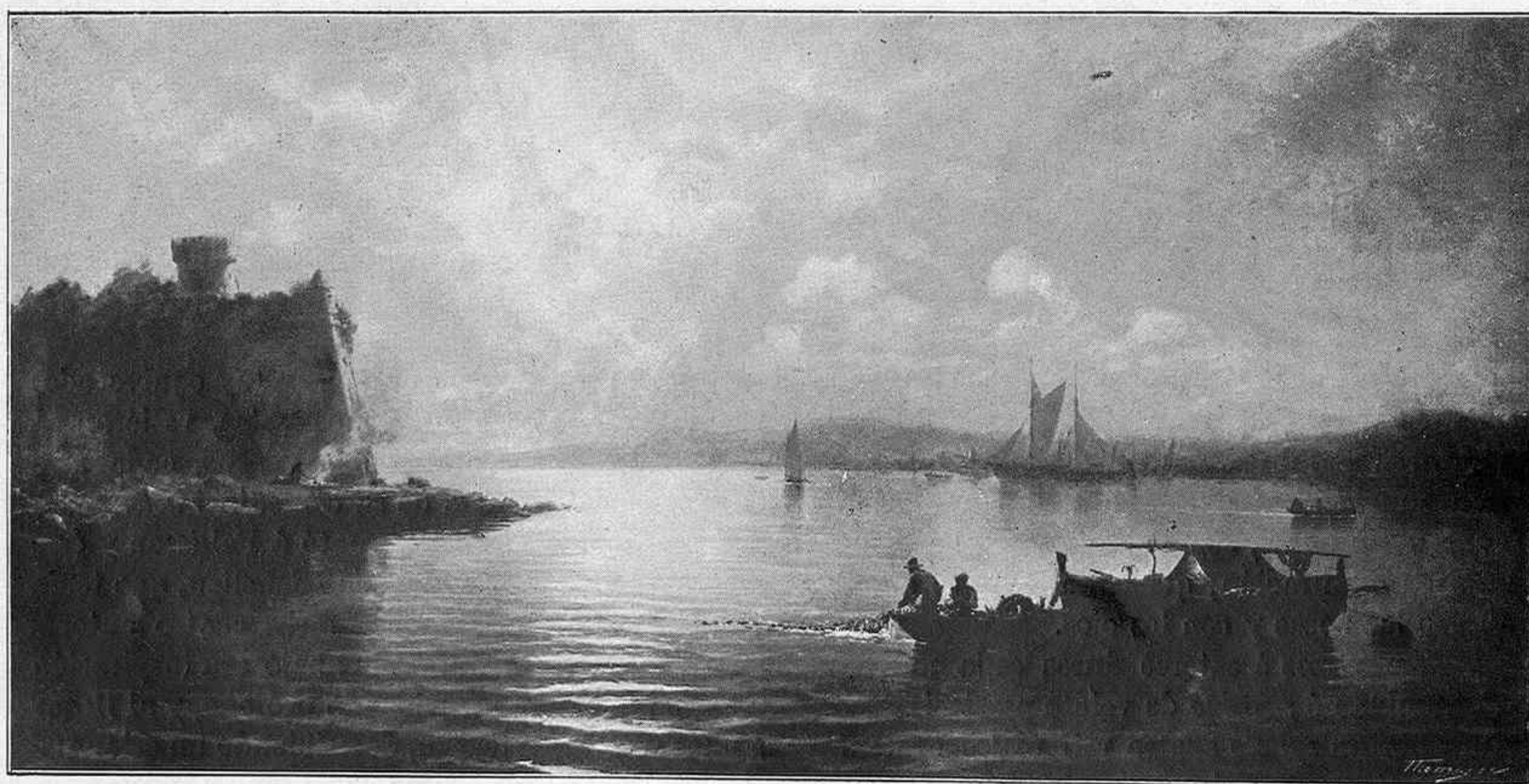
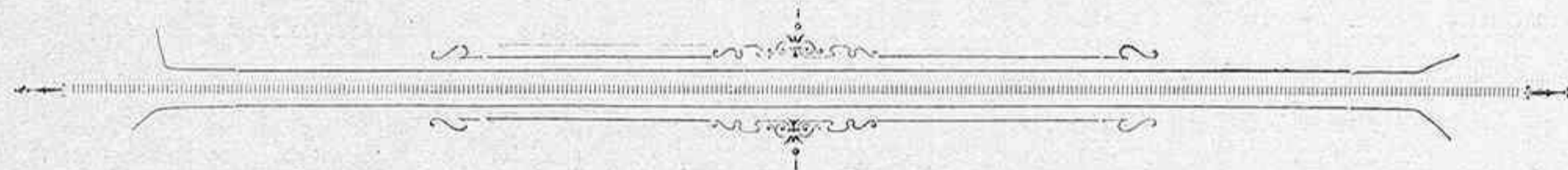
Cincuenta pistolas, que, si no estoy equivocado, venían á ser unas quinientas pesetas, valieron al poeta Guillermo Cotellet DOS VERSOS, nada más dos versos del prólogo de su comedia *Tuileries*.—A creer lo que él mismo contó á Pellisson y éste refiere, el famoso cardenal de Richelieu, que tenía «contratados» á Cotellet y otros cuatro autores para escribir obras dramáticas bajo «su inspiración personal», leyó el mencionado prólogo, y al llegar á unos versos que decían, describiendo un estanque del Real palacio:

«La cane s'humecter de la bourbe de l'eau
D'une voix enrouée et d'un battement d'aile
Animer le carnad qui languit auprès d'elle,



PLAYA DE NAZARET (VALENCIA).

Cuadro de Salvador Abril.



ENTRE DOS LUCES.

Cuadro de Federico Bermúdez Gil.

lanzó un grito de admiración», y echando mano á la bolsa, dió al poeta las cincuenta pistolas, acompañadas de estas lisonjeras palabras: «Esto que os regalo es solamente *por los dos últimos versos*, que son bellísimos: el Rey no es bastante rico para pagar el resto.»

En los venturosos tiempos presentes, si un poeta se atreviera á ir con *versitos* á cualquiera de los Richelieus que ahora se usan, posible es que, en vez de echar mano á la bolsa para darle cincuenta pistolas, echara mano á una pistola para darle cincuenta tiros.

Pero, volviendo al asunto, ya que de sonetos se trata, no hay que buscar ejemplos — que serían infinitos — en lo que han valido composiciones de otra clase, pudiendo hallarlos numerosos sólo con recordar á varios poetas generosamente recompensados por algunos sonetos que escribieron.

Francisco Arband de Porchères, discípulo y amigo del famoso poeta Malherbe, tuvo la feliz ocurrencia de escribir un *soneto* en alabanza de los hermosos ojos de Gabriela de Estrées, la poderosa favorita del rey Enrique IV, y éste, que tenía puestos sus ojos en los ojos de la encantadora Gabriela, concedió al poeta una pensión de mil cuatrocientas libras.

¡A cien francos cada verso!

Verdad es que al conceder tan espléndida recompensa el enamorado Monarca, no sólo quiso premiar al inspirado cantor de los ojos de aquella «reina de la mano izquierda», según la picaresca frase de Capefigue, sino que procuró imitar á uno de sus antecesores, el tristemente célebre Carlos IX, que también, como Enrique IV, cultivó la poesía, y también había sido pródigo al conceder una gratificación *por un soneto*.

El Soberano francés en cuyo reinado ocurrieron las sangrientas escenas de la noche terrible de San Bartolomé fué, al decir del citado historiador, «el más gracioso Rey de la Historia en medio de una corte de artistas, á la que María Estuardo dió el impulso y la vida».

Carlos IX tenía afición extremada á la poesía: el ilustre Ronsard era su poeta favorito; su maestro y casi su amigo. Ronsard dirigía al Rey versos extraordinariamente encomiásticos, y el Rey le contestaba con otros versos exageradamente landatorios para el poeta y para la poesía.

«L'art de faire des vers, dut-on s'en indigner,
Doit être à plus haut prix que celui de regner.....»,

escribió Carlos IX en una composición que se ha hecho famosa, no solamente por ser él su autor, sino por su mérito indiscutible; y no es extraño que quien así pensaba pagase un soneto *au plus haut prix*.

Felipe Desportes, llamado el Tibulo francés, tío del célebre satírico Régnier, fué presentado en la corte de Carlos IX, y para obtener el favor de éste nada encontró más á propósito que dedicarle un *soneto* «imitado del Ariosto». Á pesar de esto, «la imitación le valió una abadía — Desportes era sacerdote — y una gratificación de ochocientos escudos de oro».

No á todo el mundo pareció bien aquella liberalidad regia, y el insigne literato Juan Luis Guez, señor de Balzac, algunos años después, se atrevió á protestar contra ella, escribiendo estas enérgicas frases: «En esa misma corte francesa donde Mr. Desportes obtuvo una abadía y ochocientos escudos de oro *¡por un soneto!*, Torcuato Tasso necesitó un escudo y tuvo que pedirlo de limosna á una dama conocida de mi padre.»

El contraste era ciertamente doloroso y el hecho de una exactitud incuestionable. El insigne poeta italiano, el autor inmortal de la *Jerusalén liberada*, anduvo casi siempre bastante mal de intereses, y en algunas ocasiones tuvo que mendigar. El Duque de Ferrara, su protector, era con él más pródigo de alabanzas que de dinero, y el Tasso tuvo más de un motivo para decir varias veces: «*Il Duca mi ha fatto molti favori, ma io vorrei frutti e non fiori.*»

Sin embargo, el señor de Balzac no recordó ó no sabía que también el poeta italiano había encontrado quien *le diera algo por un soneto*, aunque no por cierto lo que dieron á Mr. Desportes por el suyo. Entre los manuscritos inéditos del Tasso se halló esta nota, escrita de su puño y letra al dorso de uno de sus sonetos: «Dejado en Roma al señor Mauricio para el eminentísimo señor Ronsard. *Dos escudos.*»

Pero no hay necesidad de ir á Francia ni de ir á Italia para buscar *sonetos* pagados con sumas más ó menos pingües. También en España podemos encontrar testimonios de cómo, en otros tiempos, se premiaban «esas cosas».

Don Alvaro Cubillo de Alarcón, autor dramá-

tico del siglo XVII, además de *cien comedias* que, como él dice en el prólogo de su libro *El Enano de las Musas*,

«..... corrieron fortuna
en España á todo trance,
donde la mosquetería
es milicia formidable»,

escribió multitud de composiciones más ó menos dignas de aprecio, casi todas, si no todas, laudatorias del rey Felipe IV, de las reinas Isabel y Mariana, del Conde-Duque, del Almirante de Castilla y de otros magnates. Así buscaba el pobre Cubillo, si no honra, provecho, dedicándose á la poesía mendicante; y aunque es de suponer que en muchos casos, si no en todos, lograría la anhelada recompensa, ó por mejor decir, la limosna pedida, sólo queda noticia, dada por él mismo, de lo que le valió *un soneto* que dirigió á la reina D.^a Mariana de Austria y fué á dárselo «en la Carrera de Atocha un sábado por la tarde», tomándolo el mismo Rey de manos del autor, y recompensando á éste en la forma que refirió Cubillo en los siguientes versos:

«Yo escribí un epigrama ó *un soneto*,
Corto en lo numeroso y el conceto,
A la feliz estrella
De la reina de España augusta y bella.
Dile en su mano al Rey, y agradecido
(Como si cualquier cosa hubiera sido),
Atento á su decoro,
Volvió á la mía la respuesta en oro.
Por *catorce renglones*
Me dió Su Majestad *quince doblones*.
¿Qué más hiciera un lince
Que brujulear catorce y hallar quince?»

Si el soneto ha sido, por lo visto, la composición que algunos poetas han creído más á propósito para pedir y obtener dinero, también ha sido, sin duda alguna, la más apropiada para pedir y lograr más dulces recompensas.

Las más numerosas y mejores poesías amatorias son sonetos, y ¡cuántos de ellos habrán valido á sus autores tiernas miradas, cariñosas sonrisas, dulces palabras....., tenidas por el más grande y envidiable de los premios!

Una de las más célebres querellas del siglo XVII en Francia fué ocasionada por dos sonetos, uno de Voiture «A Urania», y otro de Benserade «A Job». La corte se dividió en dos grandes partidos, que sostuvieron apasionadas y largas disputas, combatiéndose con saña terrible. Al frente de los *uranistas* se pusieron la Duquesa de Longueville y las Marquesas de Montausier y de Sablé: el jefe de los *jobelinos* era nada menos que el ilustre Príncipe de Conti.

Todos los poetas, hasta el insigne Corneille, tomaron parte en la contienda, y la Duquesa de Longueville envió los dos sonetos á la Academia de Caen, rogando á sus doctos individuos que «pusieran término á un *cisma* que conmovía y perturbaba todo el reino».—La Srta. de Scudéri compuso con este motivo un epigrama en que aludía en estos términos á la «guerra» tenaz que la Duquesa hacía al soneto «A Job»:

«A vous dire la vérité,
Le destin de Job fut étrange,
D'être toujours persecuté
Tantôt par un démon et tantôt par un ange.»

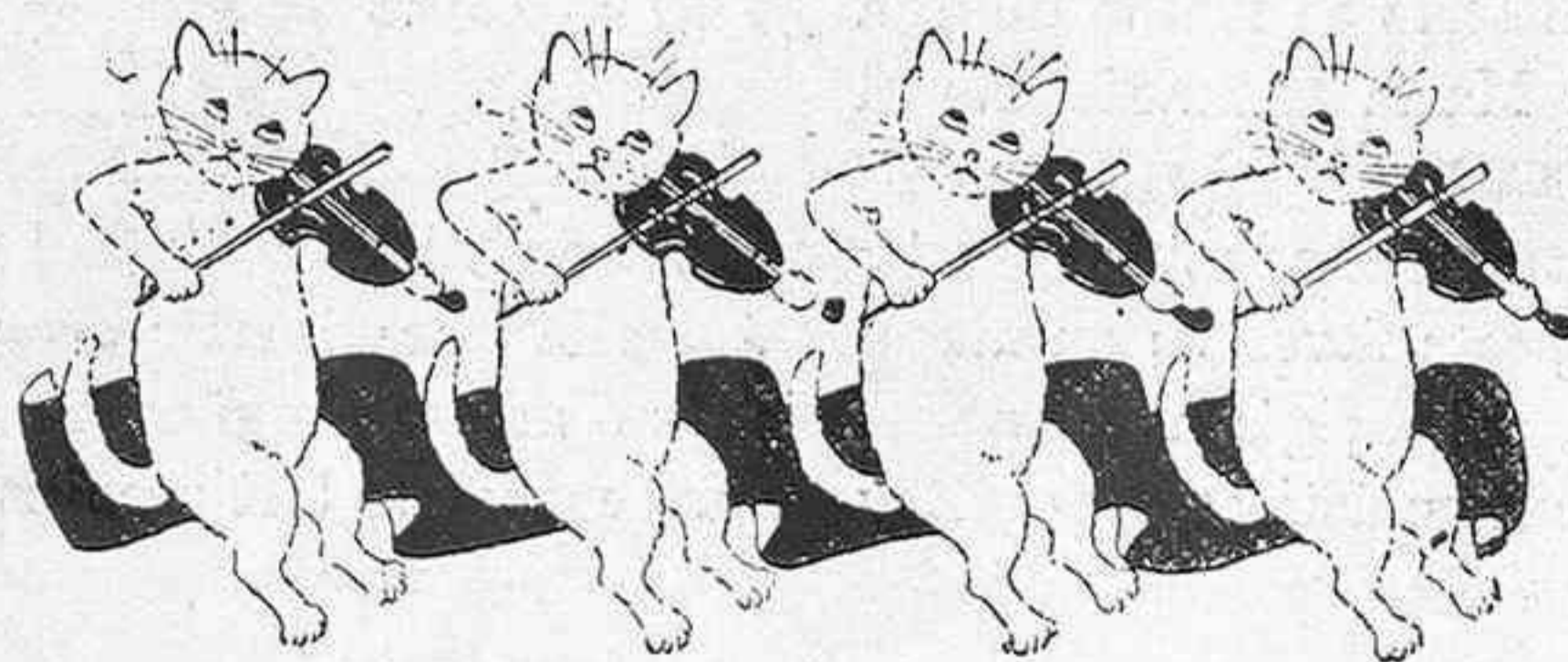
Voiture debía estar satisfecho. ¿Qué mayor recompensa *por un soneto* que la apasionada y envidiable defensa «de un ángel»?

Es cierto que Voiture tampoco necesitaba ya otros premios. Sus versos, y muy especialmente sus sonetos, le habían valido pensiones y mercedes regias que le formaron una renta anual de dieciocho mil libras.

La reina Ana de Austria le había concedido una pensión anual de mil escudos por su soneto *La belle matineuse*.

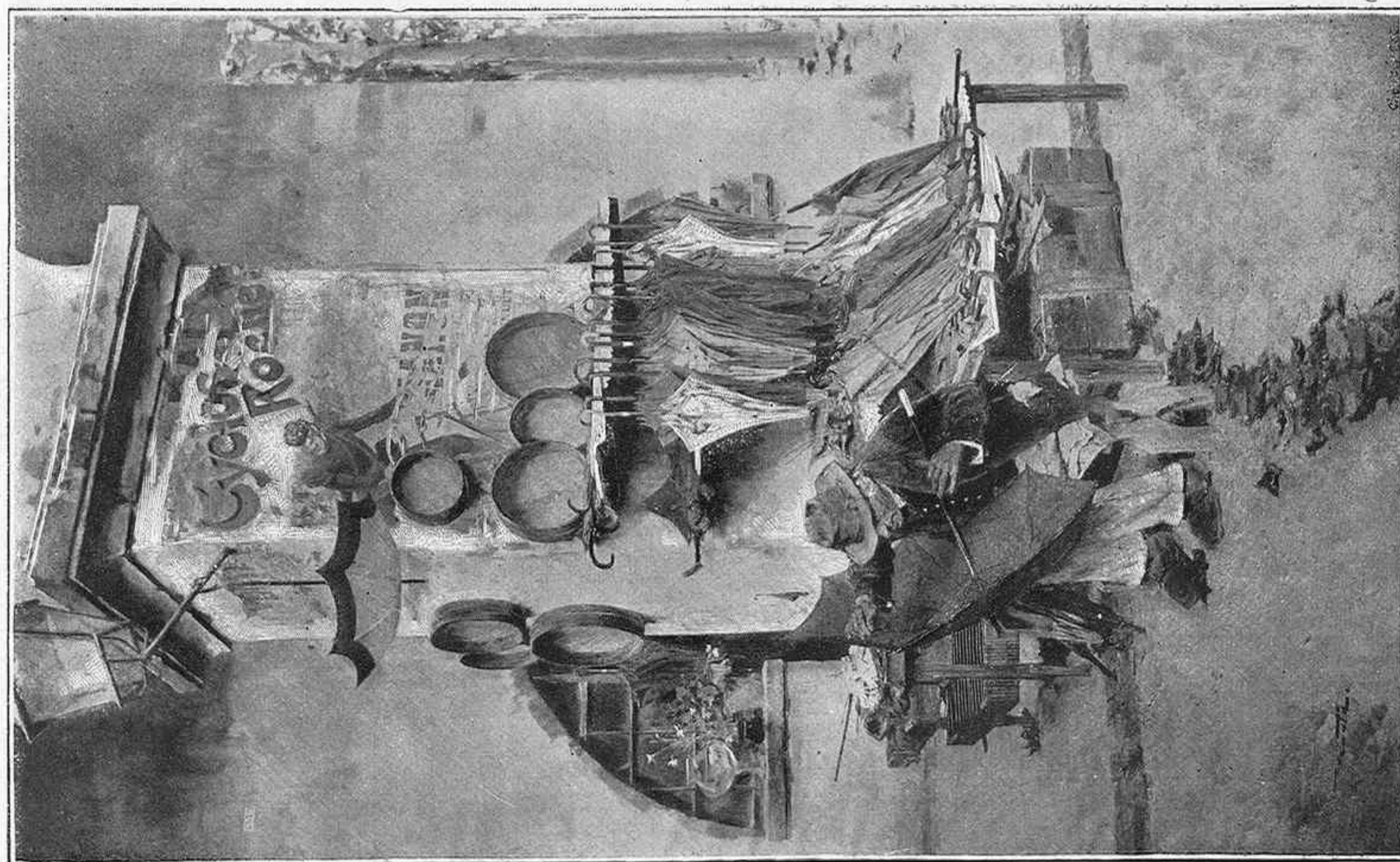
Y á ese precio..... ya se pueden escribir sonetos.

FELIPE PÉREZ Y GONZÁLEZ.

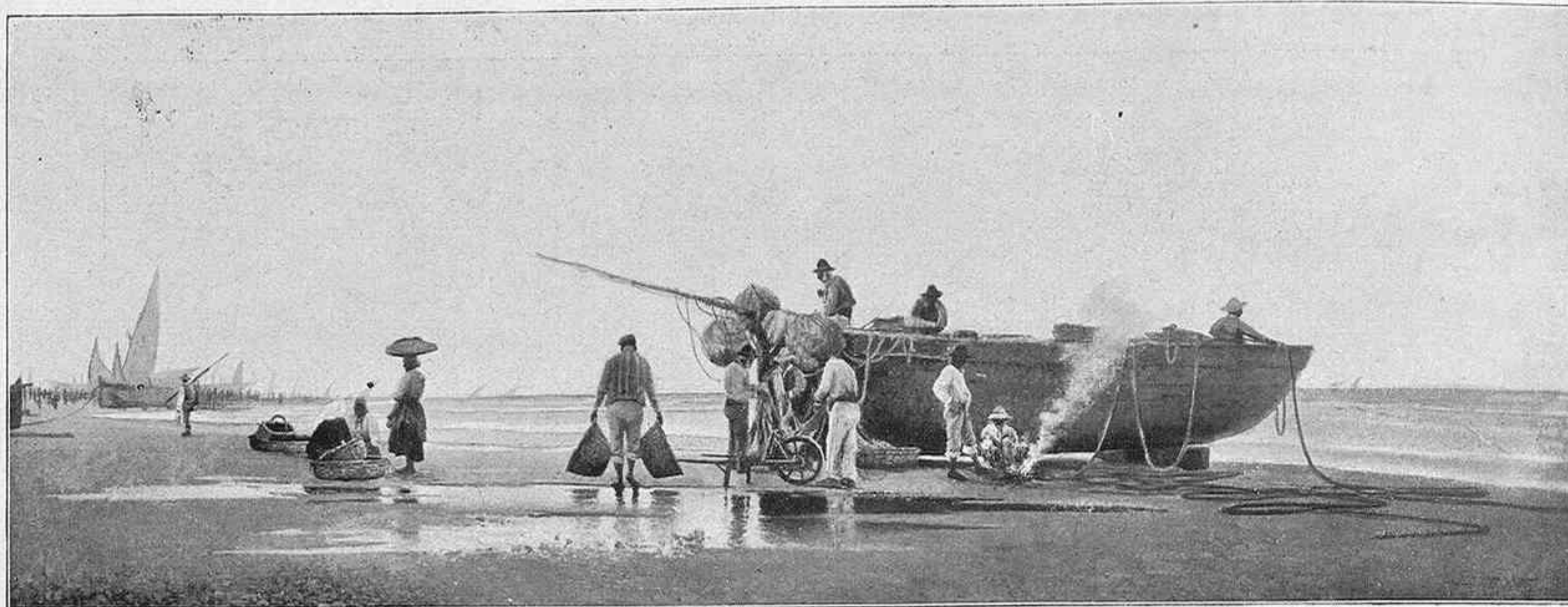




ENSAYO DE VILLANCICOS.
Cuadro de Thomas.



EL PARAGÜERO.
Cuadro de Menta.



PLAYA.

Cuadro de Antonio de la Torre.

MALAGUEÑAS.

I

En el portal de tu casa
Quiero plantar un jardín,
Para que todas sus flores
Tengan envidia de ti.

II.

¡Vaya una misa que oímos
Cuando nos hallamos cerca!
¡Como el cura se aperciba,
Nos van á echar de la iglesia!

III.

Muy largas son tus pestañas,
Y es que se van alargando
Para gozar de tus ojos
Y tenerlos más guardados.

IV.

Costurera de mi vida,
¡Qué finas son tus agujas!
¡La que has clavado en mi pecho
No podré sacarla nunca!

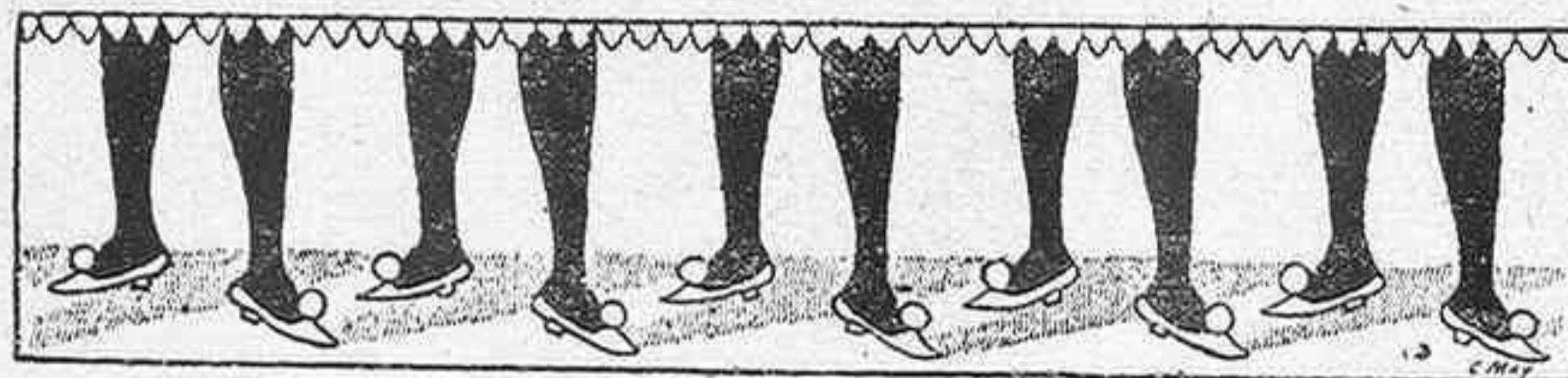
V.

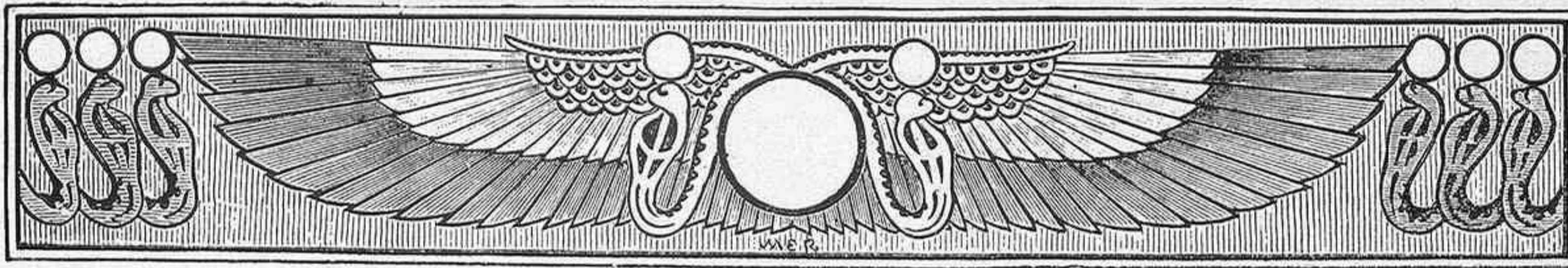
De casa en casa he de ir,
Y unos ojos buscaré
Que me hirieron una noche
Y se perdieron después.

VI.

Toca á fuego, que en mi pecho
Han encendido una hoguera,
Y se ocultan los autores
Bajo tus pestañas negras.

NARCISO DÍAZ DE ESCOVAR.





FINO AMANTE Y CUMPLIDO CORTESANO



ONOCIDO es, de cuantos hayan siquiera saludado la Historia de la Literatura francesa en el siglo XVII, el *Hôtel de Rambouillet*, por las trascendentales sesiones que en él se celebraron y los lucidos ingenios que las mantuvieron. La fundadora de dichas célebres academias fué Catalina de Vivanne, mujer de Carlos d'Angennes, marqués de Rambouillet, de cuyo matrimonio tuvo cuatro hijas, tres de ellas monjas, y la cuarta, llamada Julia Lucía, que casó con el Duque de Montausier, y fué dama de honor de la reina María Teresa y aya del gran Delfín. Pero lo que quizás no sepan todos es la exquisita galantería de que dió tantas pruebas el Duque á Julia, cuando aún se hallaba en estado de merecer, con motivo del acontecimiento que origina la primera mitad del título preinserto, y que pasó á describir en breves renglones.

Corría el año de 1641, y se acercaba, un paso tras otro, el día en que celebraba la fiesta de su santa patrona la prometida del Duque, día enclavado en una estación en que la Naturaleza se niega á abrir su seno para derramar flores con que ornar el de las bellas al par que ceñir sus sienas. En su consecuencia, deseoso aquel fino amante de salirse de la esfera de lo común (¿qué no inventa un corazón que ama?), busca recursos en el Arte contra los que le niega la despiadada Naturaleza, y se apresta á enviar á su adorado tormento una guirnalda artístico-literaria, á falta de ramillete de flores naturales, que le era absolutamente imposible entretejer.

En efecto: dispone un volumen consistente en tres hojas de fina vitela en blanco; la cuarta ocupa la portada; en la quinta aparece una orla, primorosamente miniada, con la leyenda *La guirnalda de Julia*; sigue una hoja en blanco; la séptima representa á Zéfiro con una rosa en la mano derecha y la guirnalda de Julia en la izquierda, cuyas flores hace ademán de soplar suavemente, á fin de que se entreabran sus pétalos; llena la octava un madrigal intitulado *Zéfiro á Julia*; y sigue el cuerpo de la obra, compuesto de 90 hojas, 29 de las cuales ostentan una flor, y las 60 restantes otros tantos madrigales. Algunos de éstos son debidos á la inspiración del enamorado Duque; haylos también, entre ellos, de los poetas más renombrados de su tiempo, que supo asociarse para dar digno coronamiento á su sin igual empeño, tales como Racan, Chapelain, Malleville, Gombaud y Conrart, ingenio este último que pasa por ser el verdadero fundador de la Academia Francesa. Robert, célebre miniaturista de la época, pintó las flores, y Jarry, el primer calígrafo de Francia, se encargó de escribir el texto; y para que nada faltara á tan precioso códice, todo él compuesto de escogidas vitelas, lo cubrió de espléndida vestidura Le Gascon, encuadernador el más hábil de su siglo, realizándolo por dentro y fuera con las cifras de *Julia-Lucía*, á quien iba dedicado.

Los nombres de las flores de que constaba dicha guirnalda son los siguientes:

Corona imperial—rosa—narciso—amaranto—angélica—clavel—tomillo—jazmín—anémone—violeta — azucena — tulipán — tulipán de fuego



UNA SORPRESA.
Cuadro de Marcoux.



LIMPIANDO EL PESCADO.
Cuadro de Gabriel Palencia.

—junquillo—jacinto—heliotropo—caléndula—pensamiento—azahar—azafrán—lirio cárdeno—lirio de los valles—balaustra—ranúnculo—campanilla blanca—adormidera—siempreviva—siempreviva blanca—lila.

Todas estas flores estaban agrupadas, como hemos dicho, en una sola página al frente del preciado manuscrito; pero después figuraban por separado en el cuerpo del libro, ocupando cada una aisladamente la página impar de cada hoja, con su correspondiente madrigal en la hoja inmediata posterior. Al despertar Julia en la mañana de la celebración de sus días, se encontró en su tocador con obsequio tan galante cuanto inesperado.

Hecho el boceto del *fino amante*, pasemos ya á trazar el del *cumplido cortesano*.

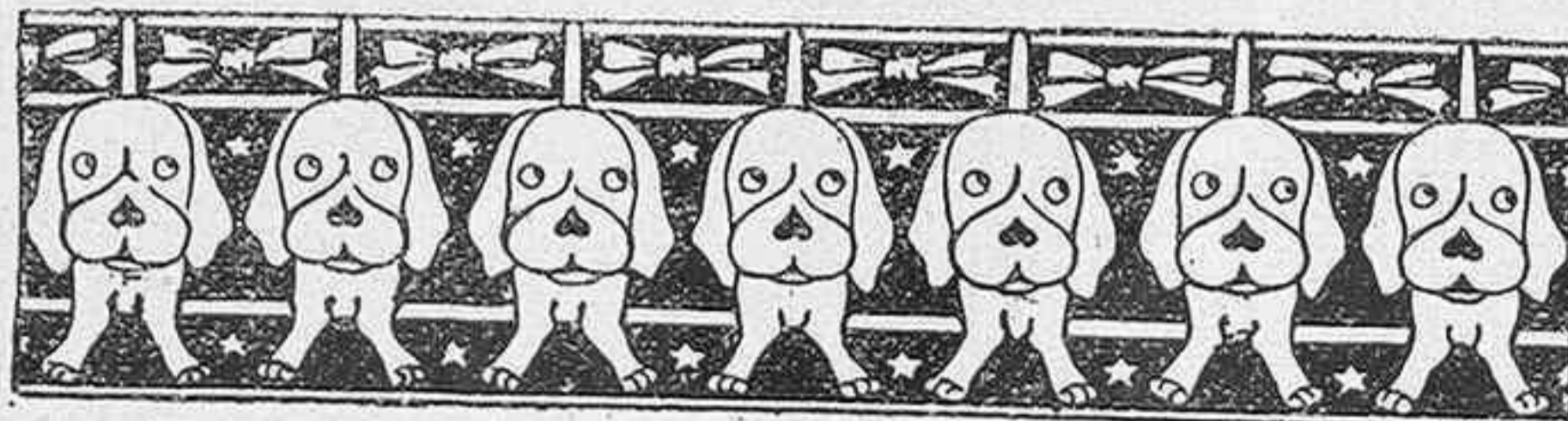
Carlos de Sainte-Maure, duque de Montausier, par de Francia, caballero de las Órdenes del Rey y preceptor del Delfín, descendiente de una antigua casa originaria de Turena, se distinguió desde muy joven por su valor y su prudencia. Durante las guerras civiles de la Fronda mantuvo sujetas á la obediencia las comarcas de Santonge y el Angumesado (*la Saintonge et l'Angoumois*), cuyo gobierno desempeñaba, mereciendo más adelante, en atención á su austera probidad, ser nombrado ayodel hijo de Luis XIII. Siempre se condujo con este Príncipe como filósofo y hombre de rectos y sanos principios, sacrificándolo todo á la verdad y á la razón, siendo un verdadero Platón trasplantado á la corte, ó un antiguo romano disfrazado de francés. Desempeñado que hubo su cargo de preceptor con el Delfín, le dijo un día antes de retirarse definitivamente: «Monseñor, si sois hombre honrado, me amaréis; si no, me aborreceréis, y tendré que tratar de consolarme.» Cuando aquel Príncipe tomó á Filisburgo, el Duque le dirigió la siguiente carta, digna de la entereza catoniana: «Monseñor, no os envío mi felicitación por la toma de Filisburgo, porque contabais con un buen

ejército, una buena artillería y el general Vauban. Tampoco os felicito por las pruebas de valor é intrepidez que habéis dado, puesto que son virtudes hereditarias en vuestra casa. Pero no puedo menos de congratularme con vos al ver que sois liberal, generoso, benigno y espléndido cuando se trata de ensalzar los servicios ajenos, al par que desestimáis los vuestros; sobre esto sí que me anticipo á enviaros plácemes mil.»

Montausier falleció el año de 1690 (á los ochenta de edad), *fino amante*, como hemos visto, y *cumplido cortesano*, según demostrado queda, aunque brevemente, siendo llorado de todos los hombres de bien, á quienes sirvió de modelo, y de los literatos, que veían en él un verdadero Mecenas. Cuéntase que los enemigos de Molière se empeñaron un día en persuadir al Duque que él era el tipo de que se había valido aquel escritor para componer su *Misántropo*. Con tal motivo, apresuróse Montausier á ver la representación de dicha comedia; y, al salir del teatro, no pudo menos de decir á cuantos lo acompañaban: «Siento, en verdad, no parecerme al *Misántropo* de Molière.» De su matrimonio con la bella y virtuosa Julia sólo tuvo una hija, que casó con el Duque de Usez.

Volviendo, para concluir (que ya es hora), á la joya artístico-poética con que dimos comienzo á esta breve disertación, diremos como en el año 1729 se imprimió en París, á continuación de la *Vida* del Duque de Montausier, *La Guirlande de Julie*, en 12.º, principiando aquélla desde la página 133. Ya se comprende que tiene que ir mucho de lo vivo á lo pintado (en la ocasión presente convendría decir: *de lo pintado á lo impreso*); pero, en todo caso, siempre le queda al curioso el consuelo de poder satisfacer parte de su deseo al pretender inquirir el mérito literario de epopeya tan tierna y delicadamente amorosa. ¡Más vale algo, que nada!

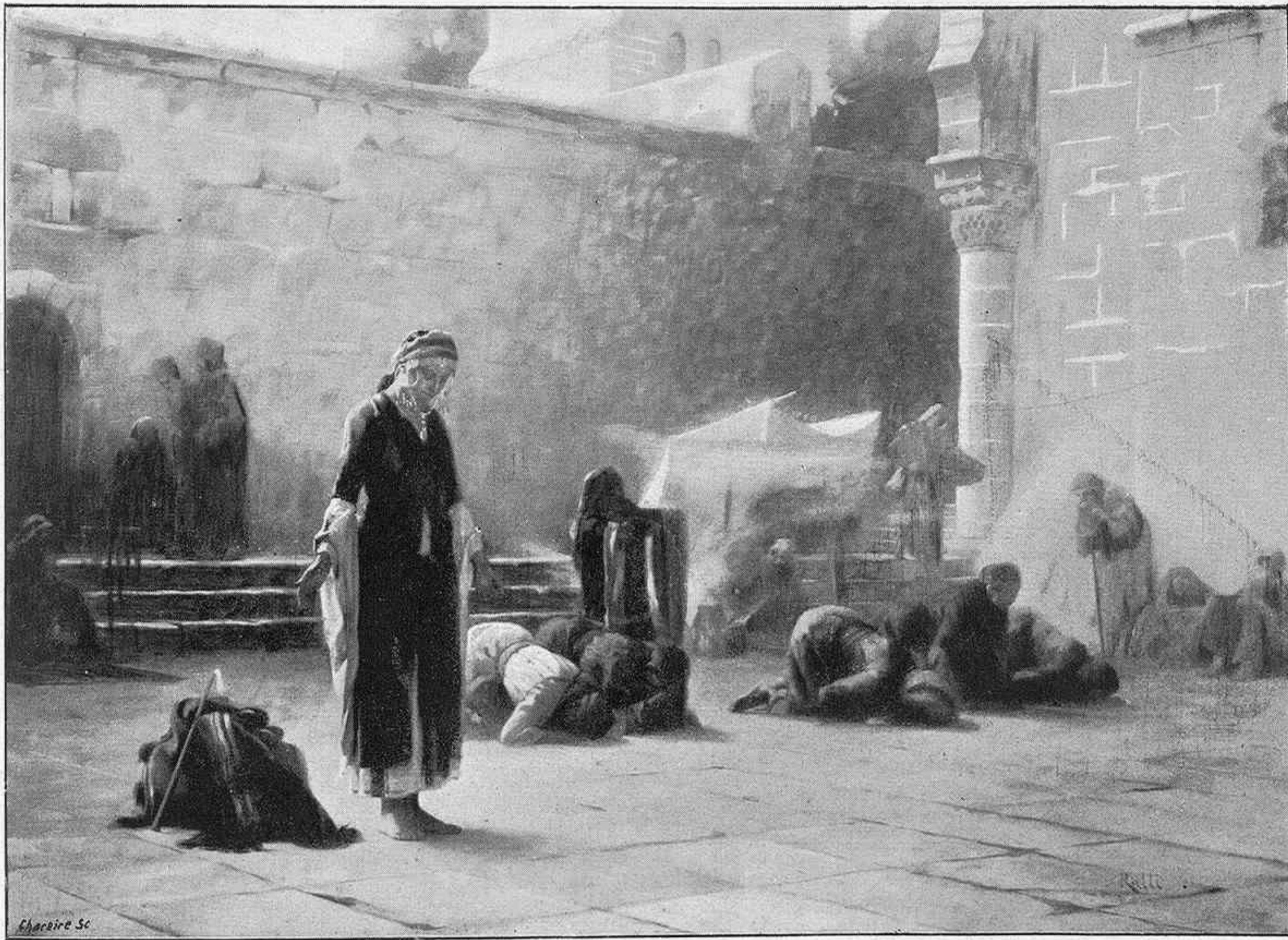
JOSÉ MARÍA SBARBI.





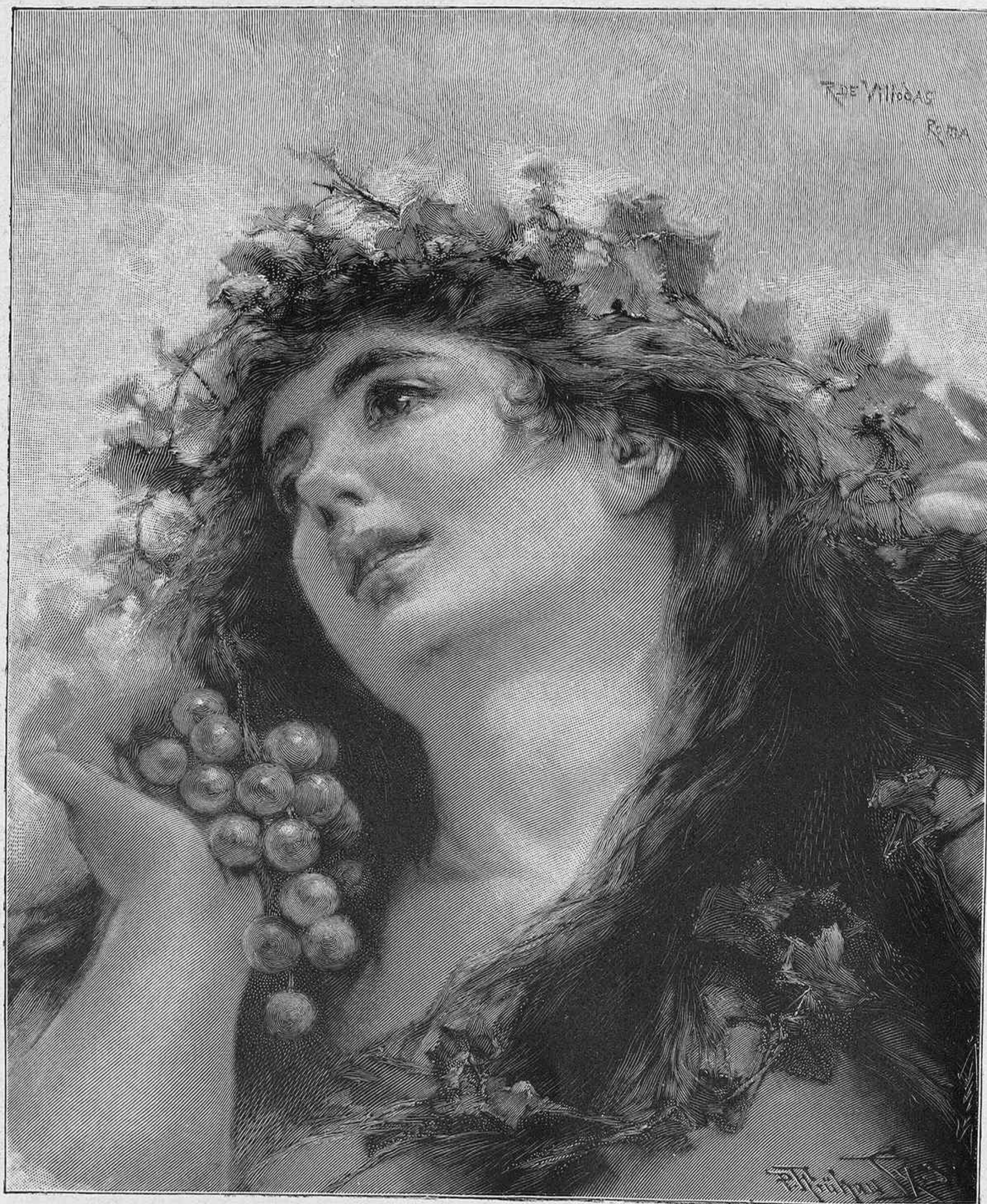
LA SIBILA DE DELFOS.

Por Miguel Ángel.



ATRIO DEL SANTO SEPULCRO EN JERUSALÉN.

Cuadro de Balli.



BACANTE.
Cuadro de Villodas.



EN CARNAVAL.

Cuadro de Grocholski.



EL CUENTO DEL NOVIO.



A lo sabía el padre, ó, lo que es lo mismo, el señor Manuel, rico hacendado de mi tierra.....

Ya lo sabía, que los muchachos se querían.

Santiago acudía todas las noches á la tertulia de viejos que tenía el padre al amor del fuego, ante la ancha y alta chimenea en que ardían los haces de sarmientos y los troncos de chozo.

Y Mariquita, esquivando las miradas de su padre, bordaba el gorro de cañamazo que había de regalarle el día de su santo, y miraba de vez en cuando á Santiago, que desmenuzaba el tabaco que en un periódico tenía entre las piernas, haciendo lentamente cigarrillos.....

Y esto duró un invierno, en el cual los chicos apenas se hablaron; porque el padre era muy se-

vero, y la chica no salía sino con él, ¡y con él á misa, y con él á paseo, y con él á la era, y con él á ver coger la oliva, y con él á la procesión, y al baile del alcalde, y á confesar, y á todo!

De modo que los corazones se entendieron, los ojos se hablaron, pero no hubo más trato que ese de decirse palabras sueltas delante de la gente.

De escribir no hablemos, porque Santiago no pudo lograr que ningún mozo, ni criada, ni *peón*, como decimos por allá, llevase ni trajese una cartica. ¡Bueno era el señor Manuel! ¡A tozolas los hubiera matado!

De Santiago sabía todo el mundo que había estudiado en Zaragoza y acabado su carrera de médico y vuelto al pueblo hecho un doctor, á los veinticuatro años. Pero daba la casualidad de que en aquel pueblo tan sano y tan sobrio nadie se

ponía malo, ni se moría ningún vecino más que de viejo, y eso á fuerza de ruegos, para no estorbar. Y Santiago no ganaba un cuarto.

Pero ya se sabía que era económico, ahorrador, y que allí donde había una peseta perdida él se la encontraba. Hormiguita para su casa; y la chica del señor Manuel debía tener mucho dinero, según decían.

Ello fué que al fin de aquel invierno el señor Manuel llamó una noche á Santiago, después que se acabó la tertulia, se encerró con él y le dijo:

—Mira, Santiago, en los pueblos hay *mu* malas lenguas, y á mí no me gustan las murmuraciones, y ya estamos en que si dicen ó no dicen que *festejas* con la María. ¿Festejas, ú qué?

Santiago, feliz al ver que le abrían camino, respondió:

—Sí, señor.

—Bueno; pues mira, yo veo que tú eres *trabajador*, y persona decente; que no tienes padre ni madre, ni perrico que te ladre, y que te conviene *casáte*.

—Sí, señor, y con una mujer como su hija de usted.

—Pues aquí se va á arreglar esto. Mi María

tié diez y nueve años; sabe coser, guisar, planchar, bordar, hacer *mantecaos* y gobernar su casa. ¿Te conviene?

—¡Ya lo creo, señor Manuel!

—Bueno. Es buena cristiana, no tiene amigas encismadoras ni lagoteras, está acostumbrada á no salir más que conmigo, y habla muy poco, como quien dice, nada. ¿Te conviene?

—¡Que sí, señor!

—Yo le daré treinta mil duros de dote, y además viviréis conmigo hasta que yo me muera, y luego *sus* lo dejaré todo. ¿Te *paice* bien?

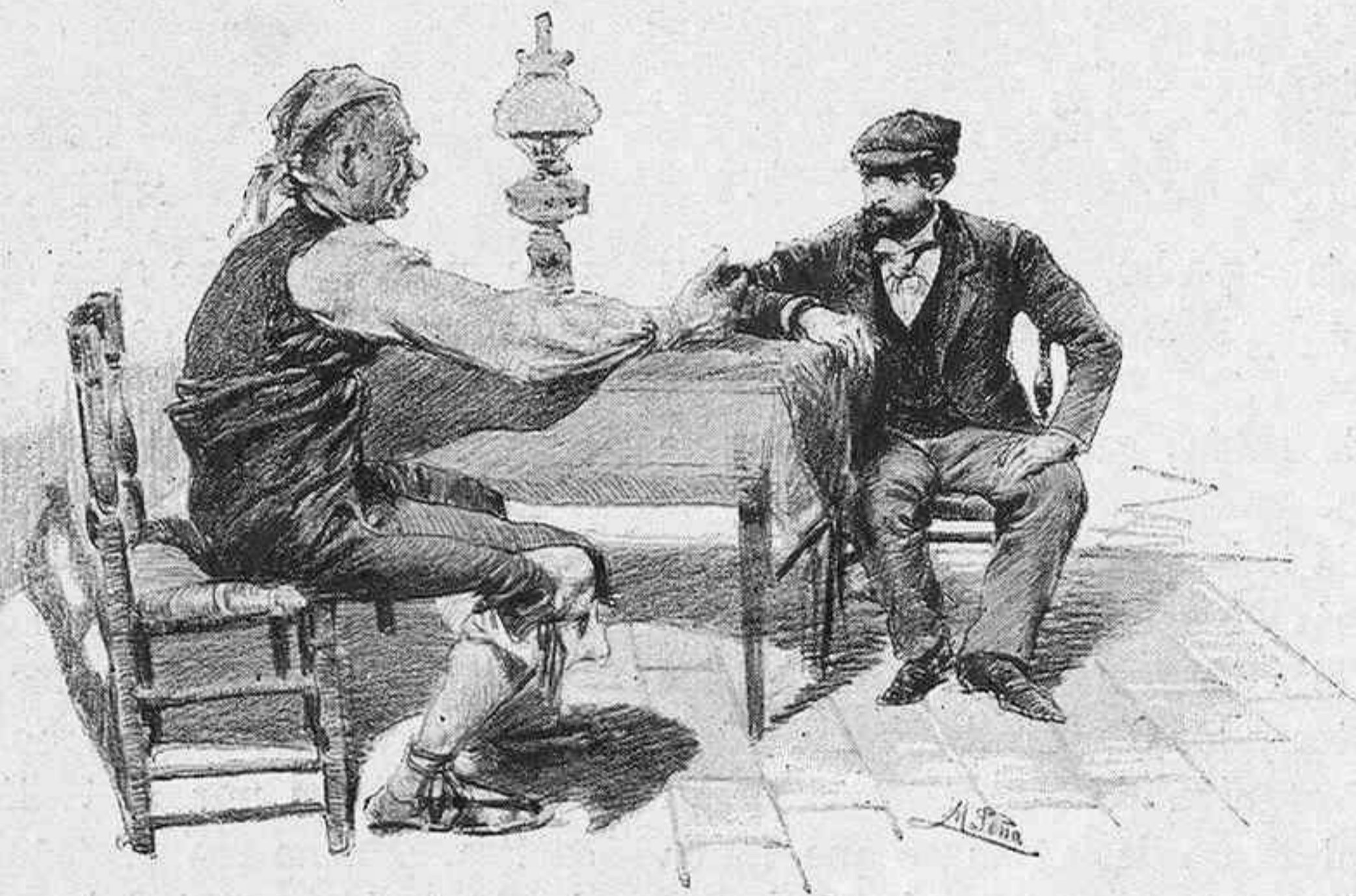
Santiago, á punto de desmayarse de placer, respondió temblando de emoción:

—Sí, señor; ¡sí!

—Bueno. Pero ahora te voy á decir lo *principal*, y es que la María.... *es tonta*, pero tonta negada y rematada; y un padre no tiene *pa* qué engañar á nadie. ¿Te conviene *pa* mujer siendo idiota?

—¡¡Y aunque no lo fuera!!—contestó Santiago. Y se casaron á los veinte días.

EUSEBIO BLASCO.





EL VERANILLO DE SAN MARTÍN.

Cuadro de Bandnitz.

(De fotografía de Hanfstangl, de Munich.)

MUERTO, FUERTE Y SANO.



I.

El médico más pintado le doy yo este caso psicológico-patológico.

Cuando estaba á punto de terminarse el ferrocarril del Meridiano, que va, casi en línea recta, de Málaga á Madrid y á Santander, visité por curiosidad las obras, haciendo el viaje en una vagoneta, sin tiempo fijo para recorrer el trayecto, y sin más tarea que la de llenar un álbum con notas y bosquejos, para publicar un libro descriptivo de la vía. Por aquel tiempo fué cuando se reveló, como un talento incomparable en la construcción, Pedro Serena, á quien á los treinta y cinco años no conocía nadie, y que á los cuarenta fué considerado como el primero de nuestros ingenieros. El es el autor de los grandes túneles de Montefrío, Priego y Jabalcuz, y él ideó y construyó el maravilloso puente de los peñascales de La Lora, sobre el Ebro, que dejó muy atrás la fama del Pwhinsou Roocke.

Hasta sus émulos más enconados, los del oficio, los ingenieros de mucho crédito, hubieron de confesar que no conocían genio más resuelto, calculista más profundo, ni voluntad más firme que los de Pedro Serena.

En una tertulia de Madrid trataba yo á su madre, una anciana muy animosa, que sostenía que su hijo era un calavera cascarrabias, ensimismado con las matemáticas, y al cual idolatraba, aunque

no lo merecía, porque, impulsado por su espíritu montaraz, sólo de año en año venía á pasar con ella un par de días en su casa.

Cuando supo que yo iba á recorrer la línea, en el trayecto del Norte, me dió para él una carta afectuosísima, con su sermón correspondiente.

Dos meses tardé en llegar desde Madrid á los derrumbaderos de La Lora ó de la Pata del Cid, entre cuyas ásperas breñas, en Montecillo, tenía su casita de retiro y solaz el ingeniero. Vi, contemplé y admiré, á mi gusto, el asombroso puente de Lora, colgado á 200 metros sobre el abismo, y me expliqué que se considerara como á un genio titánico al hombre que había concebido y ejecutado portento semejante. Realizada mi visita á la obra, fui á Montecillo á visitar á su autor. Me recibió Pedro Serena con adusto ceño y escasas palabras, hasta que le entregué y leyó la carta de su madre. Cambióse entonces en apacible su gesto avinagrado, y dándome unas palmadas en la espalda, que eran como disimulados abrazos, me dijo:

—Dice mi madre que es usted un excelente muchacho y que le quiere mucho. Pues no hay que hablar más; en mí encontrará usted el mismo cariño, y en esta casa, su casa; y cuanto más tiempo me acompañe en ella, mayor favor me hará. No lo pasaremos mal, aunque todo esto que usted ve y que nos rodea parezca tan malo. ¡Bien venido sea el embajador de mi madre!

Un criado arregló el cuarto que destinó para mí; y como era ya casi entrada la noche cuando yo llegué, después de hacer el aseo y limpieza de mi persona nos sentamos á cenar. Exigió que le contase cuanto yo recordara del estado, vida dia-

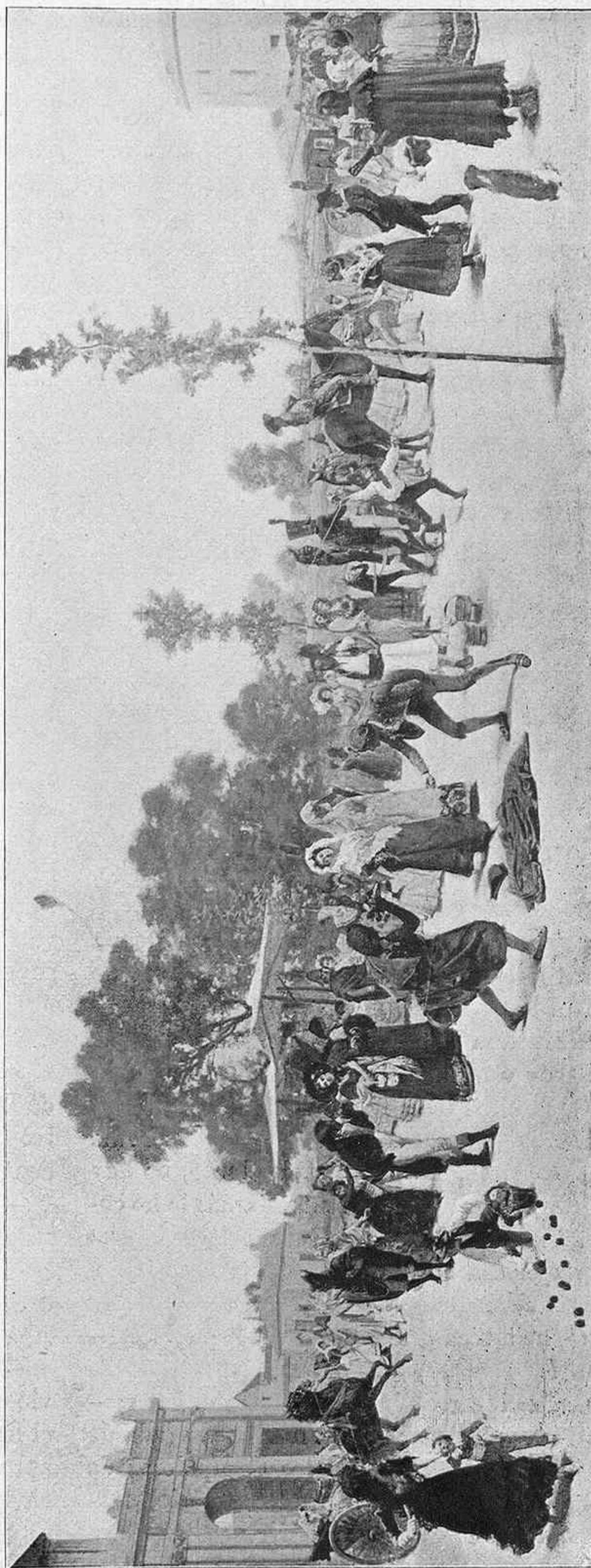
ria, ocurrencias y genialidades de su madre, y celebró como un niño cuantos detalles se referían á aquella bienaventurada señora. Después me pidió que le expusiera mis impresiones respecto de las obras de la vía y de los pueblos y términos por donde pasaba. He tenido, felizmente, facilísima memoria, y pude referirle, kilómetro por kilómetro, cuanto había visto desde Málaga á Madrid. Al llegar á este punto de la narración, el reloj del comedor marcaba la una de la madrugada. Nos habíamos sentado á cenar á las ocho de la noche, y habíamos bebido, cada uno, ocho ó diez vasos de coñac, del calibre de los de manzanilla, y fumado una docena de vegueros por barba. El ingeniero había hablado muy poco, corriendo de mi cuenta el gasto de la conversación. Mirábame de reojo, entre la espesa humareda que brotaba de nuestros cigarros, reíase sin cesar, asintiendo con constantes movimientos de cabeza á cuanto yo decía, y, al fin, después de apurar la caña número once, me acompañó á mi cuarto, cerró, y se fué, exclamando por el pasillo:

—¡Pues, señor, vaya un tío!

II.

Pero ¡el tío era él! Muy de mañana salimos á recorrer la orilla del Ebro y continuó nuestra conversación. Vimos en todos sentidos el gran puente de Lora, causándole algún disgusto el que yo lo hubiera examinado sin contar con él; y aunque anduvimos por riscos y senderos imposibles, dando tropezones, ya que no caímos en el precipicio, vinimos á caer en la conversación favorita de los hombres de ánimo y humor abiertos á toda clase de expansiones. Me confesó Pedro Serena que el estudio árido, seco y anquilador del cálculo y de la construcción, y el trato con hombres de espíritu tan regular, autoritario y berroqueño como el de los ingenieros, administradores, empresarios, contratistas, ayudantes, capataces y peones le habían impulsado, por necesidad, á adoptar

un régimen de vida que le compensara de tanta prosa, y que para ello trataba lo menos posible con



¡Á LOS TOROS! (1808.)

Cuadro de Plácido Francés.



sus colegas y aláteres; tenía en cada pueblecito de la montaña ó del llano, según caía, una ó varias novias; se iluminaba, en sus aburrimientos y soledades, con el resplandor que da al cerebro el buen coñac tomado á pasto; se amodorraba dulcemente fumándose una caja de cien por semana; leía todo lo más aperitivo que se publicaba en París, y no se cuidaba para nada de lo que los demás pensaban en política, en filosofía, en chismes de cuerpo y en itinerarios del alma.

¡Así era de tío el gran ingeniero Pedro Serena!

Para que conociera yo á los indígenas, según su frase, convidó á comer aquel día al médico del valle, D. Cleto Cubillo, y al maestro de Rebollar, D. Juan Malataja, dos de las contadísimas personas con quienes trataba.

—Son estos amigos—me dijo en su presencia—dos bárbaros de la montaña, pero de lo mejorcito y más sano que hay por aquí. Este médico Cubillo sostiene que no se debe estudiar nada en los libros, porque el saber por lo que otros escribieron no tiene mérito alguno, y que no hay más sabiduría que la natural, la que le sale á uno de dentro, como dice él; y este maestro Malataja opina que se debe estudiar á todas horas, en todos los libros habidos y por haber, hasta que no quede un solo español que no sea un Séneca. En fin, lo dicho, ¡un par de fieras!

Comimos y bebimos sin tasa, y mientras Serena se fué, tras de los postres, á dormir una hora de siesta, me dijo Cubillo:

—¡Qué lástima de hombre este ingeniero! Tiene el corazón de oro, la corteza de hierro, la sangre de coñac y el alma de demonio. No se puede con él, y preciso es perdonarle todo lo que dice. Como le sobran el dinero, el apetito y el talento, no hay nada que se le ponga por delante. Jamás le he conocido enfermo; pero si continúa con la vida que trae, el mejor día estalla como el navío la *Santísima Trinidad*.

—¿Y sigue teniendo amoríos por esos pueblos?—le pregunté.

—En eso es incorregible—contestó el médico;—ahora está en relaciones con la molinera viuda de Ruijas, y con la señorona de los Campolosas de Reinosa, y con una damisela de Resconorio, ama de llaves ó doncella de unos franceses que vinieron á trabajar en las minas, la cual damisela suele pasar tres ó cuatro días con él en esta aldea de Montecillo. Estas son de las que ahora se sabe, pero yo tengo por seguro que aún hay otras varias

«de ocultis», á quienes él va á ver cuando se larga por esos montes. Lo cierto es que, cada una por su lado, la molinera y la señorona y la franchútela le quieren mucho, y que las tres son á cual más guapas.

El maestro Malataja, así, como ruborizado por el relato, encendió el pitillo número veinte, apuró otra lamparilla de coñac, y limpiándose los labios con el dorso de la mano, lanzó un resoplido ó suspiro muy hondo, y exclamó:

—¡En fin, todo sea por Dios!

No pude permanecer en Montecillo más que otro día, porque el coñac me iba corroyendo las entrañas, y deseaba hartarme de agua fresca en todos los manantiales de la cordillera. Partí, contra la voluntad de Serena, que con el maestro y el médico me acompañó, vía adelante, hasta los túneles de Monte Hijedo, que van á dar sobre Campoó de Yuso.

III.

Pasaron diez años. Al principio, nos escribíamos Serena y yo cada quince días; después, cada dos meses; luego, cada ocho ó diez; más adelante, nunca. Por su madre, mientras vivió, supe que el ingeniero viajaba de cuando en cuando por el Extranjero, y que alguna que otra vez había estado varias horas en Madrid. Muerta la anciana, no supe nada de él.

Este verano he podido disponer de algunos días de holganza, y, excitado por la curiosidad, tomé el tren en la línea del Meridiano hasta la estación de La Lora. En Rebollar busqué y hallé al maestro Malataja, que me abrazó, y se echó á llorar cuando le pregunté por Pedro Serena.

—¡Le estoy enseñando á leer!—me contestó el maestro.

—¿A leer?—exclamé, sorprendido por semejante contestación.—¿Está usted loco, amigo Malataja? ¿Qué quiere decir eso?

—Lo que usted oye, señor. El ingeniero se volvió medio tonto, ó tonto completo, y hasta olvidó el leer; y ahora se ha empeñado, como un niño, en aprender las letras en un cartel de mi escuela. En cinco meses he conseguido que conozca diez y siete, de las veintiséis que tiene el alfabeto.

La formalidad con que me hablaba el maestro y lo estupendo de la noticia me dejaron anonadado. ¡Aprendiendo á leer el sabio Pedro Serena!

—Pero ¿cómo ha sido eso?—le dije.

—El médico Cubillo se lo explicará á usted, si es que lo ha entendido. Vamos á verle á su aldea, porque agradecerá y celebrará muchísimo la visita de usted.

En efecto: Cubillo quiso tirar la casa por la ventana cuando me vió. Sus obsequios no tuvieron fin, y á su lado pasé ocho días, sin que Malataja nos abandonara más que por breves horas. La relación del médico con respecto al estado de Serena me conmovió profundamente. Concretaré lo que me dijo.

El ingeniero continuó haciendo su vida erótico-alcohólico-montaraz durante cinco años después de mi visita; pero notó que la fiebre se había apoderado de su organismo, que su cabeza se desvanecía de cuando en cuando, que el alcance de los sentidos se había acortado, que el corazón le palpitaba con violencia y que no podía en muchas noches conciliar el sueño. Rebelde á todo, hasta á rendirse á la evidencia del desequilibrio de su cuerpo, se rió de estos síntomas y prosiguió abusando de todo. Al fin, cuando se convenció de que las piernas no le sostenían y de que la fiebre le aniquilaba, sin decir una palabra al borrico (*sic*) de Cubillo, se fué á la corte y consultó á los doctores más estirados.

En cuanto refirió cómo había vivido, dieron los médicos con el enemigo y le prescribieron un método ó régimen que le dejó patidifuso. Imaginán-

dose que los doctores españoles no sabían una palabra, se fué con sus achaques y lamentos á París y á Berlín, donde, en suma, vinieron á decirle lo mismo que en Madrid, si bien sujetándole á multitud de observaciones y análisis, de pura ornamentación médico-teatral, que tenían por ob-

jeto descargarle de bastante peso en el bolsillo. Poco á poco iba creyendo que estaban en lo cierto los que en tan diversas clínicas le estudiaron, y para prueba definitiva y heroica se decidió á consultar á Cubillo.

—Si este indígena me dice lo mismo que los hombres eminentes me han dicho, y cuya opinión ignora él, me someto, me rindo—dijo Serena.

Cubillo, con su *ciencia natural ó propia*, se sabía de memoria al ingeniero por dentro y por fuera, y, á su modo, vino á prescribirle el mismo régimen que los sabios de las Facultades nacionales y extranjeras. El régimen era

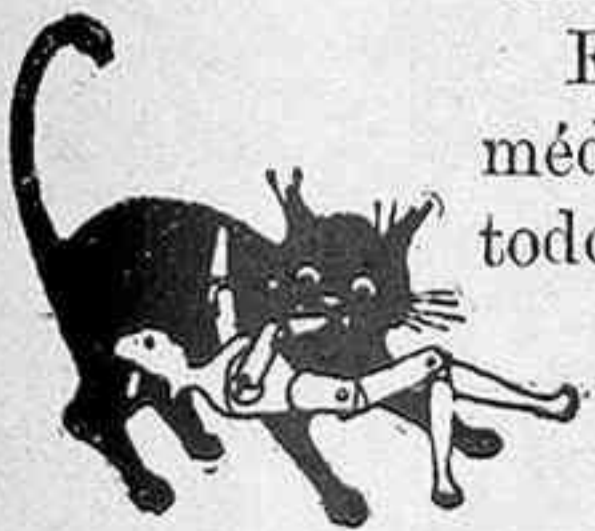
éste: Supresión absoluta del coñac y de todo líquido alcohólico: agua á todo pasto.—Supresión absoluta de todo trato femenino.—Supresión de todo trabajo intelectual.—Paseo frecuente.—Sueño largo.—Nada de medicamentos hasta ver los efectos de esta reforma radical.

Serena quedó convencido, asegurando á Cubillo que, dada la firmeza de su voluntad, seguiría sin vacilación el régimen para no abandonarlo jamás; y entonces le refirió sus consultas de Madrid, Pa-



¡ARRE, CABALLITO!

(De fotografía.)



rís y Berlín, en las que le ordenaron lo mismo que él le prescribía.

¡Y así lo cumplió!

¡Pero qué supremo esfuerzo hay que realizar con el espíritu para resistir á las inveteradas y malas tentaciones del cuerpo! El martirio moral de Serena fué horrendo. Sabíale el agua á triaca y á hiel, y le parecían de estopa cuantos alimentos tomaba sin la adición del vino clarete riojano. La pasión le impulsó mil veces á volver al molino de Ruijas, al casón de Reinososa y á las minas de Resconorio para ver á sus amigas, pero triunfó su voluntad de hierro: no fué, las abandonó; y á este sacrificio siguieron la melancolía, la pena, la indiferencia hacia todo, la pasividad y el origen del idiotismo. Perdió la memoria y se nubló su inteligencia como inmediata acción refleja de la supresión de los goces del alma, á que el cuerpo le había acostumbrado durante tantos años. Dejó de hablar; devoró, como una fiera, carnes y frutas; bebió agua sin medida, y, físicamente, se repuso. Huyó la neurastenia, se aquietó el corazón y desapareció la fiebre. En los tres primeros años del nuevo régi-

men aumentó considerablemente de peso. Al verle sin conciencia de sí mismo, y cada día más fuerte en su organismo, decía Cubillo con honda tristeza:

—¡Está muerto! ¡Pero qué fuerte y qué sano!

El animal se reconstituyó: el hombre desapareció. Cuando yo fuí á verle, ni siquiera quiso alzar los ojos, que tenía fijos en un cartel en que Malataja se empeñaba en enseñarle cuál era la letra R. Marché de allí desolado.

Ayer mismo (6 de Agosto) me decía el maestro en una carta: «Ya no conoce Serena más que cinco letras. Esto va muy mal. Cuando habla parece que brama. Sigue engordando mucho, y está muy fuerte y muy guapo. Creo ¡y Dios me lo perdone! que el médico debía propinarle un poco de coñac. ¿No le parece á usted? Pero Cubillo dice que ya es tarde, porque ni el coñac le aclararía la inteligencia. ¡De modo que hemos hecho un pan como unas hostias! Y menos mal que ni usted ni yo nos hemos metido en nada.»

RICARDO BECERRO DE BENGOA.



CONSTANCIA.

Si es que tú vives cuando yo me muera,
Mi espíritu, del cuerpo separado,
Al verse libre volará á tu lado,
Buscando junto á ti su bien perdido,
Igual que la paloma mensajera,
Al recobrar la libertad, ligera
Tiende las alas y regresa al nido.

MANUEL DE SANDOVAL.



EN EL CAMPO.
Cuadro de Emilio Sala.



EL PEOR DE LOS MUNDOS.

DOLORA.

I.

Escribe un pensador: «Tengo delante
Un cielo sin estrellas, ó estrellado,
La luna, ya en creciente, ya en menguante,
Y un sol que viene ó va, limpio ó nublado.
El aire es de poniente ó de levante,
Mar azul, campo erial, florido el prado;
Siempre igual: sombra ó luz, calor ó frío,
Este mundo exterior me causa hastío.»

II.

Y sigue: «No hay un átomo en reposo,
Ni en lo moral una verdad probada:
Se llama bien al mal, feo á lo hermoso,
Fe á la ilusión y dicha á la soñada.
Aquí lo cierto es falso, allí es dudoso,
Por lo cual *sólo sé que no sé nada*;
Y, al fin, si el mundo real me hastía tanto,
Este mundo interior me causa espanto.»

∫AMPOAMOR.



GALANTERIAS.

Cuadro de José Jiménez Aranda.



EL MUNDO DE PAPEL.

JUANÍN y Juanito se habían criado en una fábrica de papel.

Nombrábase al uno Juanito por ser hijo del propietario, y al otro Juanín por ser hijo del portero de la fábrica. Aplicábase á un Juan el diminutivo señorial, y al otro Juan el diminutivo popular; que hasta en eso de los nombres de pila se diferencian los pobres de los ricos y los amos de los criados. Pero como la infancia no entiende felizmente de tales diferencias, ambos chicos hacían buenas migas y jugaban y corrían juntos por los alrededores campestres del establecimiento. La Naturaleza, justiciera siempre, igualaba las clases necesariamente, porque Juanito no tenía donde escoger compañeros para sus diversiones si no era entre los dependientes de su padre, y había de andar con ellos ó aburrirse señorialmente en la soledad de su vivienda.

Los chicos llegaron á hombres, y se separaron. Juanito no tuvo que hacer nada para ser rico: heredó de su padre la propiedad de la fábrica. Juanín, por el contrario, tuvo que hacerlo todo para ganarse la vida: la herencia de la portería no llenaba sus ambiciones. Fué á Madrid á emprender los estudios universitarios á costa de lo que su pobre padre se quitaba de la boca y con el socorro del señorito, su antiguo compañero de infancia.

Juanín fué á estudiar, pero no estudió. Leía más novelas que Derecho romano, más poesías que Derecho criminal, más comedias que procedimientos judiciales, y al cabo resultó lo que tenía que resultar: más poeta que abogado.

Juanito manejaba más libros de caja que libros de ciencia, más letras de cambio que de imprenta, más cuentas de comercio que cuentos de imaginación, y con tanto sumar, restar y multiplicar valores y dineros, resultó lo que tenía que resultar: más interesado y ambicioso que rico y satisfecho,

porque con la posesión de la riqueza sucede lo contrario que con la posesión de la belleza: y es que, si ésta harta, aquélla aviva el apetito en vez de satisfacerlo. El hombre de negocios, cuando ha sumado tres y tres, que son seis, propende á multiplicar tres por tres, haciendo nueve. Es siempre un perfeccionador progresivo de la aritmética, condición natural en quien la maneja por oficio diario. Semejantes inclinaciones llevaron á Juanito á Madrid; pues no contento ya con el producto, no grande, pero asegurado, de su industria papelera, quiso ensanchar sus negocios, aventurándose en jugadas de Bolsa y operaciones de mayor, pero no tan cierta prosperidad.

¡El papel, siempre el papel! Juanito había nacido y se había criado entre la ola blanca de pastas y hojas que bullía en las tinajas y serpenteaba en los cilindros, y en lugar de aquellas pilas de resmas y aquellos rollos lisos, inmaculados, apetecía los pliegos pequeños, recortados, impresos con caracteres y signos representativos de valor tan desproporcionado, que en una sola hojilla de ellos cabía el importe de todo un rimero del almacén de su casa.

Juanín veía las cosas por otro lado; pero ¡papel, siempre papel! Aquellas resmas apiladas, aquellos rollos inacabables, convertidos primeramente en manuscritos, después en libros ó en periódicos, con valor tan grande, tan fuerte, que representaban ideas, emociones vibrantes, revoluciones morales, placeres del espíritu, glorias de la inmortalidad.

Juanito se metió de cabeza, y pudiera decirse de corazón, de pies y de manos en la Bolsa de Comercio. Todo su sér, toda su vida se redujeron á ella. No era ya un hombre: era una jugada siempre en movimiento y en azar. Para él no había ya ni goce tranquilo, ni sueño reposado, ni distracción que le apartara el pensamiento de las combinaciones habilidosas para asegurar la ganancia.

Por la tarde á la Bolsa; por la noche al bolsín; más tarde á caza de noticias que pudieran influir en el alza ó en la baja, para orientar sus operaciones del día siguiente. Las noticias buenas le alegraban y las malas le entristecían, no por el bien ó por el mal de la nación, sino por la subida ó el descenso de los valores, y aun á veces, cuando el país lloraba una desdicha, Juanito, aprovechándola en sus operaciones, cantaba una alegría allá en el fondo de su corazón seco y frío como la hoja de papel que lo envolvía.

Su existencia tenía dos centros fijos, templos de su religión, domicilio de su alma, como para el artista el estudio, para el sabio el laboratorio, para el político el Parlamento. Eran dos patios: el patio de la Bolsa y el patio de cuentas del Banco: en dos palabras, el mundo de papel.

¡Qué ansias febriles, qué emociones sórdidas sentía recorriendo desatentadamente los intercolumnios del salón oval de la Bolsa! Su forma semeja algo á la de un barco; símbolo acaso de la inestabilidad, del vaivén, del azar que tan pronto pone la proa al cielo, como la sumerge en el abismo. Hasta la algarabía de los corros y voces que hablan y contratan simultáneamente, parece allí murmullo de mar.

—¡Doy!—¡Tomo!—¡Compro!—¡Vendo contado!—¡Fin de mes!—¡Próximo!—¡Perpetuo!—¡Exterior!—¡Cubas!—¡Tesoros!—¡Treinta y cinco!—¡Cincuenta!—Quien entrase allí sin el secreto de esas palabras cabalísticas, se creería en una casa de locos que no se entienden. ¡Y sin embargo, á media palabra todos entienden que allí se ha hecho, ó se ha deshecho un capital, una familia, quizá una vida!

¡Y de qué voluptuosa codicia, casi igual á los deseos carnales, gozaba nuestro bolsista en la mesa de liquidaciones, mesa donde la gula rentística celebra todas las mañanas el gran festín del papel! Alrededor de aquella tabla tan larga de extensión como mezquina de labor, se agolpa apretada fila de agentes, zurupetos y cobradores. Montones de papel pintarrajeado cubren el hule, negro de suyo y además manchado con el tacto continuo de cientos de manos, que con la agilidad del hábito cuentan y recuentan títulos, pólizas y billetes de Banco. ¡Papel! ¡Todo papel!

Al revés de lo que sucede en la Bolsa, allí se habla poco y en voz baja, para no equivocarse al contar. Los títulos pasan á poder del agente comprador, y los billetes, importe de la venta, al agente vendedor. Al uno van los cupones, signos del crédito nacional; al otro los billetes, signos del crédito del Banco. Al uno y al otro la fortuna en calcografía garantizada con la firma del Estado ó del Banco. Pero es la fortuna puesta en emblema, como la nobleza de la sangre en un escudo; todo ficticio, convencional; nada real, positivo, sonante. ¡Papel, sólo papel! Papel que puede borrarse, quemarse, ó perderse sin arder, por combinaciones del agio ó jugadas del interés.

¡A ese mundo falso había fiado Juan su vida



EL HADA DE LAS MONTAÑAS.

Cuadro de Conrado Dielitz.

presente, la labor pasada de sus padres y la suerte futura de sus hijos!

Juanín, por su parte, tenía puesta en otro mundo semejante su vida, vida puramente personal, porque en el mundo de las letras, todo propio é intrasmisible, ni se recibe nada de los antepasados, ni recae nada en los herederos, como no sean algunas hojas de laurel seco y desustanciado.

Estaba también cumplida su primera ambición, la de ver sus escritos impresos en letra de molde, codicia también voluptuosa como la codicia de los bienes materiales. Entró en la redacción de un periódico muy leído. ¡Un periódico! El pórtico donde esperan su hora los políticos y los literatos, los grandes hombres futuros: la fábrica de las condecoraciones intelectuales, el tasador habilitado de la gloria y fiel contraste de las coronas de la fama.

¡Qué soberano orgullo invadía á Juanín cuando se sentaba delante de las cuartillas! Tenía á su disposición la credulidad pública pronta á sometersele; el crédito de los hombres políticos; la reputación de los escritores y de los sabios; la tranquilidad de las familias y á veces la del país. Todo en aquellas hojas blancas que habían de multiplicarse después en cien mil hojas negruzcas difundidas por los ámbitos del mundo. ¡Papel, sólo papel!

Trabajaba con excitación de fiebre entre montones desordenados de periódicos y recortes esparcidos sobre la mesa. La prensa de la mañana aquí; la de la noche allá; acullá la de provincias; la extranjera más lejos; y la atrasada de todas partes tirada en pilas informes, por estantes, sillas y suelos. Después los correctores pasando pruebas, las máquinas atolondradas vomitando masa de pliegos llenos de pasiones y de ideas que saltaban de aquel armazón metálico, como saltan los sesos del cráneo roto. Después los repartidores contando manos, los vendedores plegando números, y, por último, con los periódicos bajo el brazo, corriendo y voceando como suelta jauría de perros, los chicos que llevan por calles y plazas el notición, el escándalo ó el crimen del día.

¡Papel! ¡Todo papel!

El trabajo anónimo del periodismo, perdido como gota de agua chupada por la tierra, no satisfacía la ambición de Juanín. Y Juanín escribió libros, poemas, cuentos y novelas. Rompió al fin el hielo de la indiferencia, y los periódicos le saludaron como astro brillante de la literatura pa-

tria. Las hojas sueltas del periódico elogiaban las hojas encuadernadas del tomo. La estatua erigida sobre pedestal de papel, enfundada por otro papel.

Juanín guardaba cuidadosamente como un tesoro los fragmentos y recortes de la prensa, pegados en pliegos que ya formaban grandes volúmenes. Aquello era el expediente de su fama, la ejecutoria de su apellido.

¡Papel! ¡Siempre papel!

.....

Llegaron los días de guerras y desastres, días en que son protestadas las bellas letras y las letras de cambio. Nuestros dos amigos fueron víctimas del desasosiego nacional. La Bolsa no descendía, sino se precipitaba, rodaba á saltos epilépticos.

El interés del periódico que refería combates ó anunciaba movimientos de tropas y escuadras, mataba con razón el interés del libro que relataba aventuras ó historias de la imaginación poética.

Corrían aires tempestuosos de batalla, sin ocios apacibles de lectura.

El oro debía sostener al hierro que combatía en mar y tierra, y no pudo sostener el papel de la deuda ni el papel del libro.

Juanito se encontró con su enorme cartera llena de títulos y pólizas sin ningún valor, y Juanín se encontró con un almacén de tomos de sus obras sin salida ni venta posible.

¡Papel! ¡Siempre papel! Pero papeles útiles solamente para envolver los comestibles que habían de alimentar á los seres previsores, á los hombres prácticos que no fían su suerte al crédito del Estado, ni al crédito del nombre, ni ponen su vida en movedizos mundos de papel.

Perdidos sus bienes y perdidas sus ilusiones, Juanín y Juanito no tuvieron más remedio que volver al punto de partida de su existencia: á la fábrica paterna.

¡Desdichado destino del tiempo que se mordía la cola!

¡Papel! ¡Siempre papel!

Juanito, nombrado ya D. Juan por sus respetos y sus años, vino á ser lo que era al principio, dueño de la fábrica. Juanín ascendió de la portería de su padre á la administración de la casa.

Los dos ambiciosos que salieron de su nido pretendiendo hacer gran papel en el mundo, tornaban, cansado el cuerpo en la lucha y envejecida el alma en la adversidad, á su segunda infancia, para ellos llamada así muy propiamente, porque

pasaban su vejez en los mismos lugares, costumbres, ocupaciones y vida de la niñez.

Pero en vez de corretear por el campo, paseaban tristemente por la huerta todas las mañanas; y en vez de jugar á la pelota, jugaban al tute todas las noches.

Almacenaron, uno en los cajones las pólizas de

los valores vendidos, y el otro en los desvanes los libros no vendidos y los legajos de periódicos, pregoneros de fama pasajera, papeles viejos, y se dedicaron á hacer papel nuevo. Y ese fué el único papel verdadero que hicieron en el mundo.

EUGENIO SELLÉS.



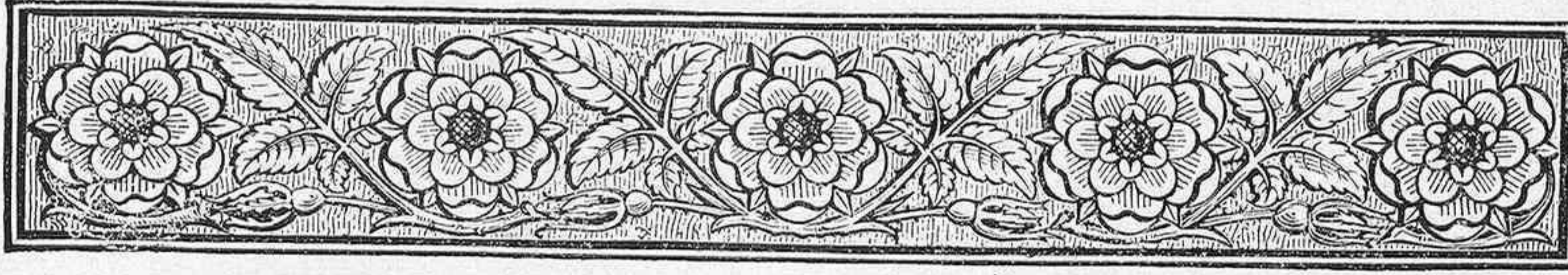
¿Á QUE NÓ?

(De fotografía.)



LECTURA INTERESANTE.

Cuadro de Gederstrom.



TIRSO DE MOLINA.

(FANTASÍA.)



QUEVEDO.

En siglo tan desmedrado
¿Para qué nos resucitas?
¿Momias no tiene infinitas?
¿Qué harán las nuestras en él?
(Album, al Conde de San Luis.)

NEVABA sobre las blancas, heladas cumbres. Nieve en la nieve, silencio en el silencio. Moría el sol invisible, como padre que muere ausente. La belleza, el consuelo de aquellas soledades de los vericuetos pirenaicos, se desvanecía, y quedaba el horror sublime de la noche sin luz, callada, yerta, terrible imitación de la nada primitiva.

En la ceniza de los espesos nubarrones que se agrupaban en redor de los picachos, cual si fueran á buscar nido, albergue, se hizo de repente más densa la sombra; y si ojos de sér racional hubieran asistido á la tristeza de aquel fin de crepúsculo en lo *alto del puerto*, hubieran vislumbrado en la cerrazón formas humanas, que parecían caprichos de la niebla al desgarrarse en las aristas de la peñas, recortadas algunas como alas de murciélago, como el ferreruero negro de Mefistófeles.

En vez de ir deformándose, desvaneciéndose aquellos contornos de figura humana, se fueron condensando, haciendo reales por el dibujo; y si primero parecían prerrafaélicos, llegaron á ser después dignos de Velázquez. Cuando la obscuridad, que aumentaba como ávida fermentación, volvió á borrar las líneas, ya fué inútil para el

misterio; porque la realidad se impuso con una voz, vencedora de las tinieblas; misión eterna del Verbo.

—Hemos caído de pie, pero no con fortuna. Creo que hemos equivocado el planeta. Esto no es la Tierra.

—Yo os demostraré, Quevedo, con Aristóteles en la mano, que en la Tierra, y en tierra de España estamos.

—¿Ahí tenéis al Peripato y no lo decíais? Y en la mano; dádmelo á mí para calentarme los pies metiéndolos en su cabeza, olla de silogismos.

—No os burléis del filósofo maestro de maestros.

—¡Ah, señor Cano, como estos vericuetos; ah, señor Nieves, y qué atrasadilla me parece su teología, ahora que he viajado tanto por otros mundos altos!

—No habléis de eso, y busquemos donde cenar.

—¡Ah, Tirso; ah, fraile! Como vuestro clerigón, ¿no llamaréis á Dios bueno hasta que cenéis? Cenad *ex nihilo*, porque otra cosa no hay por aquí, á lo que no veo.

—Señores, sin ser yo tan ilustre lógico cual esta gloria de Trento, ni menos teólogo, como no sea en verso, creo que antes de la cena, que no es idea simple, que no es categoría, debemos pensar en el sitio, en el lugar, que sí es categoría. Porque yo, por ahora, dudo que estemos en parte alguna. Y donde no hay espacio, no hay cena.

—Pero hay frío, señor Calderón.

—Bien dice Lope. Procuremos orientarnos. Es decir, oriente ahora no se puede buscar, pero según



MEDITACIÓN.

(De fotografía.)

lo que yo pude colegir cuando caíamos, ya cerca de este globo, á la luz del Sol y antes de penetrar en las nubes de nieve, dentro de España estamos, y sobre altísimas montañas, y del mar no muy lejos; de modo que éstos deben de ser los Pirineos, y acaso los de mi tierra, porque yo, señores míos, siento un no sé qué de bienestar de que no me hablan vuestras mercedes.

—Natural me parece, insigne Jovellanos, que seáis vos, de tiempos de mejor brújula que los nuestros, quien nos deje barruntar en dónde estamos. Pero yo daría mi *Buscón* por una buscona que me hiciese topar ahora, no con la madre Venus, sino con su digno esposo Vulcano, para que me fabricase una cama donde dormir, menos fría que este suelo.

—Señores, yo vuelvo á mi Aristóteles, y digo.....

—Teólogo, tenéis razón; seamos peripatéticos, discurremos con los pies, y á ver si á fuerza de discurrir probamos algo..... algo caliente.

Una voz nueva resonó entonces en aquellas soledades como suave música, y era la de fray Luis de León, también expedicionario, que decía:

—Amigos queridos, esta noche más ha de ser de penitencia, de ayuno, que de hartazgo; porque, si he de hablar con franqueza, nuestra vuelta al mundo terrenal más me parece castigo que otra cosa. Pecamos, pecamos; pequé yo á lo menos—y si en buena teología esto no se puede llamar pecado, llámelo D. Melchor como quiera ó convenga;—pequé, digo, deseando lo que en soledades de mi dicha, de allá arriba, nunca creí que se podría desear. ¡Ay, sí! El engaño, como siempre. El desengaño, igual. En esta tierra obscura, sepultada en noche y en olvido, ¿qué me había quedado á mí? Si vivía en la alma región luciente, ¿á qué querer, como quise, saber algo de la mísera Tierra? Fué vanidad, sin duda. Moviómelo el apetito de saber si aquella larva que yo por acá había dejado, y que el mundo llamó mi gloria, se había desvanecido, cual mis despojos, ó algo había quedado de ella, aunque no fuera más que un soplo que fuese callado por la montaña.....

—¡Ah, señor fray Luis de León!—interrumpió Lope, —á todos creo yo que nos escuece el mismo remordimiento. Yo, que al morir dije, según cuentan, pues yo no me acuerdo, que daría todas mis comedias, que eran humo, por un poco de gracia al entregar el alma á Dios, ahora me veo aquí *desterrado* del cielo, si así puedo decirlo, por la pícara vanidad de oler si algo todavía se dice

por el mundo del montón infinito de mis coplas.

Todos fueron confesando pecado semejante. A todos aquellos ilustres varones les había picado la mosca venenosa de la vanagloria cuando gozaban la gloria no vana, y habían deseado saber algo de su renombre en la Tierra. ¿Se acordarían de ellos aquí abajo? Y el castigo había sido dejarlos caer, juntos, en montón, de las divinas alturas, sobre aquella nieve, en aquellos picachos, rodeados de la noche, padeciendo hambre y frío.

* * *

Como pudieron, de mala manera, empezaron á caminar sobre la nieve, procurando descender, por si encontraban más abajo rastro de senda que los guiara á vivienda humana, ó por lo menos á lugar menos desapacible donde aguardar el día y aguantar el hambre. Porque es de advertir que aquellos *desterrados* del cielo, en cuanto pisaron tierra volvieron á sentir todas las necesidades propias de los que andamos vivos por este valle de lágrimas.

Jovellanos, por varios signos topográficos, y más por revelaciones del corazón, insistía en su idea de que estaban sobre alguna montaña de Asturias. Los otros llegaron á creerle, y como práctico le tomaron, y detrás de él marchaban dejándole guiar la milagrosa caravana por las palpables tinieblas adelante.

—Para mí, señores, estamos en alguno de los puertos que separan á León de mi tierra.

—Pues entonces, á fe de Quevedo, que ya sé quién nos va á dar posada. El oso de Favila.

—Ese no; pero otros no deben de andar lejos.

Notó Lope que el terreno que habían llegado á pisar apenas tenía ligera capa de nieve y era llano.

—¡No tan llano, por Cristo!—gritó Quevedo, que dió un tropezón y tuvo que tocar la blanca alfombra con las manos. Sintió al tacto cosa dura y que ofrecía una superficie convexa y pulida.—Señores—exclamó,—aquí hay trampa; con los pies tropecé en una barra, y entre los dedos tengo otra.

Agachóse Jovellanos, y tras él los demás, y notaron que bajo la nieve se alargaban dos varas duras como el hierro, paralelas.....

—Esto ha de ser un camino—dijo D. Gaspar;—tal vez los modernos atraviesan estas montañas de modo que á nosotros nos parecería milagroso si lo

viéramos..... Yo tengo escrito un viaje que llamo de *Madrid á Gijón*, y en él expreso el deseo de que algún día.....

—¡Jesús nos valga!.....—interrumpió Calderón; —entramos en un antro, en una cárcel..... aquí toco una pared fría que chorrea....., y aquí otra pared.....

—Entramos, por lo visto, en la cueva de un oso. Ya tenemos posada. Dios nos libre del huésped.....

Interrumpió á Quevedo y pasmó á todos un quejido terrible, intenso, que sonó lejos; un silbido ensordecedor y poderoso, de monstruo desconocido..... Y de repente vieron á gran distancia un punto rojo de luz, que se acercaba; y oyeron estrépito de cadenas y mil infernales choques de hierro contra hierro, bramidos horriblos. Un monstruo inmenso, negro, que se les echaba encima para devorarlos, les hizo, con el terror, caer en tierra. Todos se pegaron, cuan largos eran, á la fría pared que sudaba una asquerosa humedad. Los más cerraron los ojos; pero algunos, como fray Luis de León y Jovellanos, tuvieron ánimo para contemplar el peligro, y vieron pasar, como un relámpago, inmenso dragón negro, vomitando ascuas, rodeado de humo.....

—No hemos caído en la Tierra, sino en el infierno—dijo Quevedo cuando todos estuvieron en pie, algo menos asustados, si no tranquilos.

—Salgamos de esta cueva maldita, si podemos—propuso Tirso.

—Volvamos sobre nuestros pasos.....

—Sí, una honrosa retirada.

Salieron como pudieron de la cueva, antro ó lo que fuese; y no teniendo en las tinieblas modo de orientarse mejor, procuraron seguir la dirección que señalaban aquellas barras de hierro que de vez en cuando sentían bajo los pies.

—Esto es un camino, señores; no me cabe duda—dijo el autor del *Informe sobre la ley Agraria*.

—Un camino infernal.

—No, D. Francisco, un camino..... de hierro, pues hierro es esto que pisamos.

—Bien, pero cosa del diablo. ¿Cómo creéis que estemos en la Tierra? ¿Cria la Tierra monstruos como ese de fuego que por poco nos aplasta?

—¿Quién sabe—dijo fray Luis—si los pecados de los hombres han convertido el mundo en mansión de terribles fieras traídas del Averno?

—¡Y aquí venimos á buscar gloria mundana!

¡Y pensábamos que en la Tierra quedaría memoria de nosotros, y la Tierra es vivienda de sierpes y vestiglos! ¡Oh! ¿quién nos sacará de aquí?

—Sigamos, sigamos—dijo Tirso.

—Señores, atención—exclamó Lope, que iba delante con Jovellanos.—O el miedo me hace ver las estrellas, ó una brilla enfrente de nosotros.

—¿Estrella terrestre? Llámese candil.

—Sí—dijo Tirso;—allí una luz verde..... y más abajo, ¿no ven ustedes otra rojiza?.....

—Sí, y ésta parece que se mueve.....

—¡Ya lo creo! hacia nosotros viene..... ¿Qué hacemos?

—Señores, á fe de Quevedo, que me canso de ser cobarde; yo de aquí no me muevo; venga lo que viniere, más puede en mí el ansia de saber qué mundo es este y qué monstruos nos asustan, que el amor al pellejo.....

Nadie quiso ser menos valiente; y todos, á pie quieto, esperaron el terrible peligro desconocido que se acercaba.

La luz, cerca del suelo, avanzaba, avanzaba..... De repente, un silbido estridente hizo temblar el aire; cien ecos de los montes repitieron como un coro de quejidos prolongados el melancólico estrépito..... Aunque la obscuridad era tanta, pudieron nuestros héroes distinguir entre la nieve una masa negra que con marcha lenta y uniforme á ellos se acercaba.

Nadie se echó á tierra, nadie tembló, nadie cerró los ojos. Como inmenso gusano de luz, el monstruo tenía bajo la panza bastante claridad para que por ella se pudiera distinguir la extraña figura. Era un terrible unicornio, que por el cuerno negro arrojaba chispas y una columna de humo. Montado sobre el lomo de hierro llevaba un diablo, cuya cara negra pudieron vislumbrar á la luz de un farolillo con que el tal demonio parecía estar mirándole las pulgas á su cabalgadura infernal.....

Pasó la visión espantosa rozando casi con los asombrados inmortales, que, para no ser atropellados, tuvieron que retroceder un paso.....

Quevedo, decidido á ser quien era, y Jovellanos con ansia infinita de saber algo nuevo é inaudito, miraron con atención firme, cara á cara, el endriago que se les echaba encima, y los dos á un tiempo, en voz alta, sin darse cuenta de lo que hacían, exclamaron:

—«¡Tirso de Molina!»

—Presente—dijo el fraile.

—No es eso—exclamó el autor del *Buscón*.—
Es que en el lomo de ese monstruo de hierro que
acaba de pasar, á la luz del farolillo de aquel dia-
blo, he leído en letras de oro ... eso: *Tirso de Mo-*
lina.

—¿Mi nombre?

—Sí—dijo D. Gaspar.—Tirso de Molina; en
letras doradas, grandes. Yo lo leí también.

—¿Y qué debemos pensar?—preguntó Cano.

—Nada bueno—dijo Lope.

—Nada malo—dijo Quevedo.

En aquel momento, el monstruo, que se llama-
ba como el Maestro Téllez, retrocedía detenién-
dose pacífico, humilde, sin ruido, cerca de los pas-
mados huéspedes celestiales. «*Tirso de Molina*»,
leyeron todos en el costado del supuesto vestiglo.
Un hombre cubierto con un capote pardo, alum-
brándose con una linterna, pasó cerca, y se de-
tuvo á inspeccionar el raro artefacto, que por tal
lo empezó á tener Jovellanos, adivinando algo de
lo que era.

—Señores—dijo el desconocido en buen caste-
llano, al notar que varios caballeros, entre ellos
clérigos, y frailes algunos por lo visto, rodeaban
la máquina;—señores, al tren, que aquí se pára
muy poco.

—¿Al tren? ¿Y qué es eso?—preguntó Que-
vedo.

—Pero ¿dónde estamos?—dijo D. Gaspar.

—¿Pues no lo han oído? En Pajares.

Mediaron explicaciones. El mozo de estación
creyó que se las había con locos, y los dejó en la
obscuridad; pero Jovellanos fué atando cabos, y
sobre poco más ó menos, aquellos ilustres varones
supieron de qué se trataba.

Estaban en la Tierra; los hombres atravesaban
las montañas en máquinas rapidísimas, movidas
por el fuego, ¡y esas máquinas se llamaban....
como ellos! Aquélla, *Tirso de Molina*; otras, de
fijo, se llamarían Jovellanos, Quevedo, Cervan-
tes.... como los demás hijos ilustres de España.

—Señores—dijo D. Gaspar,—ya lo veis: el
mundo no está perdido, ni vosotros olvidados.
Ilustre poeta mercenario, ¿qué dice vuestra mer-
ced de esto? ¿Sábele tan mal que á este portento
de la ciencia y de la industria le hayan puesto los
hombres de este siglo el seudónimo glorioso de
Tirso de Molina?

Sonrió Tirso, y con toda sinceridad se declaró
satisfecho al encontrarse con tal tocayo.

—Verdad es que no lo siento. Pero á mal mun-
do hemos venido si queríamos para siempre cu-
rarnos de vanidades.

—¡Oh, quién sabe, quién sabe! Acaso no lo
sean—advirtió D. Gaspar.—La gloria que da el
mundo no es gloria; pero agradecer el recuerdo,
el cariño de los míseros mortales, acaso no sea in-
digno de los bienaventurados.

CLARÍN.

ENTRE EL RAMAJE.

Arriba el sol en llamaradas rojas
Envuelve el bosque, mas sus vivas llamas
Al pasar por los claros de las hojas
Toman el tono de las verdes ramas.

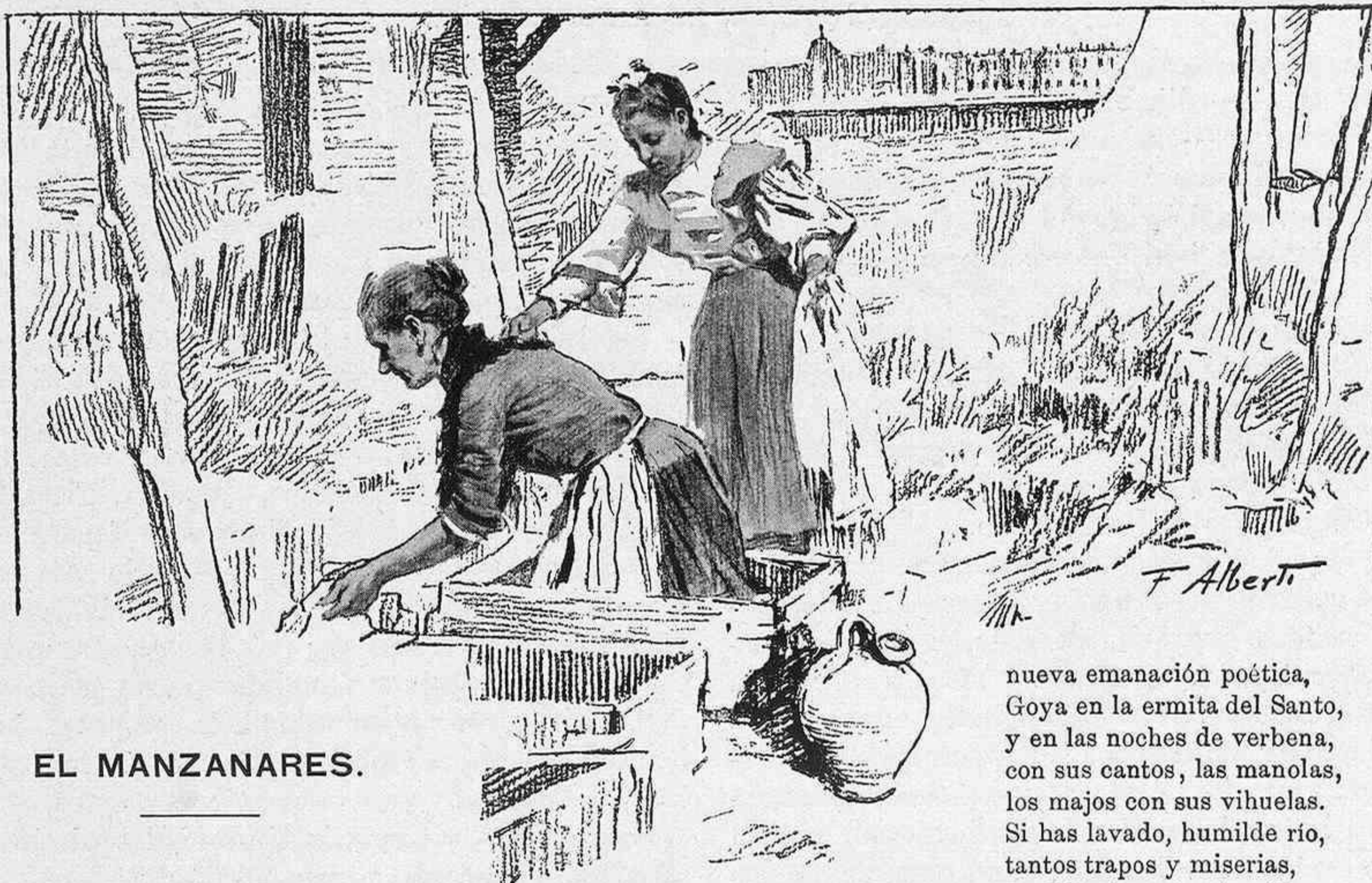
Todo reposa en el paraje umbrío,
Todo respira bienhechor descanso:
La luz, el aire, hasta el revuelto río
Se adornece en la curva del remanso.

Y allá, en el fondo, se levanta el grupo
De Psiquis y de Amor, siempre impasible,
Viviendo con la vida indefinible
Que un arte excelso transmitirle supo.

Y hoy y mañana pasarán las horas,
Y sobre el pedestal donde la yedra
Enlaza sus guirnaldas trepadoras
Con las hojas de acanto de la piedra,

En un abrazo interminable unidos
Y medio ocultos por ramaje espeso,
Psiquis y Amor en mármol esculpidos
Eternamente se darán un beso.

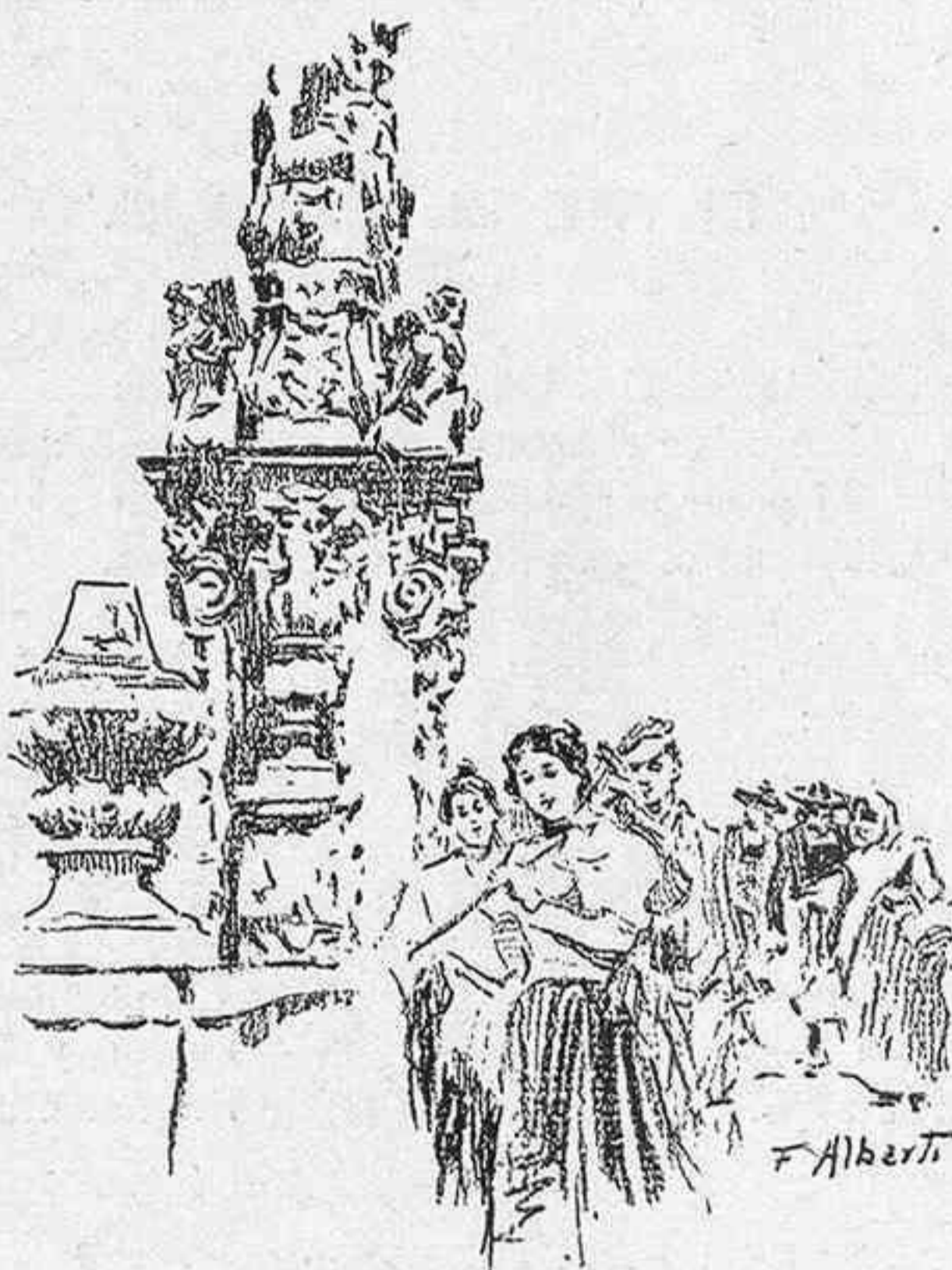
FRANCISCO A. DE ICAZA.



EL MANZANARES.

¡Cuántas burlas, pobre río,
te han rimado los poetas,
y las aguas que tú ocultas
cuántos ríos las quisieran!
No envidiabas al Jarama
ni te cegaba la arena
cuando el camello africano
bebía tus aguas frescas,
y encauzándolas el moro
por industriosas acequias,
con sus cautivos regaba
la hortaliza de tus huertas.
Libres corrían tus aguas
y se ensanchaba tu vega,
cuando el botín de las Navas
viste en cargadas acémilas
de filigranas moriscas
arneses, armas y tiendas,
de ricos cueros de Córdoba
y de alcatifas de Persia.
Libres labraban sus mieles
en los troncos las abejas,
y en tus márgenes crecían
la carrasca y la maleza,
cuando el montero cruzaba
por sus agrestes veredas,
el cuchillo á la cintura
y en el hombro la ballesta.
Fuiste río cortesano,
y en tus orillas risueñas
trazó el arte sus jardines
y sus fuentes y alamedas;
y entre sus calles de flores
hallaron amor las bellas,
aventuras los galanes
y los ingenios comedias.

Parque y jardines cegó
tosco murallón de tierra,
y la gracia de tu orilla
y las curvas de sus cuevas:
sólo en la Virgen del Puerto
como testimonio quedan
algunos álamos blancos
de aquella margen izquierda.
Triunfó de la poesía
la industria en la carretera,
y llevaron al camino



nueva emanación poética,
Goya en la ermita del Santo,
y en las noches de verbena,
con sus cantos, las manolas,
los majos con sus vihuelas.
Si has lavado, humilde río,
tantos trapos y miserias,
también lavaste otros lienzos
que nuestra historia compendian:
los alquiceles morunos,
sayales de penitencia,
las golas encañonadas
y las tocas de las dueñas;
la venda que el dos de Mayo
ciñó la herida sangrienta,
el oloroso pañuelo
arrojado de una reja,
la sobrepelliz rizada
que vistió Lope de Vega,
y la almohada en que expiró
Miguel Cervantes Saavedra.
No me extraña, Manzanares,
que halles tu cárcel estrecha,
y te irriten tantas burlas
y te afrente tu pobreza;
y en esos días de cólera
sacudiendo tu melena,
corras inundando campos
y arrastrando cuanto encuentras:
no te burlara ninguno
si en tales días te viera:
esos tus puentes, tachados
de ridícula grandeza,
se afirman en los estribos,
redoblan su resistencia,
y al ímpetu de tus aguas
gimen sus moles de piedra.

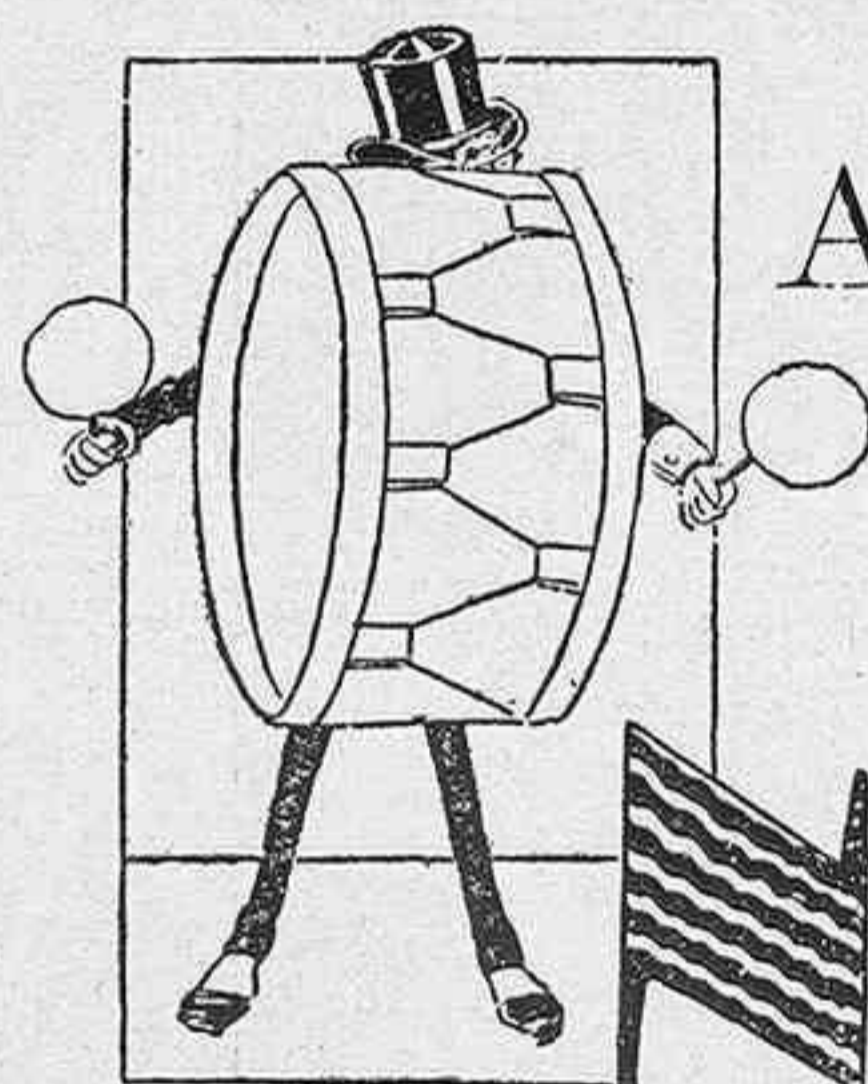
JOSÉ FERNÁNDEZ BREMÓN.



POR EL HILO SE SACA EL OVILLO.

Quadro de Mark.

EL VENGAADOR.



Así le titulaban sus compañeros, y aun alguno se excedía, denominándole *Guillermo Tal y Cual*.

Era un hombre honrado y justo en su clase, y poseía una voz—en la imposibilidad de poseer dos;—voz cosmopolita, según él, porque lo mismo cantaba en italiano que en lengua castellana, que hubiera cantado en inglés de teatro.

—Treinta años llevo, día por día, cantando sin descansar, ni Dios lo permita—decía él,—porque el descanso sería la muerte por desafinación ó por inanición. Yo soy un ruiseñor ronco, para quien cantar es vivir.

Había conocido en su infancia artística á todos los fenómenos cantantes.

—A todos los que llenan con su fama treinta años de la historia musical en la raza latina—continuaba Gómez.—He tuteado á Gayarre, al verdadero monstruo de los tenores de ópera. ¡Pobre amigo! ¡Cuántas veces, viéndose ya en el apogeo de su gloria y yo de corista raso como me conoció, estrechaba mi mano derecha entre las suyas, y al mismo tiempo que me demostraba su cariño, depositaba en ella el óbolo de la amistad, con que acudía á mi *déficit* constante!

—¿Y á Masini? ¿Trataba usted á Masini?—le preguntaba algún compañero.

—Y á Bettini, y á Fraschini, y á Stagno, no de tú, pero con alguna intimidad..... relativa. De Adelina Patti, no tengo que decir. ¡Más besos la he dado!.....

—¿Eh?

—Cuando era niña, por supuesto. ¿Y á Tamberlick? ¡Ah!

—¿También besaba usted á Tamberlick?

—No, señor; quiero decir que le traté con intimidad, como á un amigo, como á un compañero internacional.

—¿Ha cantado usted con todos ellos?

—Á un tiempo, no, señor, porque no hubiéramos cabido todos en el escenario; he cantado con cada uno de ellos, sin propasarme: ellos en su puesto y yo en el coro.

—¿Quién es más antiguo, usted ó Pavón?—le preguntaron un día en el teatro de la Zarzuela.

—Pavón es de la época romana—contestó.

Gómez se vió obligado á cambiar de idioma, porque la nueva Empresa que tomó en arriendo el teatro Real le dejó como excedente de cupo.

Entonces se lanzó á la zarzuela española.

Debutó como artista español en el teatro de la calle de Jovellanos.

—No me acostumbro á cantar en castellano y entre estos «cantaores»—solía decir.—Hay tiple que, más que canta, se queja de dolor de muelas rabioso; tenor, que bala; barítono, que rechina como puerta cochera; bajo, que con las notas graves puede helar el agua de un botijo.

Una enfermedad «inoportuna» impidió á Gómez contratarse en Jovellanos una temporada.

Cuando, ya restablecido, se presentó á D. Francisco Salas, le dijo éste:

—Ea, pues, á ponerse bueno, Gómez, para el año que viene, porque esta temporada va ya casi á la mitad y la plaza de usted la tiene otro.

—¡La plaza!—murmuró Gómez;—¡como si se tratara de un aguador!

Tuvo la suerte, no digamos que buena, de

verse solicitado por una Empresa para «vocear» en algunos teatros de segundo y de tercer orden en varias provincias.

En una Compañía de zarzuela, movilizada, para «hacer una *tournee*», que decía el «agente».

Gómez admitió la proposición por no morir de «desafinación», según él.

—¡Ya tengo salidas, como los toreros!

En todos los teatros era el caudillo de las masas corales, el jefe de la rebelión, por lo menos de palabra.

Murmuraba de la Empresa, de las partes principales, de la charanga, según clasificaba á la orquesta.

Y en caso de suspensión de pagos.... ¡Ah! nunca se había visto en semejante caso....., hasta entonces.

Entonces, cuando salió contratado, con otras voces igualmente necesitadas, para cantar ó para acompañar zarzuelas, clásicas ó románticas, en teatros de tercero, cuarto y último orden social.

Gómez presintió la catástrofe.

La Empresa se retrasó en una quincena al cuarto mes.

La Compañía, con el mismo empresario, se trasladó á pie al teatro de otra población próxima.

Llevaban bagajes; pollinos con los baúles de los artistas.

Parecía aquello una conducción de presos á cualquier penal.

El pueblo recibió, casi en masa, á los actores, y las primeras autoridades les prestaron los auxilios que su estado reclamaba.

Á las primeras representaciones acudió la población.

Pero dieron en decir, personajes influyentes en la localidad y el periódico que allí veía media luz pública, que las tiples parecían gatas doloridas, y que el tenor cantaba con sordina, y que el coro era una manada de lobos de ambos sexos, y nadie volvió al teatro, aunque llegaron á anunciar diez y ocho actos por noche, á beneficio del público y á precio de una sola función natural.

Y adiós la segunda quincena.

Y vuelta á peregrinar y á presentarse en otro teatro de una población importante.

Corría la tercera quincena: el empresario se escudaba con los gastos de traslación de la Compañía.

Gómez habló á los artistas una mañana en el ensayo.

Ocho funciones habían dado con ocho llenos.

La primera tiple «gustaba» allí como la Nevada, ó como la lluvia en tiempo de siembra.

El tenor era para ellos Rubini resucitado, y los coros de ángeles terrestres, y todo magnífico.

El empresario seguía reservado.

—Esto no puede continuar así—habló Gómez; —nuestros sacrificios son estériles. Ustedes ven cómo visto yo las obras, aunque parezca inmodestia: en *La cacería real* saco un vestido de mi propiedad y conforme al figurín de Velázquez. Me esmero en el cumplimiento de mi deber, como todos vosotros, para que cumplan los demás.

Quedamos conformes—decía Gómez,—y yo fui el encargado de la venganza; hablé con el empresario, y me ofreció cinco pesetas, en secreto, para mis primeras necesidades; rechacé indignado la oferta, y acudí á la defensa de nuestros intereses vulnerados.

Aquella noche cantábamos *Catalina*, debiendo en la fonda nueve días de pupilaje.

En el intermedio del segundo al tercer acto mandé levantar la cortina, y me presenté en el escenario con mi vestido de cosaco auténtico.

Los músicos corrieron á colocarse en su puesto, requiriendo los instrumentos, aunque extrañándose de que empezara el acto sin previo aviso.

Yo impuse silencio por señas, y se hizo el silencio.

—«Respetable público—dije con voz entonada, llena, pastosa y vocalizando perfectamente.— Hemos sido víctimas de una Empresa desnaturalizada. Ahí tenéis á vuestra simpática *diva*; ahí veis al imponderable ruiñeñor de nacimiento; allí al barítono excelso y excelente; más allá al bajo horrisono; acullá los cuerpos de señoritas y los de caballeros del coro; seres inocentes las unas, hombres serios los otros. Se nos debe tres quincenas de nuestros modestos haberes. ¡Tres quincenas!»

Hubo rumores en la sala.

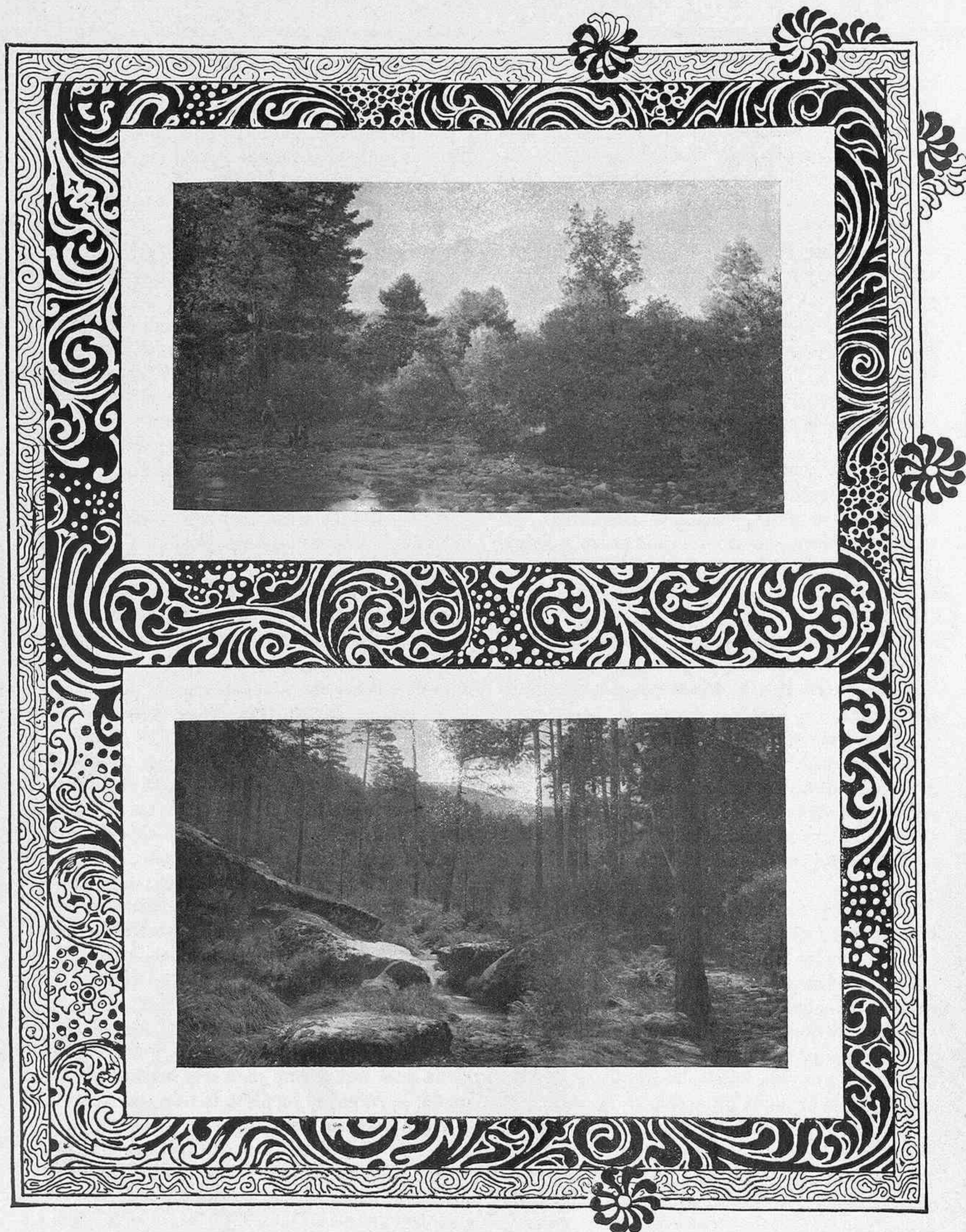
—«¡Tres quincenas! ¿Sabéis lo que eso representa para uno y aun para más artistas? La desdicha, la ruina, el hambre, la miseria.»

Aquí aplausos unánimes.

—«¡Ah! ¿Qué recurso nos queda?.... Hemos hecho vuestras delicias durante diez noches; ¿y qué? No hemos sacado en limpio sino el placer de oír vuestros aplausos en algunas ocasiones. ¿Qué haremos?»

Y uno del gallinero respondió:





PAISAJES DE LA SIERRA.

(De fotografías del Sr. D. Manuel Suárez Espada.)

—«Cógele al impresario y mátele.»

No hay que decir que el empresario desapareció de la localidad.

Y Gómez tuvo que escapar, porque sus compañeros, irritados contra él, le atribuían la fuga del capitalista.

Gómez volvió al vivero de artistas, á Madrid, y logró «entrar» en el coro de Arderius.

A poco tiempo, en el cuarto del vestuario de caballeros pronunciaba discursos referentes al arte y al cuerpo de coros con relación á las Empresas.

Poco á poco se declaró jefe.

Paco Arderius le trataba con cierto respeto cómico.

—¡Hola, señor Gómez!

—Beso á usted su mano, D. Francisco—respondía éste algo escamado, suponiendo, con razón, que Arderius conocería las murmuraciones.

—¿Cómo va la vida?

—Arreglada á las dos pesetas de sueldo.

—Ya mejorará; le daré á usted algún pape-lito.

—Como usted guste; condiciones no me faltan, á Dios gracias.

Una noche, ¡noche terrible!.....

Había caído una copiosa nevada en Madrid.

La Compañía de Arderius funcionaba en el teatro del Circo, donde hoy está situado el de Parish.

Cantaban por entonces *Pepe-Hillo*, zarzuela del maestro Cereceda y letra de Puente y Brañas.

El toro de guardarropía que sacaban en la obra á escena estaba muy bien imitado.

En el cuarto de Paco se había referido sinnúmero de lances taurinos.

Entre los concurrentes estaba un torero muy popular en Madrid.

No se supo ó no se dijo quién colocó, al doblar la esquina de la calle de las Infantas, el toro de *Pepe-Hillo*.

Cuando salieron de la reunión los concurrentes, con la impresión de la fuga de un toro que había ocurrido noches antes, y después de terminada la función, según costumbre, oyeron voces en la calle de las Infantas, al desembocar en ella.

Gómez, á quien habían entretenido aquella noche, iba delante con el torero.

—¿Qué será eso?—preguntó uno.

—¿Será otro toro?

Doblaron la esquina los dos sujetos, y al ver al animal, gritaban á dúo:

—¡El toro! ¡El toro!

Y el *diestro* salió corriendo calle abajo en dirección á la del Barquillo, y Gómez cayó al suelo diciendo en tono lastimero:

—¡Muerto soy! ¡Aquí, aquí!

E indicaba el sitio de la cornada, según él sentía.

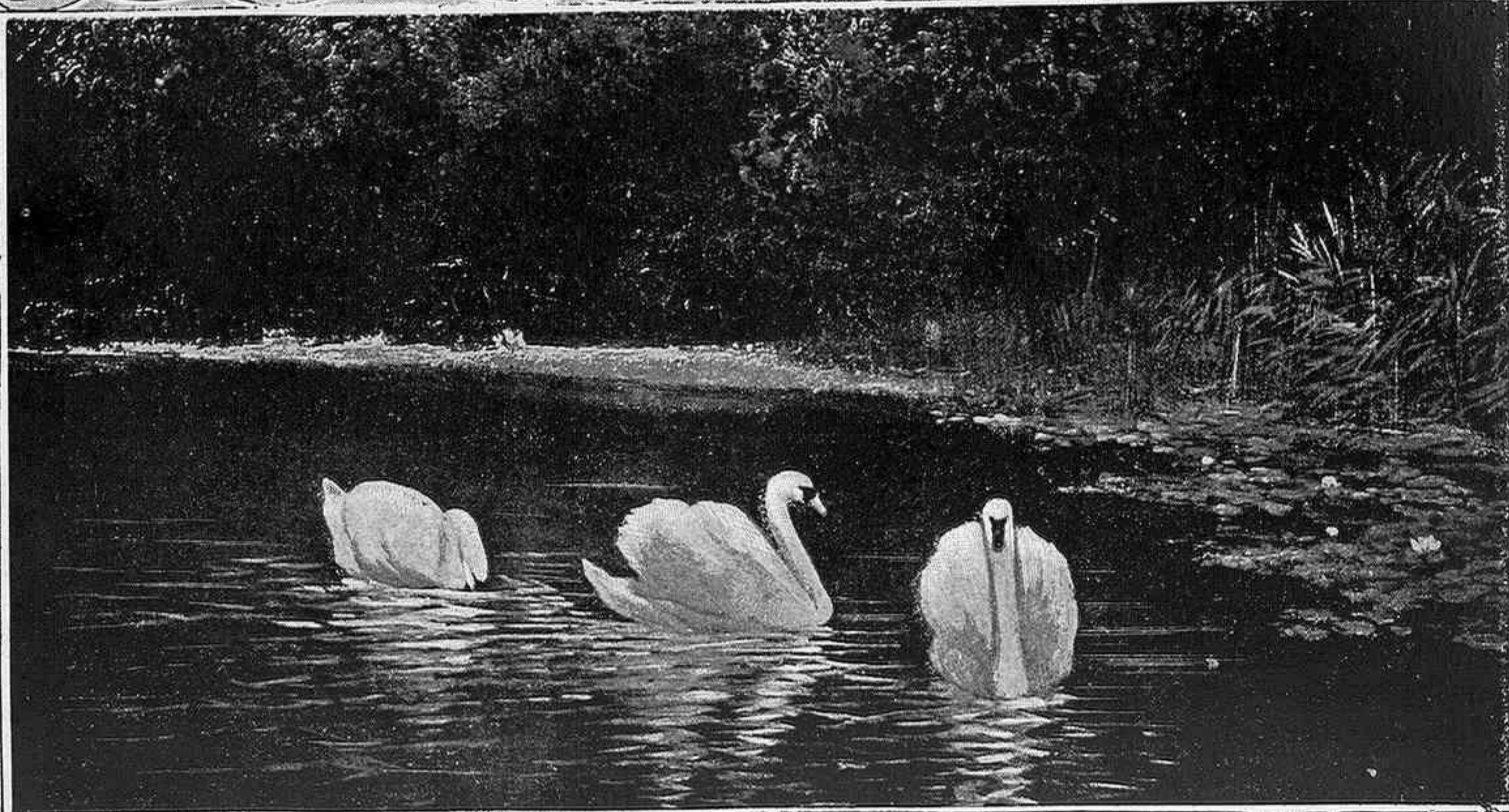
Costó no poco trabajo á los de la broma, que no podían contener la risa, convencer á Gómez de que se hallaba sano y salvo.

Cuando se convenció, murmuró para sí:

—¡Me vengaré!

EDUARDO DE PALACIO.





EL LAGO.

Un lago es como un alma; en sus cristales
Claros su historia y su destino leo,
Si los agita en ondas desiguales,
Cual cisne melancólico, el deseo.

Del lago la pureza y la hermosura,
Su triste soledad, su dulce calma,
En eslabios de amor y de ventura
Truncan el duelo y la inquietud del alma.

Sombra y silencio reinan en la mía,
No responden los cisnes á mi halago,
Y pacen mi esperanza y mi alegría
En el fondo del lago!

P.



¡NUBES!
Cuadro de Emilio Sala.

EL DRAMA DEL NÚMERO 13.

EPISODIO DE VIAJE.



I.

—A LA noche ha pasado usted, mi General.

—¡Horrible! Tosiendo sin cesar un momento.

—Ya lo he oído, ya.

—Entonces debería usted decir: mala noche hemos pasado.

—Cierto que sí; pero, ¡qué remedio! Estas casas están acondicionadas de tal manera que se oye hasta el más leve ruido de un cuarto á otro.

—Cuéntemelo usted á mí—dijo un caballero que hasta aquel momento no había tomado parte en la conversación;—á mí, que tengo en la habitación inmediata un matrimonio nuevo, positivamente en la luna de miel.

—¡Ja, ja, ja!

—Al diablo se le ocurre venir á pasarla en un establecimiento balneario.

—Necesidades de la salud.

—Pues cuando se anda mal de salud, nadie debe casarse.

—Ni cuando se anda bien—añadió sentenciosamente el General.

—Al edificar estas fondas debieran tener más en cuenta lo molesto de la forzosa comunicación que establecen las puertas cerradas sólo con un simple pestillo.

—Es inevitable—dijo un señor ya entrado en años y muy gordo, que se abanicaba sin cesar con su sombrero de paja,—porque estando así los cuartos se facilita la colocación de familias cuyos individuos desean vivir juntos. Si el dueño del

establecimiento tuviera la seguridad de que únicamente vinieran matrimonios ó bañistas sueltos, poco le importaría el cerrar los tabiques.

—De todas maneras hay que confesar que es desagradable enterar al vecino hasta de cuando uno estornuda.

—Señores, aseguro á ustedes—dijo entonces el Marqués—que esa comunicación es hasta peligrosa en muchos casos. Yo pude ser víctima de ella, y hasta temí verme envuelto en un proceso criminal.

—¿De veras?

—Como ustedes lo oyen. Les referiré mi aventura, que no puede ser más dramática. Todavía cuando la recuerdo siento escalofríos de terror.

—Cuenta usted, cuenta usted.

El interés de la historia anunciada apretó el grupo de diez ó doce bañistas que en el jardín de las termas, y esperando la hora de la comida, tomaban el fresco en el jardín, resguardados del sol por las ramas de unos copudos tilos.

El Marqués, satisfecho con la curiosidad del auditorio, refirió lo siguiente:

II.

—Hace de esto veinticinco años, y otros tantos contaba yo entonces de edad. Viajaba por recreo, solo, con dinero sobrante y con la alegría de la juventud.

Había recorrido Francia, Italia, Inglaterra, Alemania; pero no conocía Holanda, y allá me fuí.



OTOÑO.
Por King.

Mi costumbre, contraria á la de casi todos los viajeros, era buscar siempre, donde quiera que iba, los hoteles en que no hubiera anunciado, por lo menos, intérprete que hablase alguno de los idiomas que yo poseía.

Me divertían mucho los cómicos conflictos en que me encontraba por lograr hacerme entender. Ese era uno de mis mayores goces; caprichos de la juventud que no se conciben ya en la edad madura.

Dominaba yo, puede decirse, el francés y el italiano, entendía el inglés; pero desconocía en absoluto las otras lenguas que se hablan en Europa, lo cual fué causa de que me viese en Alemania en algunos apuros. En Holanda podía sucederme lo mismo, y eso me seducía.

Llegué á Rotterdam de noche. Llovía sin cesar, y aunque era á fin de Julio, la temperatura parecía de Octubre. Un viento frío y húmedo penetraba en la estación del ferrocarril, á cuya puerta, cuando yo salía llevando la maleta, mi único equipaje, gritaban en distintos idiomas varios dependientes de las fondas, solicitando huéspedes entre los viajeros.

Me separé, según costumbre, de los que preguntaban sus establecimientos en idiomas que yo conocía, y entregué la maleta á un joven colorado y rubio, tipo del país, que hablaba algo que debía de ser holandés, y que, vestido con un traje azul oscuro con adornos de cinta roja, ostentaba sobre la descomunal visera de la gorra este letrero: *Hotel Oppendoc.*

Me acompañó hasta un carruaje en cuya traseca se leía el mismo anuncio; me acomodé en un asiento; contesté por señas que no á una pregunta que me hizo y que supuse referente á si traía más equipaje; cerró mi guía la portezuela; ascendió ligero al pescante, donde se sentó junto al conductor, y partimos arrastrados por dos hermosos caballos blancos.

—¡Qué memoria tan feliz, querido Marqués!— Recuerda usted todos los detalles como si fuera de hace pocos días.

—Lo mismo. Todo aquello que tiene relación con algo que conmueve de veras no se me olvida nunca. Y aseguro á ustedes que la aventura de Rotterdam ha sido en mi vida de lo que más me ha impresionado.

—Adelante, adelante.

—Las calles de las grandes poblaciones, vistas en una noche lluviosa y oscura, á través de los

cristales de un coche que va de prisa, se parecen todas. Desfilaban ante mis ojos focos de luz deslumbradora que salían de tiendas y cafés, masas negras de edificios muy grandes que se destacaban entre la sombra, transeúntes con paraguas, carruajes que pasaban á escape produciendo ruido ensordecedor, y de cuando en cuando los árboles, las estatuas y los bancos de algún paseo.

Al cabo de pocos minutos paramos ante el hotel. Subí al cuarto que me destinaron en el piso principal, núm. 12, que, como casi todos los de las fondas, comunicaba con los dos inmediatos por dos puertas cerradas sólo con el pasador.

La habitación no tenía más muebles que la cama, una mesa de noche, dos butacas, un armario con espejo, el lavabo, cuatro sillas y un velador, sobre el cual había un candelabro con tres bujías.

—Oiga usted, Marqués—dijo interrumpiendo la relación el bañista jovencito;— observo que lleva usted dos malos agujeros indicados en lo que va refiriendo.

—¿Cuáles?

—¡Estaba usted junto al núm. 13, y alumbraban la habitación tres velas! Todos eran presagios de algo muy funesto.

—Pues sí que lo fueron en aquel caso, aunque yo no crea semejantes boberías.

—Siga usted, siga usted—exclamaron los otros oyentes, deseosos de que continuase la relación sin más interrupciones.

—Después de cambiar de traje y de asearme á la ligera, porque tenía un apetito voraz, bajé al comedor y me senté á la mesa redonda. Por lo visto había pasado ya la hora de costumbre, pues los camareros limpiaban los manteles y recogían los restos de la comida. Sin embargo, había tres sitios preparados: el mío y otros dos enfrente.

Para servirme esperaban sin duda los camareros á los comensales que faltaban. Por fortuna llegaron pronto, y me saludaron al entrar con un leve movimiento de cabeza.

Eran un caballero y una señorita. Él contaría unos cincuenta años, de elevada estatura, grueso en proporción, iba completamente afeitado y tenía el semblante duro y serio. Gastaba cabellera bastante crecida, ya entrecana, que habría sido rubia, y vestía con natural elegancia. El aspecto de aquel hombre, sin embargo, me fué repulsivo. Acaso influyese en esto su nariz, muy gruesa y colorada.



JUAN GALLO

Cuadro de Mantegazza.

La señorita, joven y hermosa..... ¡Parece que aun la veo! Era de esas figuras que no se olvidan: delgada, pálida, con ojos azules claros, de mirar melancólico: una Ofelia de nuestros tiempos. Vestía traje sencillo, obscuro, y para sentarse á la mesa se quitó los guantes, mostrando las manos tan blancas y finas que parecían de marfil.

El hombre y la mujer formaban vivísimo contraste: en él todo indicaba fuerza, brusquedad, altanería; en ella debilidad, mansedumbre y dulzura.

Durante la comida les observé con atención. Ella parecía haber llorado, tenía las ojeras muy marcadas, y á las palabras que él la dirigía en voz baja contestaba sólo con monosílabos. Hablaban en italiano.

Comió él con voracidad, mientras ella casi no probó de ningún plato.

Engullía yo en silencio aquellos manjares extraños, que por el apetito me parecían deliciosos, y pensaba á la vez si mis compañeros de comedor serían matrimonio ó hija y padre.

Acabaron antes que yo, levantáronse silenciosos, volvieron á saludarme con la cabeza, y antes de salir, al colocar él un abrigo sobre los hombros de ella, oí que la decía, en italiano también, y ya en voz alta:

—Daremos una vuelta para no encerrarnos tan pronto, ¿eh?

—Como gustes—contestó ella con un timbre argentino, dulcemente sonoro.

Se apoyó en el brazo de él y salieron.

Yo, volviendo sin disimulo la cabeza, la seguí con la mirada, recreándome en aquella esbeltez de su cuerpo, en aquella elegancia suprema de toda su figura. Repito á ustedes que yo tenía veinticinco años, la edad en que los ojos embellecen todo lo que miran. Además, era un poquito soñador y romántico, y hasta tenía mis aficiones de poeta. Así comprenderán ustedes la impresión que me produjo aquella mujer seductora, á quien rodeó de misterios y encantos mi soñadora imaginación. La supuse víctima de aquel hombre tan brusco y tan grande, con aquella nariz tan encendida, su esposo sin duda; un tirano cruel con quien la habrían unido á la fuerza..... Forjé la historia á mi gusto entre las bocanadas de humo de un cigarro que fumé, aprovechando la soledad del comedor, mientras tomaba el té sorbo á sorbo.

Un mozo recogía los platos de encima de la mesa y la limpiaba muy de prisa, como indican-

do que debía irme, en tanto que yo empezaba á entregarme á ciertos ensueños amorosos, entornando los párpados para reproducir en la imaginación la figura de aquella interesante mujer, á quien acaso no volvería á ver nunca.

De pronto se me ocurrió preguntar en francés al camarero:

—Diga usted, ¿viven en la fonda esa señora y ese caballero que han comido ahí?

El mozo se sonrió, encogiéndose de hombros, é indicó que no me comprendía; pero con otro movimiento me hizo luego entender que esperase, y salió del comedor casi corriendo. Un instante después se me presentó otro camarero y me preguntó en francés:

—¿Qué deseaba el señor?

Comprendí que era una impertinencia haberle hecho venir para interrogarle sobre aquello que no debía importarme y que podía ser indiscreto, y le pregunté no sé qué otra cosa para salir del paso. Después subí á mi habitación, me acosté, y á los pocos momentos dormía con ese sueño apacible y profundo de quien se recrea entre las sábanas, después de dos noches pasadas sin desnudarse sobre los duros almohadones del vagón.

III.

—No sé qué hora sería—prosiguió el Marqués tras un breve descanso, durante el cual hicieron comentarios los bañistas sobre la figura ideal de la viajera—cuando me desperté sobresaltado al sonar un golpe muy fuerte, producido sin duda por un mueble que habían derribado en la habitación inmediata á mi derecha, es decir, en el número 13.

Allí seguramente ocurría una escena violentísima. Dos personas disputaban muy bajito, como si procurasen no ser oídas. Las conocí al momento: la voz bronca del hombre y la dulcísima de la mujer me persuadieron de quiénes eran.

—No—decía él en italiano, con reconcentrada furia, con acento terrible,—no, y mil veces no. ¿Creías engañarme con tus halagos, con tu falsía hipócrita?

—¡Perdón, perdón!—repetía ella muchas veces entre ahogados sollozos, suplicante y acongojada.

—No—proseguía él, cuya voz retumbaba como un trueno lejano;—tu vileza no tiene igual. ¡Infame! ¡Traidora!

Luego sonó ruido de lucha. Salté de la cama. En medio de la obscuridad se veía un rayo de luz que penetraba por una rendija de la puerta de comunicación entre mi cuarto y el otro. Me acerqué, miré, y lo que vi me dejó atónito.

El hombre cogía por el cuello á la mujer, que se resistía. Un instante no más pude ver casi completo el perfil de aquellos dos rostros, que no he logrado nunca olvidar. El del hombre, fiero, descompuesto, con la mueca espantosa de la cólera; el de la mujer con la expresión del terror, con aquellos ojos azules muy abiertos y con aquellos labios balbucientes y trémulos..... Desaparecieron de mi vista aquellas dos figuras siniestras, y oí á la mujer que, con la voz muy apagada, entre un estertor seco, decía:

—¡Favor! ¡Socorro!

—¡Así, así!—exclamó entonces él, ya en alta voz y con expresión de cruel regocijo.

Y cuando me disponía á derribar la puerta para acudir en auxilio de aquella desdichada mujer, sonó el ruido de un cuerpo que se desplomaba sobre el suelo. Entonces se me nubló la vista, me flaquearon las piernas y caí sin sentido.

—¡Qué horror!—exclamaron todos los bañistas.

—Todavía me estremezco al recordarlo.

—Siga usted, siga usted.

IV.

Cuando volví en mí apenas pude darme cuenta de lo que había visto. A no encontrarme tendido sobre el suelo, junto á aquella puerta, lo hubiera creído todo una pesadilla. En el cuarto inmediato no había ya luz, y reinaba un silencio de muerte.

Mi primera intención, en medio de la ansiedad y la zozobra que sentía, fué llamar, hacer que viniese alguien y referir cuanto había visto; pero luego reflexioné lo peligroso que podía ser para mí el confesarme testigo de aquel crimen. Ese miedo que los españoles tenemos, con razón en nuestro país, á los procedimientos de la justicia, sin duda influyó mucho en mi resolución de callar para no verme envuelto en un proceso, en tierra extraña, donde acaso, contra mi voluntad, me obligarían á permanecer mucho tiempo.

Pensé, además, en algo de lo que podía haber sucedido. El crimen se había consumado sin duda, y era ya, por tanto, inevitable; el asesino tal vez habría escapado después de cometerlo. Aquel si-

lencio y aquella obscuridad en la habitación así parecían indicarlo..... Si él no se presentaba ó no conseguían capturarlo pronto, sabe Dios hasta cuándo no se pondría en claro todo lo sucedido.

Resolví, pues, marchar en cuanto amaneciera, sin decir á nadie una palabra si, como parecía, ignoraban aún en la fonda el horrible suceso y no me obligaban á intervenir en las averiguaciones.

Consulté la guía de ferrocarriles, y vi que salía un tren á las cinco de la mañana. En él marché á París sin desayunarme siquiera, dominado todavía por la impresión de aquella escena pavorosa.

Leí con avidez cuanto dijeron de Holanda aquellos días los periódicos franceses; pero en ninguno encontré nada que se refiriese al crimen de Rotterdam.

—¡Es raro!—exclamó el General,—porque un asesinato cometido así en un establecimiento público no quedaría oculto seguramente.

—No, señor, no—dijo el Marqués;—¡qué había de quedar! Todo se descubrió, y yo mismo, dos años más tarde, providencialmente puede decirse, casi presencié el castigo del criminal.

—¡Es posible!

—¿Cómo?

—Continúe usted—dijeron los oyentes, cada vez más interesados en el relato.

V.

Llevaba yo en Florencia más de dos meses sin cansarme de admirar monumentos famosos. En mis visitas diarias á iglesias, museos y palacios, conocí al hijo de los Condes de Falerno, joven de exquisita cultura, cuyo carácter armonizó bien pronto con el mío.

Un día me invitó para asistir á la gran fiesta con que sus padres celebraban sus bodas de plata. Verificábase por la noche, y debía comenzar á las nueve en punto; pero una jaqueca pertinaz y violenta, de las que todavía padezco y por las que vengo á tomar estas aguas, me obligó á acostarme al anochecer.

Siempre me alivio con el sueño, y habría dormido tres ó cuatro horas, cuando me desperté sin dolor alguno. Miré el reloj: eran las diez y media.

—Todavía hay tiempo—pensé—de asistir á la fiesta, que no habrá terminado, y de probar que mi falta no es descortesía.

Me vestí de etiqueta, con toda la rapidez posi-

ble, salí de la fonda, y me dirigí á la casa de mi amigo, verdadero palacio lleno de preciosidades artísticas, según pude ver aquella noche, y de las cuales, por modestia sin duda, no me había hablado ni una sola vez.

Cuando, después de subir la monumental escalera de mármol blanco, adornada con estatuas, flores y palmeras, llegué al piso principal, no dejó de extrañarme ver desiertos aquellos salones, donde admiraba la profusión de notables cuadros antiguos y de bronce soberbios.

No se oía música, ni el ruido característico de esas reuniones numerosas: los criados, con lujosas libreas, mudos y fijos, me habrían parecido estatuas á no ser por la reverente inclinación de cabeza con que me saludaban.

Recorrí, sin encontrar más gente, seis ú ocho habitaciones, en que me detenía por instinto contemplando los muebles riquísimos, las lámparas de cristal veneciano, las porcelanas, los tapices, todo, en fin, artístico y suntuoso, digno de una morada regia.

Por fin, más sorprendido cada vez de aquel silencio y aquella soledad, impropios de una fiesta, pregunté á un criado.

—Toda la gente está ahora en el salón grande —me dijo.—Siga el señor por ahí hasta el final de la galería.

Cuando llegué al sitio indicado vi en el fondo un grupo de caballeros que, de espaldas á mí,

como si presenciaran algo muy interesante, cerraba por completo el hueco de una gran puerta, avanzando hacia el interior sus cabezas casi apiñadas.

Entonces me quedé mudo por el espanto: un estremecimiento agitó mi cuerpo, y sentí frío mortal, que paralizaba mi sangre.

En medio de aquel silencio solemne oí dos voces que me aterraron: aquellas dos de la fonda de Rotterdam, las mismas; pero más fuertes, más violentas, sin recatarse ya de que las oyesen. Y repetían como entonces:

—¡Infame! ¡Traidora!

—¡Por Dios! Escucha.....

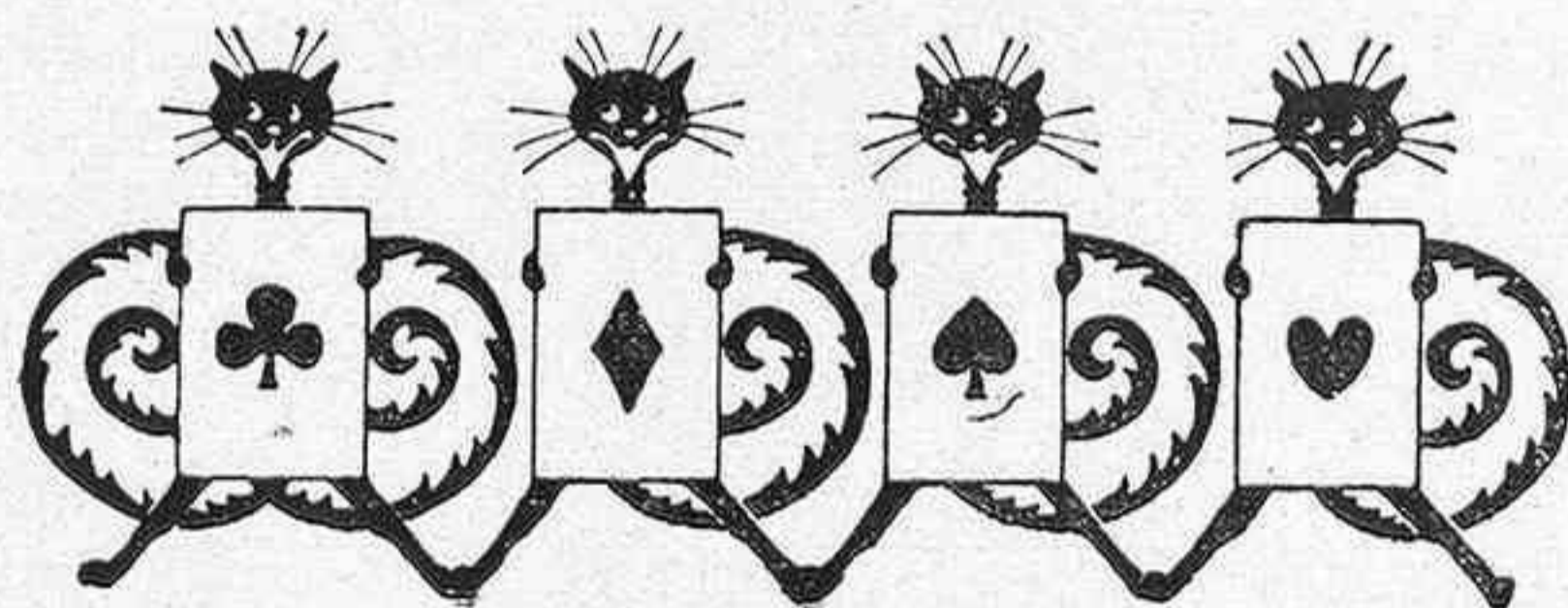
—¡No, y mil veces no!

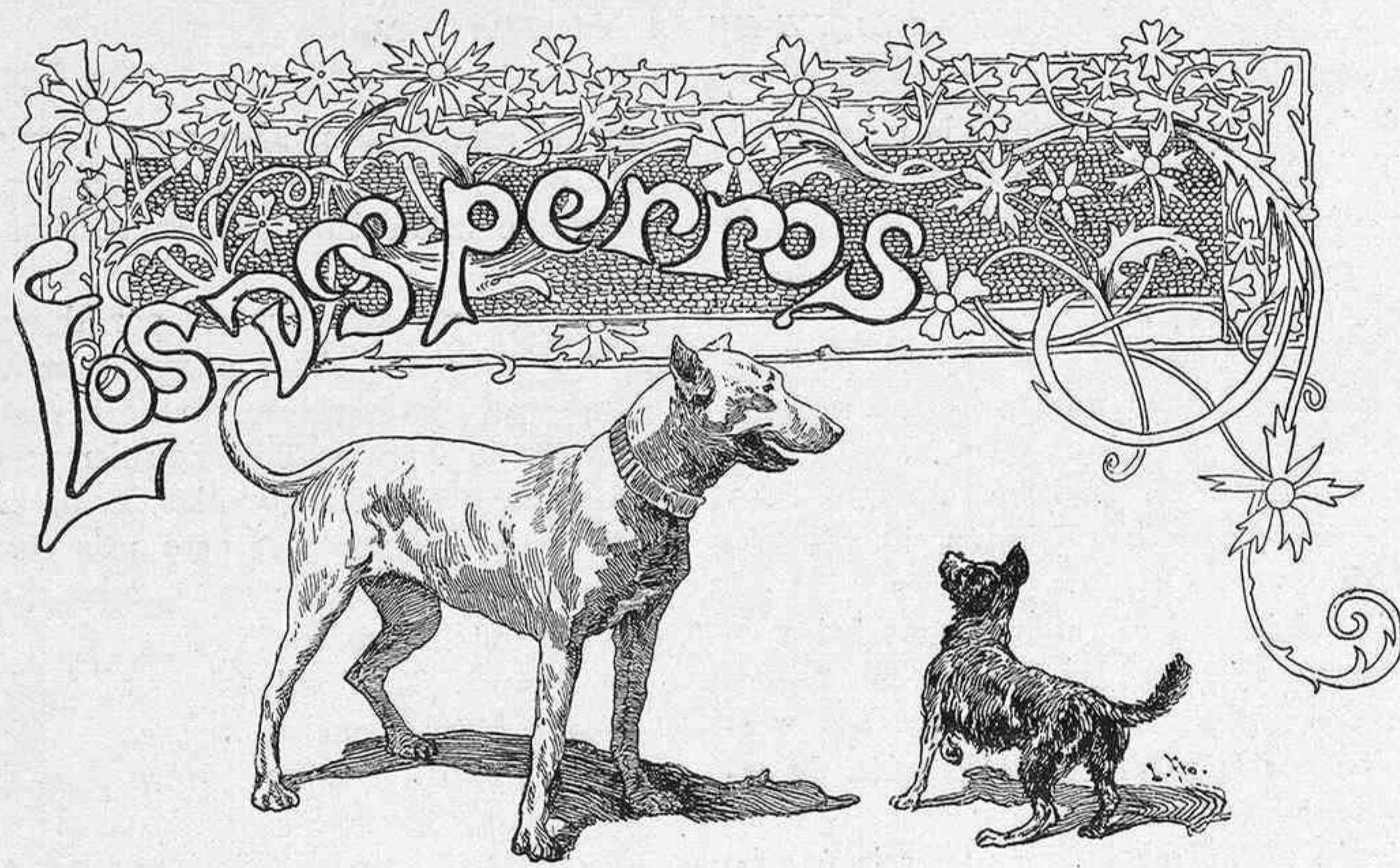
—¡Favor! ¡Socorro!

Y el mismo horrible estertor seco, y aquel grito de espantosa agonía, y, como en la fonda, en el mismo instante, creyéndome presa de un delirio, caí desplomado sobre el suelo.

Rodeado por la concurrencia, á la cual había sorprendido mi accidente, recobré el sentido á los pocos momentos, y supe que los Condes de Falerio habían querido obsequiar á la aristocrática sociedad florentina con aquella representación de un drama interpretado por el famoso trágico Talvini, que al día siguiente debía comenzar su temporada en el teatro de la ciudad.

MIGUEL RAMOS CARRIÓN.





Una tarde de verano,
 Con un ambiente que abrasa,
 Encuéntanse mano á mano
 Un perro de buena casa
 Y el perro de un artesano.
 Sin mediar presentación,
 Con muy buena educación,
 Al punto un diálogo entablan
 (Que también los perros hablan
 Cuando llega la ocasión).

—¡Vaya un día, compañero!
 —Hace un calor regular.
 —¡De cuarenta sobre cero!
 Madrid es un chicharrero
 Que no se puede aguantar.
 —No tanto.

—¿Cómo que no?
 ¡Si aquí se asfixia la gente!
 Yo no lo sufro.

—Pues yo
 Sudo un poco, y se acabó.
 Lo paso admirablemente.
 —Como en verano he salido
 Todos los años á baños
 Y este año no se ha podido,
 Echo de menos los baños,
 Y eso me tiene aburrido.
 ¿Tú te bañas?

—Sí, señor;
 En cuanto aprieta el calor.
 ¡Si es la cosa más sencilla!
 Me hacen siempre ese favor
 Los mangueros de la Villa.
 Antes de que el sol me escalde,
 En cuanto veo una manga,
 Quiera ó no quiera el Alcalde,
 Voy y me baño de balde.
 ¡Ya ves tú si es una ganga!



—Apruebo tu decisión.
 Tú lo haces sin aprensión
 Y no se te da un ardite;
 Pero á mí la posición
 Social no me lo permite.
 —¿De quién eres?

—De un Marqués,
 No creas que de un cualquiera.
 Yo soy un perro danés.

—¿Que eres danés? ¿Y eso qué es?

—Que soy de raza extranjera.

—Yo aquí y en Sebastopol
 Siempre á todo me acomodo,
 Y aguanto el frío y el sol.
 No hay como ser español
 Para estar uno hecho á todo.

—¿Quién es tu dueño?

—Un servil

Que vive de su trabajo.

—¿Qué oficio tiene?

—Albañil.

—¿Albañil? Oficio vil.

—¿Cómo vil?

—Oficio bajo.

—Poco á poco, compañero.
 El señor Juan, al que quiero
 Como al Dios Omnipotente,
 Podrá no tener dinero,
 Pero es honrado y decente.

¿Oficio bajo has llamado

Al suyo? ¡Valiente error!

¡Si trabaja en un tejado!

Ya ves tú si es elevado

El puesto de mi señor.

—¿Viviréis mal?

—¡Qué ocurrencia!

Vivimos con gran decencia
 Los tres en nuestra casita,
 Muy pequeña y muy limpita,
 En la Ronda de Valencia.
 Ellos pagan, ¿cómo no?

Mi amor con dulce cariño,
Pues recuerdan lo que yo
Jugué con el pobre niño
Que hace un año se murió.
—¿Y comer?.....

—Ya habrás notado
Que estoy sano y bien nutrido.
Nunca, hasta hoy, me ha faltado
Mi gran plato de cocido
Y mi ración de guisado.
¡Si los dos me quieren mucho!
Cómo lo que ellos.

—¿Qué escucho?
¿Comes lo que ellos?
—¿Te choca?
¡Si para dárselo al *chucho*
Se lo quitan de la boca!
¡Si son más buenos que el pan!



El ama y yo le llevamos
La comida al señor Juan,
Y en cuanto las doce dan
Los tres juntos nos sentamos.
Abre la *señá* Manuela
El cesto de la comida,



Y el olorcillo consuela.....
¡Me atizo cada cazuela
De sopas, que dan la vida!
—Yo cómo en la cuadra.

—¡Horror!
—Me sirve el lacayo, Andrés.
—¿En la cuadra!
—¡Sí, señor!
—¡Pues lujoso comedor
Te proporciona el Marqués!
—Allí me paso encerrado
La vida.

—¡Qué disparate!
—¡Hoy soy feliz! ¡Me he escapado!
¿A ti nunca te han atado?
—¿Quién? ¿A mí? ¡No hay quien me ate!
No hay quien el salir me impida.
—Serás feliz de ese modo.

—¿No he de serlo? ¡Es la gran vida!
Tengo cariño y comida,
Y libertad sobre todo.
Voy con el amo á jugar
En cuanto el trabajo deja,
Y en las fiestas de guardar
Nos vamos á merendar
Á la Fuente de la Teja.
Me miman como á un cachorro;
¡Si no hay vida más dichosa!
¡Lo que yo allí salto y corro!.....
Por cierto que en un ventorro
Hay una perra preciosa.
—¿Es guapa?

—¡Claro que sí!
—Si otro día me escapase.....
—¡Quiá! No sirve para ti.
Es una perrita así,
Artesana, de mi clase.
Vaya, adiós, que dan las siete,
Y ahora saldrán del trabajo.
Allí viene un guardia. ¡Vete!
¡Abur!.....

Y como un cohete
Eché á correr calle abajo.
Mirándole con tristeza,
Así el danés exclamaba,
Meneando la cabeza:
—¡De buena gana cambiaba
Mi lujo por su pobreza!



VITAL AZA.



TÍO NARCISO.



LA vida y aventuras del Tío Narciso, hijo del barrio de Triana, serían largas de contar. Aun cuando su principal oficio era el de herrero, no ignoraba el modo de fundir una campana, de hacer un carro ó de picar la piedra del molino. Durante su mocedad había navegado en buques de guerra y permanecido ocho meses en el presidio de Granada, á causa de ciertas cicatrices que señaló en la cara de un macareno con quien tuvo algunas palabras.

Si el Tío Narciso, fuerte como un roble y trabajador incansable, hubiera sido prudente y económico en su mocedad, no se hubiese visto en la vejez enfermo, pobre y desamparado. A los sesenta años lo dominaba una gastritis, produciéndole un humor endiablado con arrebatos de ira.

Pero toda su misantropía, sus penas y hasta sus dolores físicos, desaparecían cuando entraba en su miserable habitación la *señá Marqueza*, encargada de llevarle abundante socorro de la Conferencia de San Vicente de Paúl.

La dicha Marquesa era una santa, si hay santos sobre la tierra. Entre el Tío Narciso duro, áspero, negro y fornido, y la Marquesa delgada, pálida, débil y rubia, mediaba la diferencia que va de la tórtola al buitre. Y sin embargo, por la ley de los contrastes, era cordial y mutuo el afecto y cariño que el buitre y la tórtola se profesaban.

—¡Ay, *señá Marqueza*, yo debía morirme pronto.....! Yo no sirvo más que para molestar á uzía haciéndole subir escaleras y atravesar oscuros corredores hasta llegar á mi pobre cuartucho.....

Yo, tan ágil y robusto en otros tiempos, estoy hecho un mandria.....

—Animo—le contestaba la Marquesa;—no hay que desear la muerte; usted es fuerte y se pondrá bueno antes de la primavera; entonces entrará usted á servir el tranquilo empleo que desea en la ferretería, y todo será felicidad y ventura.

Y al Tío Narciso se le anudaba la garganta al escuchar tales palabras, y cogiendo la mano de la Marquesa la cubría de besos y la bañaba con lágrimas.

*
* *

Un día la Marquesa llegó á su casa con el carrillo y ojo izquierdo acardenalados, á causa, dijo, del terrible golpe que recibió en la puerta del obscuro pasillo de la vivienda del Tío Narciso.

Con la oportuna aplicación de sanguijuelas y otros medicamentos, á los quince días de cama pudo ya la buena señora levantarse y salir á la calle con venda en el rostro y espejuelos de cristal verde.

En la primera junta de la Conferencia manifestó la Presidenta que se daba de baja, entre los enfermos necesitados de socorro, al Tío Narciso.

—¿Se ha puesto bueno?.....—preguntó con gran interés la Marquesa.

—No, señora; al contrario; se le ha trastornado el juicio, y, como es tan forzado, acometía á los vecinos que entraban en su habitación, y aun á las señoras que iban á socorrerlo. Pero, querida Marquesa—continuó diciendo la Presidenta;—¡qué cara de pascuas se le ha puesto á usted! Cual-

quiera diría que se complace de la locura de nuestro pobre enfermo.....

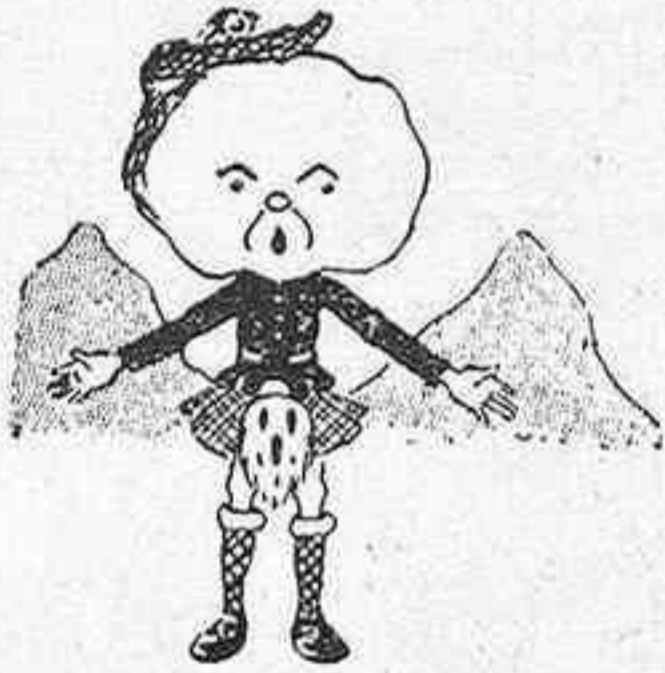
—No, no me alegro—balbució la Marquesa algo abochornada y vacilante;—lo que hago es comprender la razón de que la última vez que lo visité, me aplicara, sin causa ni motivo para ello, la tremenda bofetada cuyas señales tengo todavía en mi cara.

*
* *

El suceso que dejo apuntado es rigurosamente verdadero. La única parte que tiene mentirosa es la de haber llamado Marquesa á la señora de la historia, la cual es una *Condesa* de antigua y nobilísima estirpe, á quien hace muchos años que admira, quiere y respeta

EL DOCTOR THEBUSSEM.

Medina-Sidonia; año de 1898.

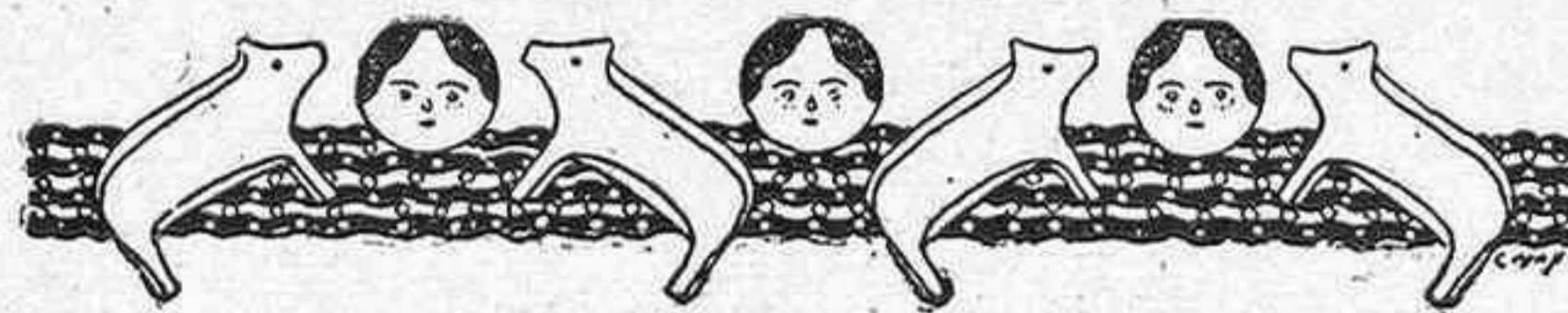


NUEVO RUMBO.

Detente..... No sigas, que ya estás gastado,
Y el mundo tu esfuerzo mira con desdén;
Vence tu soberbia y apártate á un lado,
Y no habrá quien niegue que has cumplido bien.
Si insistes..... si loco tu orgullo se empeña
En seguir la lucha que á tu cuerpo hundió,
Verás cómo el mundo tu historia desdeña
Y rompe los lauros que á tu sien ciñó.
El mayor impulso se cansa y se agota,
La energía encuentra término fatal.....
Mas no te entristezcas, porque no hay derrota
En lo que es constante ley universal.
Con fragor que asombra, de lo alto descende
Catarata enorme de inmenso poder,
Y al llegar al llano tranquila se extiende,
Perdida la fuerza que tuvo al caer.
Pero si el torrente, que todo lo anega,
Á cuántos le miran les hace temblar,

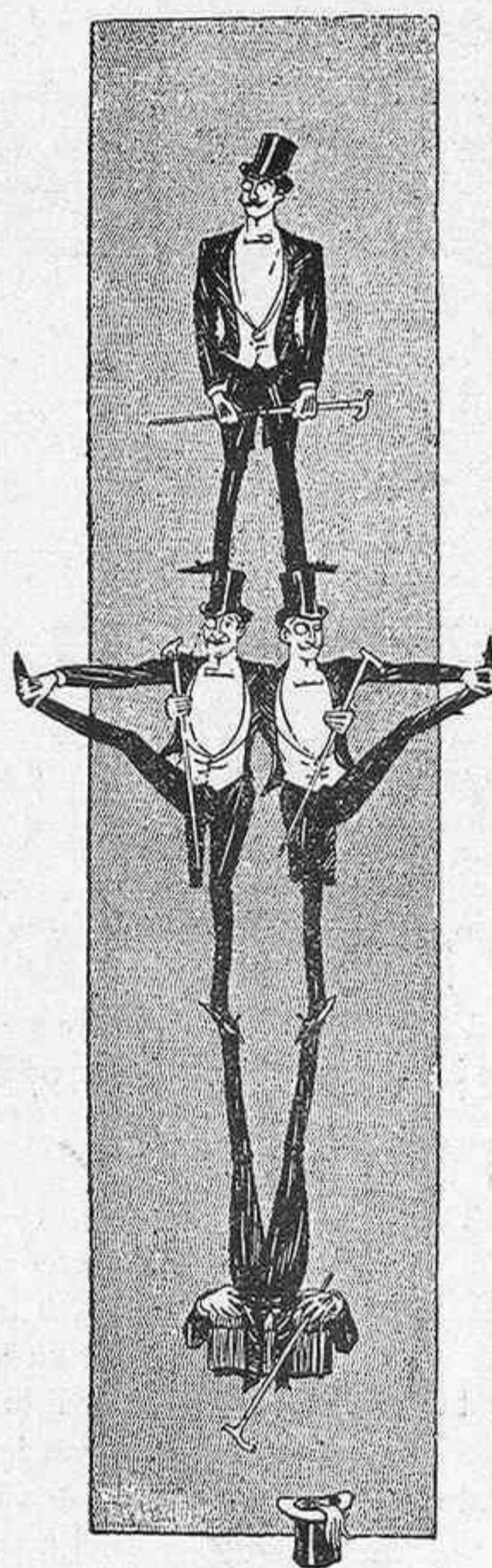
El pobre arroyuelo que los campos riega
Recoge mil frases de amor al pasar.
Si orgullo le causa su empuje al torrente
Por no hallar obstáculo que se oponga á él.....
¿Por qué no sentirle la suave corriente
Que al erial sediento transforma en verjel?
Así el hombre cuerdo, que en tiempo pasado
Mostró la pujanza del ciego valor,
Y fué tras la lucha feroz respetado,
Por su altivo arranque, como vencedor;
Perdidas las fuerzas, deje que su historia
Sigan los que ansiosos tras sus huellas van.....
Ya es viejo..... Si quiere conservar su gloria,
Dirija por nuevo camino su afán.
En él murió el ímpetu feroz del torrente.....
Risible es la lucha si falta vigor.....
¡Resígnese, y sea la mansa corriente
Que no infunde espanto, pero encuentra amor!

LUIS DE ANSORENA.



EL PRESTIDIGITADOR.

Era Bernabé García un excelente bohemio capaz de obtener el premio de honor en granjería. Se hizo siempre el remolón si de estudiar se trataba; pero como le tiraba la prestidigitación, en vez de andar por la villa á éste acecho, al otro estrujo, se fué á echárselas de brujo por los pueblos de Castilla. Llegó á Valdesopetón á són de bombo y platillos, y en los paletos sencillos produjo estupefacción, especialmente en Pilar, chica joven, guapa y lista, que inspiró al ilusionista interés particular. Cuanto supo dió de sí en casa de un tal Andrés, que se puede decir que es la mejor casa de allí; y con plausible deseo y en medio de un gran salón, dió García una función de ilusión y escamoteo. No es posible recordar sus cien juegos de una vez: pidió un duro al pobre juez, y no se le ha vuelto á dar; prendió fuego á una banasta que estaba llena de ropa, y de un sombrero de copa hizo después una plasta; de un alfiler imperdible sacó en un momento un sable.... ¡Y aquí llega lo notable,



lo imprevisto y lo terrible! Faltaba el juego mejor entre los más sorprendentes, cuando notaron las gentes la ausencia del jugador. Aquel público sin par se enteró de que se había fugado de allí García con la hechicera Pilar; y viende la *poca lacha* de los dos, ¡menuda gresca

fué la que armó con el escamoteo de la muchacha! ¿Adónde fué el muy bribón? Se supo días después. ¿Y sabes lo que hizo Andrés, el dueño del gran salón? Mandó una carta al instante al fugitivo García, el cual, como se temía que alguno le echara el guante, se asustó, naturalmente; pero se tranquilizó cuando abrió la carta y vió que decía lo siguiente: «Amigo don Bernabé: Vuélvame usted á recrear con su gracia singular y se lo agradeceré. Salón como mi salón no se encuentra en todas partes; conque venga usted el martes y repita la función, pues hay muchos, que no cito por no verme en un apuro, que además de lo del duro y lo del alfilerito, quisieran volver á ver, porque es juego que interesa, la real y efectiva desaparición de una mujer. Pero tan sólo una cosa con gran interés le ruego, y es que repita usted el juego con la mamá de mi esposa.»

.....
Excuso decir, lector, que en casa de don Andrés no ha vuelto á poner los pies el prestidigitador.

JUAN PÉREZ ZÚÑIGA.



LA HERMANA BISUEÑA.

ELLA era el alma del asilo, un alma blanca y llena de dulce alegría que lo regocijaba todo á su alrededor. La nota de esas piadosas casas que sustituyen á la madre en el corazón del niño huérfano es forzosamente la tristeza. Son agrupaciones de pobres criaturas privadas del ala maternal al comenzar á vivir. Al verlas reunidas, se piensa en el hogar deshecho, en el desamparo, en la muerte. Las paredes encaladas de las grandes salas; las hojas de ventanas y puertas de un azul pálido; los lechos con sus colchas de percal, en dos filas; las escaleras con sus oscuros cuadros antiguos en los tableros de los descansillos; la capilla, con su lámpara siempre encendida; el guardarropa con sus estantes oliendo á lienzo nuevo; los muchachos ó muchachas que pasan



Cecilio Pla

en parejas, silenciosamente, al refectorio, conducidos por una alba y purísima toca, concluyen por dejar caer en el espíritu del visitante algo muy doloroso, algo sombrío que le arranca en lo hondo del pecho unas lágrimas que la vergüenza «de la sociedad» no deja salir.

Nada de esto sucedía en aquel asilo. Cuantos forasteros lo visitaban recorríanle guiados por «una risa» que iba borrando al paso todas las tristezas. No había manera de sentirse apesadumbrado ante la hilaridad discreta y recogida de la hermana. Bajita, entrada en carnes, viva de movimientos, ceñida la toca á un rostro joven con unos labios grana, unos ojos brillantes, unas fac-

casa. No paraba en todo el día. Tenía que distribuir su risa inagotable de una á otra punta del edificio. Cuando tocaba el turno á la enfermería, el sitio más melancólico del hospicio, ni una carita doliente quedaba sin sonreír. Por modo tal, sugestionado por la alegría de su hermana risueña, era el compasivo albergue una institución feliz.

Pero la mala suerte acechaba, y un día el asilo se enteró con espanto de una nueva. La hermana risueña no renovaba sus votos, se iba al mundo. Un misterio, hasta entonces impenetrable, envolvía su cuna. No había sabido nunca quién fué su padre; procedía también del montón de la des-



ciones respirando fuerza y frescura; parecía decir con su semblante luminoso: ¿Pues qué, no se puede amar á Dios y ejercer la caridad sin llorar? ¿A qué aumentar la tristeza del desamparo con la taciturnidad? Y al reseñar los servicios con su boca encendida, reía sin ruido pero con efusión; y el desfile silencioso de los asilados, y la capilla con su luz eterna, y los claustros solitarios, y las camitas humildes, dejaban de ser téticos y sombríos. Así adoraban á la hermana en el establecimiento desde la rectora hasta la última criatura. Si no de derecho, de hecho ella mandaba en la

gracia, de otra escoria social más triste porque es anónima. Eso hacía más extraña su risa. No se concebía una hilaridad perpetua manando de una tristeza original. Y hé aquí que su padre parecía, se delataba y, arrepentido del mal causado, quería llevársela para indemnizar el abandono con unos últimos años de amor paternal. Y respondiendo su corazón bueno á la llamada, se fué con él, á endulzar con su risa angelical el hogar frío, dejando el hospicio hundido en la tristeza, sombrío como nunca, llorando.

Fueron dos años de descenso, de desesperación.

El asilo tornó á ser uno de tantos, sombrío y lúgubre. La capilla con su luz permanente, los dormitorios con sus hileras de camitas, el guardarropa con sus prendas limpias, se hundieron en una tristeza infinita. La rectora parecía tonta. No veía que el yeso de las paredes se desconchaba, que se resquebrajaban las hojas de puertas y ventanas. Sin duda se barría y se limpiaba lo mismo, pero hasta resultaba todo menos pulcro. Las pobres niñas de la enfermería carecían ahora de aquella docilidad, de aquella mansedumbre de antes. Costaba trabajo que tomaran los medicamentos, y sus caritas pálidas no se alegraban nunca. Sólo de tarde en tarde pasaba una fugitiva ráfaga de regocijo por la casa: cuando la hermana risueña la visitaba. Sonaba entonces la risa ingenua en las dependencias, y se borraba súbi-

tamente su pátina gris. Pero la hermana volvía junto á su padre paralítico, y la ausencia de la casta jovialidad se hacía más intolerable y aguda.

Nadie debe alegrarse del mal del prójimo, y en verdad, ni las hermanas ni los acogidos del asilo celebraron la muerte del arrepentido padre. Pero como la cosa no tenía remedio, todo el mundo se preguntó en la casa, sin dejar salir al exterior el secreto deseo: ¿Y ahora? ¡Oh, sí! La hermana risueña donó al propio establecimiento la fortuna heredada, y un día la capilla de la luz perdurable, el almacén de la ropa nueva, los grandes dormitorios, las niñas enfermitas, volvieron á oír la pura y suave hilaridad de costumbre, y el hospicio sigue siendo feliz, completamente feliz, con la santa alegría de la hermana risueña!

ALFONSO PÉREZ NIEVA.



UNA MELODÍA DE SCHUBERT.

Cuadro de Francisco Masriera.

IGENIO!



Penetró en el café taciturno;
Sentóse en silencio;
Como absorto se estuvo mirando
Buen rato al espejo,
Y después de lanzar un sonoro
Y largo bostezo,
Se estiró de repente los puños,
Irguió la cabeza
Y dijo muy serio:
— ¡Basta ya de cobarde modestia
Y escrúpulos necios!
Es preciso que sepa la gente
Que yo soy un genio;
Pero genio tan corto de *idem*
Que vivo muriendo,
Pues así ni prospero, ni brillo,
Ni bebo, ni como,
Ni chupo, ni beso.

Ha venido al café, donde dicen
Que se halla el remedio.
Lo asegura un mi amigo conspicuo
Que está en el secreto.
¿Quién no busca un remedio que cuesta
Dos reales diez céntimos?
¡*Sursum corda!* Batamos las palmas
Que así vendrá el mozo,
— ¡A ver! ¡Un ajenjo!
¡*Salve*, oh copa de forma de púlpito
Del siglo duodécimo!
¡*Ave*, oh larga y esbelta cuchara
De forma de cetro!
¡*Evohé!* ¡Ya contemplo en la copa
El líquido espeso!
¡Qué escultórico el mozo resulta
Por todo lo alto el agua vertiendo!
Como el verde licor va pasando
Por tonos diversos,
Ya parece tapete raído
De mesa de juego.....
Turbio fondo de aceite barato.....
Papel de reintegro.....
Alcachofa..... jabón de lechuga.....
Pastilla de goma.....
Lendreras de cuerno.....

El olor y el sabor me despiertan
Lejanos recuerdos.
Así olía un *elixir* dentífrico
Que usaba mi abuelo.
Otro sorbo. ¡Canario y qué pronto
Se nota el efecto!
Me parece que dos moscardones
Me están al oído
Contando un secreto.

¡Qué calor! Yo diría que ahora
Dos manos de hierro
En mi cráneo se posan y agitanse
Tomándome el pelo.
¡Yo soy otro! Yo siento un espíritu
Mayor que el que tengo.....
¡Caracoles! La cosa es muy rara;
Mas yo juraría
Que tengo alguien dentro!



Ahora, en cambio, me siento vacío,
Ingrávido, aéreo.....
Me parece que voy á elevarme
En rápido vuelo,
Y á girar en redor de las ninfas
Pintadas del techo,
Y á bajar á posarme en el amplio
Sombrero de copa
De aquel caballero.
¿Qué sucede que todos me miran?
¿Notáis que hago gestos?
Caballeros: *Est deus in nobis*;
Fijarse bien, *deus!*
Y..... *agitante calescimus illo.*
¡Vaya si *calescimus!*
Y sudamos por todos los poros
El quilo..... y el gramo,
Y el litro y el metro!... ..

¿Os reís? ¡Vive Dios! ¡Descubríis
Delante del genio!
Aplaudidme, y tendréis la fortuna
De ser los primeros.
¿No anheláis que se rompan los moldes?
Yo traigo los nuevos.
Por los moldes podéis enteraros
De cómo *las gasta*
El hojalatero.

¡Ah, señores! Los dramas, las óperas,
Los cuadros que veo
Germinar al calor de mi mente
En estos momentos,
Son aspectos de un mismo problema
Que queda secreto;
Mas la vaga vislumbre del símbolo
Emana del fondo
Del arte *esotérico!*

¡No me habléis de los actos ni escenas
En prosa ni en verso!
¡No nombréis las escalas ni tonos,
Ni ritmos, ni metros!
Olvidad el dibujo y las tintas,
¡Todo eso es muy viejo!.....
¡Una frase! ¡un sonido! ¡una mancha!
Lo breve y lo *simple*,
¡Ahí está el misterio!

Se marchó..... (sin pagar) y en la puerta
Gritó al fosforero:
— Si preguntan dó voy, dices que *Ultra*.
¡Adiós, *servum pecus!*

.....
No sé en cuál prevención dormiría;
Mas debe andar suelto,
Porque hay dramas y cuadros y músicas
Que á mí me parecen
De aquel..... del ajenjo!

CARLOS LUIS DE CUENCA.

